

EDWIN LUGO
TEATRO

ESTERIL PRIMAVERA
AGUA DORMIDA
EL ARCANGEL.

A GUISA DE PRÓLOGO

Por Juan Rueda Ortiz

Lector amigo: estás en el umbral de un gran problema. Si esta ESTERIL PRIMAVERA fuera dividida en tres partes –no en tres actos, como la está- te diría que son tres problemas más o menos comunes en esta sociedad en que el hombre se empeña en hacer difícil lo que debería de ser fácil: su diario vivir.

Pero nuestro amigo EDWIN LUGO ha tomado esas tres partes, las ha aderezado con su grácil manera de envolverlas en una conversación normal y nos presenta un drama a la alta escuela, como aquellos en que solía darnos Joaquín Dicenta a fines del siglo pasado, estremecedores, reales, pero angustiosos, sin que un público adivinara el final, aunque tuviera para sospecharlo, algunos atisbos.

Los personajes están bien buscados y mejor movidos. Por ser una época que hemos llegado a conocer, no nos extraña su almibarado comportamiento. Ya casi no se ve eso, pero agrada recordarlo porque era conducta social de buen gusto. Sin embargo, destaca en todo momento el lenguaje poético, que, por otra parte, va bien con una sensual muchacha de buena educación y con un galán educado en la sensibilidad musical.

Los tres problemas a los que nos referimos son, por orden: la breve felicidad de un hogar, donde se han producido desvíos amorosos de un sujeto de espíritu libertino, para quien resulta fácil e irresponsable la consecuencia, aunque suele tapanla con la más fácil postura aún, de quien no cree que hizo mal (Felipe con Regina); Lo que sería la clave circunstancial de la trama, que es el descubrimiento de un “pecadillo”, casi intrascendente, aparecido al final, para explicar él porque de las cosas y formalizar el juicio social que pone en paz las conciencias (Alberto) y es la tercera manera de desenvolver la entrada y salida de los personajes, en los tres actos regulares de que consta la obra.

El sacrificio estéril de una madre equivocada, que llega a donde llegó, porque había una perversa intención en toda su vida, la inocencia humillada de un joven poseído de la sublimidad de su carrera musical (muy bien administrada la maestría del músico polaco que aparece circunstancialmente); el rotundo reflejo que Raúl hereda de su padre, para ser una víctima final de su liviandad, cosa frecuente en el “machista” con quien convivimos a diario, son ingredientes bien conllevados en los cinco personajes centrales.

A todo ello debemos añadir que el autor tiene un amplio conocimiento de los temas que aborda en ESTERIL PRIMAVERA, cuyo título, para hacer la obra más misteriosa, quizás pudiera ser otro, porque siendo muy apropiado, posibilita hacia la mitad de la obra, en la conversación de Regina y Luis, una posible advertencia para que el lector sospeche algo de su final. Edwin conoce bien París “que bien vale una misa, para quienes admiramos su quehacer intelectual y el haber sido su refugio

obligado de quienes “quisieron ser” algo en las letras, pero que encierra en sus bajos fondos el refinamiento de una sociedad que hizo de lo sexual, su única razón de sentir la vida.

Un prólogo nunca declara la trama, cuando se trata de una obra teatral, porque el beneficio de adivinar como sucederán las cosas, es asunto que el autor deja a su público, pero hay obras que se utilizan como mercancía obligada para el escenario usual y otras que enriquecen el arsenal del teatro, mirando éste como uno de los más difíciles géneros literarios. Aquellos que son mercantiles, carecen de bondad y lírica, porque el público consume cosas ligeras y se aficiona a lo más intrascendente, aunque se solace con la intención y la intriga. Estos otros dan al teatro un auténtico porte y selección, mostrándonos la creatividad y el buen esfuerzo del autor, que no se extravía y conserva la trama, dentro de una realidad, una época y una ecuanimidad, sin retorcimientos. A este grupo pertenece ESTERIL PRIMAVERA.

Por un momento nos parece que van muy deprisa las escenas, pero quizás se deba a la ansiedad de conocer las cruces del drama, que en ningún momento se deteriora o se sacrifica, porque no es “toda una vida”, sino tres estampas por donde se asoma la trayectoria de una familia como la de Felipe, con la breve distancia de sucesos que hacen pensar, a través de las conversaciones, en algo que pudimos saber, como si alguien nos lo hubiera contado; es decir, que pudo pasar, muy cerca de nosotros.

“La memoria es el auténtico cementerio de los seres amados”, nos pareció el ejemplo de una multitud de frases logradas, gemas de esta obra, que será bien acogida por el público, a condición de que siga la lectura o relación de los hechos, sin querer ver el final, antes de conocer los hechos que lo anteceden.

ESTERIL PRIMAVERA planea otras muchas consideraciones, quizás fuera una de ellas, un problema de corte psicoanalítico y otra, la mezcla sensible de un costumbrismo natural, pero bien recordado, con la liga de unas descripciones muy poéticas y de buen gusto.

Todos estos aspectos, comentados en aras de la impresión que nos trajo la lectura de la obra, más que el fruto de una meditación que pretendiera enjuiciarla, es el producto del conocimiento del autor –galana manera de exaltar su sentimiento literario, dominio de varios géneros de la “gaia scientia”- que en esta nueva producción supera sus obras anteriores, también de ejecutoria maestría, de buen gusto y novedad digna de encomio.

EDWIN LUGO

ESTERIL PRIMAVERA

Pieza dramática en tres actos

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

REGINA	(45 años)
RAUL MONTIEL	(25 años)
FELIPE MONTIEL	(55 años)
LUIS MONTIEL	(25 años)
EVANGELINA MARTI	(22 años)
BEATRIZ MITCHEL	(30 años)
ALBERTO MONTIEL	(50 años)
MARCELA DU MONT DE MONTIEL	(45 años)

La acción del primer acto, un sábado a las 12 de la mañana, en San Angel, Ciudad de México Distrito Federal, en la casa del ingeniero Felipe Montiel.

La acción del segundo acto, tres meses después, un jueves a las 8 de la noche, en el mismo lugar.

La acción del tercer acto, un viernes a las 7 de la noche, en el mismo lugar, dos meses después de los acontecimientos ocurridos en el segundo acto.

Es el año 1951.

ESCENOGRAFÍA

Hall de la “Casa azul” tapizado en color oro. Al frente, amplia puerta vidriera encortinada que da al jardín, cuyas flores y plantas se transparentan y se hacen visibles. A la izquierda chimenea de mármol y sobre su parte superior gran retrato de cuerpo entero de Claudia Montiel en traje de soirée

En la derecha piano de cola abierto con algunas partituras sobre el atril y gran escalera que descende sobre el hall y que da hacia las habitaciones del piso superior, también a la izquierda puerta que comunica al despacho; y a la derecha puerta que lleva hacia un estudio de música a su vez. Frente a la chimenea, sofá y sillones de terciopelo; en el centro una mesa circular con un florero con gladiolos. A un lado un bar surtido de botellas y vasos, y un par de bancos altos. Acomodada una mesita con teléfono. Cerca de la chimenea una lámpara de pie.

Cuadros, estatuillas, objetos de gusto refinado y conservador, y un candil de cristal denotando elegancia, buen gusto y un manifiesto desahogo económico.

ACTO PRIMERO.

Al levantarse el telón, se escucha en el piano del estudio “Para Elisa” de Beethoven. El teléfono suena insistente, que viene a contestar Regina, vestida con traje negro y delantal blanco.

REGINA: (Entra por el frente. Descuelga el aparato.) Casa del ingeniero Montiel. ¿El ingeniero Raúl? No sé si se encuentre. Salió por la mañana a un partido de Tenis y creo que aún no ha regresado. ¿Me permite ver? ¿Es la señorita Verónica, verdad? Un momento por favor (En voz alta, dirigiéndose hacia las habitaciones de arriba) Joven Raúl, le llaman por teléfono.

RAUL: (Bajando la escalera, viste de sport y se conduce con desenfado) ¿Otra vez?

REGINA: Es Verónica. ¿Qué le digo? ¡Van cinco veces que llama!

RAUL: ¡Es una latosa! ¡Déjeme ver! (Toma la bocina) ¡Hola cariño! Acabo de llegar... ¡Mente sena en cuerpo sano! (Pausa) No te enfades que no ha sido mi culpa. Te juro que tengo en el despacho trabajo para mil años (Pausa) No. No se si podré. Prefiero que no hagamos compromiso. Si me desocupo temprano yo te llamaré por la noche. ¿De acuerdo? Oye, me gustaría que invitaras a tu amiga. Ya sabes de quien se trata, la rubia, la del otro día...

No, no es por nada, simplemente yo invitaría a un amigo. ¡Háblame más fuerte, con este endiablado piano no te escucho una palabra! ¡No pongas pretextos! ¡Quedamos que la traes! No. No soy ningún cínico. ¿Lo harás por mí, verdad? ¡Procura convencerla! Te llamaré a las ocho, chao...

REGINA: (Quien ha estado escuchando.) ¡Vaya! Finalmente dejará en paz ese teléfono.

RAUL: Cada chica que cae, es como un galardón, Regina.

REGINA: ¡Ay joven Raúl debí haberle puesto Don Juan!

RAUL: ¿Debió?

REGINA: Cuando se lo llevaron tan pequeñito de esta casa. ¡Quién iba a imaginarse que iba a convertirse en un consumado conquistador!

RAUL: ¡Si son ellas las que me buscan!

REGINA: ¡Ya lo sé! Pero ¿Por qué no piensa mejor en una de las otras? Una muchacha seria, formal.

RAUL: A mí no me atraen las serias.

REGINA: ¿Y la señorita Evangelina?

RAUL: Ella es distinta.

REGINA: Oí que tal vez, cualquier día de estos, nos dará la sorpresa y la tendremos de visita.

RAUL: Eso supe yo también, pero vendrá por mi hermano. ¡Es su más ferviente admiradora! No se pierde jamás ninguno de sus conciertos, y creo que si lo llegaran a contratar a la Conchinchina, se pagaría el pasaje por escucharlo. ¡Eso se llama fanatismo!

(La música se va extinguiendo suavemente)

REGINA: Joven Raúl...

RAUL: Sí...

REGINA: Le he preparado una pequeña sorpresa.

RAUL: Gracias Regina, pero es demasiado tarde y no tengo apetito por ahora.

REGINA: ¡Le hice el pastel que le gusta tanto!

RAUL: Pues convídele a mi hermano

REGINA: Lo hice pensando en usted...

RAUL: Si, desde luego. Tomaré una porción más tarde. Y ahora voy a terminar de vestirme. (Medio mutis por la escalera)

REGINA: He planchado sus camisas. Sin demasiado almidón, como le gustan. Las dejé en el closet bien ordenadas al lado de sus corbatas, que han quedado como nuevas. Espero que ya se habrá dispersado el penetrante olor de la bencina.

RAUL: No hace falta que usted se ocupe de todo a la vez. ¡Terminará loca! Y además va a dejar sin trabajo a los tintoreros. (Mutis)

REGINA: ¡Oh, maltratan demasiado las prendas! Prefiero hacerlo yo misma. (Recoge unas revistas que están tiradas y las acomoda cuidadosamente sobre la mesita. Vuelve a sonar el teléfono) Casa del ingeniero Montiel. (Pausa.) ¿Puede dejarme el recado? (Pausa) Con mucho gusto. (Cuelga la bocina)

LUIS: (Saliendo por la derecha, puerta del estudio. Viste de traje oscuro y camisa blanca, se dirige al piano en busca de algunas partituras. Muy amable.) Buenos días Regina.

REGINA: (Sin volverse)

LUIS: ¡Siempre trabajando! ¡Nos parecemos en eso! ¿Ha bajado mi padre?

REGINA: Todavía no.

LUIS: Lo he estado esperando para el desayuno, pero francamente ya siento hambre.

REGINA: Encontrará de lo que quiera en la cocina. No puedo pasarme la mañana sirviendo el desayuno a uno por uno.

LUIS: Comprendo. No necesita usted molestarse. Después de todo ahora ha crecido la familia. Deberíamos buscar alguien que la ayude...

REGINA: No quiero entrometidos. Con el jardinero me basta. ¡Si no fuera tan holgazán!

LUIS: Él hace solamente su trabajo... y usted tiene que cargar con todo lo demás.

REGINA: Para ello me pagan.

LUIS: ¿Quién ha hablado de eso? ¿Está contrariada?

REGINA: ¿Y por qué habría de estarlo con usted?

LUIS: Lo aprecio en el tono de su voz. Siempre que lo hace parece que está irritada conmigo.

REGINA: Usted se imagina cosas.

LUIS: Vamos Regina, no soy monedita de oro para caerle bien a todo el mundo, pero yo quisiera no serle desagradable, a veces supongo que tal vez involuntariamente, he contribuido a ello. Le ruego que si he cometido alguna falta, lo olvide o me disculpe.

REGINA: No diga tonterías. ¿Qué puede importarle la servidumbre?

LUIS: Usted lo ha dicho. Pero nosotros no la hemos considerado nunca como una sirvienta, a más que se de sobra que gracias a sus cuidados se ha conservado esta casa, y sobre todo, que ha sido la inseparable compañía de mi padre, desde que mamá nos faltó..

REGINA: La señora Claudia...

LUIS: Diga más bien, su prima, así resulta tía de nosotros.

REGINA: ¡Bah! No se le ocurra andar contando eso por ahí. La señora Claudia y yo teníamos efectivamente algún lejano parentesco, pero eso no tiene nada que ver con mi trabajo. Al menos así lo ha sentido siempre. Soy una simple sirvienta en esta casa, con muchos años de trabajar en ella, eso sí. ¡Tantos años como ustedes tienen! Pero nada más, Así que no me ande dando más importancia de la que tengo. (Con sorna) ¡Todo un señor concertista, graduado allá por las Europas! (Entra y sale de escena arreglando un ramo de flores)

LUIS: Luis, únicamente Luis para usted. Después de todo nos vio nacer a Raúl y a mí.

FELIPE: (Apuesto, elegante, peina algunas canas, viene del frente) Buenos días hijo.

LUIS: Buenos días papá.

FELIPE: Trabajas desde muy temprano.

LUIS: Un pianista debe trabajar al menos ocho horas diarias. ¿Acaso te molesté?

FELIPE: No. De ninguna manera. Puedes estar tranquilo. Tengo el sueño pesado, aunque a ratos escuchaba lejanamente tu piano.

LUIS: Por la mañana prefiero usar el del estudio y con sordina, pero siempre se alcanza a oír. De haber sabido que ibas a tener pianista en casa me habrías hecho construir mi estudio en lo alto de una torre o a veinte metros de profundidad...

FELIPE: Despreocúpate de eso y estudia.

LUIS: No tengo otra opción. El viernes toco con la sinfónica el concierto de Tchaikowsky ¡Y debo ir muy bien preparado!

FELIPE: (Sirviéndose un vaso de agua del sifón) Te fatigas mucho. No hay semana que tengas dos o tres presentaciones...

LUIS: ¡Que bueno papá! Cuando pienso que hay en México excelentes pianistas con facultades y talento y que nunca les dan oportunidad, considero que tengo el deber de superarme más cada día. No deseo supeditar mi éxito a las relaciones que tú me has procurado y que tanto te agradezco. Estimo que debo

ganarlo a pulso, no me gustaría amanecer con la noticia, que estoy tocando únicamente por recomendaciones.

FELIPE: Los periodiqueros siempre tendrán que hablar, pero haces bien en prepararte.

REGINA: (Viniendo del frente) Hay café caliente.

LUIS: Te estaba aguardando para el desayuno.

FELIPE: Gracias, pero mejor no vuelvas a hacerlo. (Bebiendo más agua) Creo que por ahora no me caería nada. ¡Además con esta sed!...

LUIS: Yo si necesito un café (A Regina) Y si hubiera uno de esos exquisitos pasteles que suele preparar Regina. Creo que lo devoraría completo. (Mutis por el frente)

FELIPE: (Examina los periódicos que desenvuelve y abre alguna correspondencia)

REGINA: Felipe, llamaron de la Secretaría. Angelita me pidió que te recordara que el ministro está aguardando el complemento del proyecto.

FELIPE: (Leyendo.) Ya lo sé. Lo llevaré cuando termine. Raúl carece de don de mando. Han ido con demasiada lentitud. (Dejando el periódico) ¡Solo le interesa ocuparse de mujeres!

REGINA: ¡Es hombre!

FELIPE: Debería serlo para enfrentarse mejor a sus responsabilidades.

REGINA: ¡Es demasiado joven todavía!

FELIPE: Ni lo uno ni lo otro. Simplemente es un comodino, un niño mimado que ha tenido de todo en la vida, pero ya es tiempo de que vaya viendo como se gana el dinero.

REGINA: Eres demasiado severo con Raúl, a él si le exiges un trabajo de hombres, no como al otro, que es casi como una señorita, y se pasa el tiempo afianzado a su maldito piano.

FELIPE: ¡No me interesan tus opiniones! Me basto yo sólo para educar a mis hijos.

REGINA: Sólo pretendo...

FELIPE: No te inmiscuyas en estas cosas. Con tus mimos lo echas más a perder.

REGINA: ¡Es mi hijo!

FELIPE: (Suelta el periódico y se levanta violento) ¿En qué idioma te repetiré que en esta casa esta prohibida la palabra hijo?... ¡Sólo yo tengo derecho a pronunciarla!

REGINA: Nadie me ha oído.

FELIPE: ¡Mejor! ¡Si alguien te escuchara!

REGINA: Felipe, es que ya no puedo seguir con esta farsa.

FELIPE: ¡Vete! ¡Será mejor para todos!

REGINA: Pero ¿Y mi hijo?

FELIPE: ¡Y vuelta con tu hijo! Con los años te vuelves flaca de memoria Regina, o pretendes que yo olvide fácilmente nuestros compromisos.

REGINA: ¿Nuestros compromisos? ¡La infamia que me obligaste a aceptar!

FELIPE: Ninguna infamia. Un trato que benefició principalmente a tu hijo.

REGINA: Lo dices como si no llevara también sangre tuya. ¡Si es tu mismo retrato! Y además tiene el mismo carácter terco, obstinado ¡Tu idéntica pasión por las mujeres! ¡Por vivir! ¡Por divertirse!... y esa inclinación a dominar, a sujetar a todos a su capricho.

FELIPE: Ojalá que no le cueste demasiado caro. ¡Qué no tenga por pagar por algunas horas de pasión, toda una vida de remordimientos!

REGINA: ¡Como tú! ¿Verdad? Tanto me has echado en cara aquellos amoríos, que tal parece que fui yo quien te sedujo. Te olvidas de que era entonces una muchachita bastante agraciada y que fuiste mi primer y único hombre.

FELIPE: ¡Quisiera olvidarme de todo, hasta de que he vivido!

REGINA: ¡Fui tu amante!

FELIPE: Di más bien cómplice

REGINA: A ti te entregué mi juventud, mis ilusiones de muchacha, mi porvenir.

FELIPE: (Sarcástico) ¡Brillante porvenir! Ser la amante legal de un mecánico.

REGINA: Tú lo has dicho. ¡Pobre, pero honrada! ¡Sin tener que andar ocultándome!

FELIPE: ¡Tenemos tanto que ocultar en nuestras almas! ¡Timidez, temor, repulsión, odio!

REGINA: ¡Todo lo he soportado, menos esconderme a mi hijo, encubrir que soy su madre y que he vivido sujeta a esta casa, como una pobre bestia encadenada a un yugo, contando las horas por volver a verlo, y luego, cuando lo vi llegar: gallardo, varonil, radiante de juventud; ¡Dejar quietos los brazos, ahogando el grito que brota de mi corazón! ¡Es algo superior a mis fuerzas, a las pobres fuerzas de una mujer que no ha conocido nunca la verdadera dicha!

FELIPE: ¡La verdadera dicha! ¡La estúpida utopía de los humanos!

REGINA: Pero a la que todos tenemos derecho a aspirar, aunque se asome muy de vez en cuando a nuestras vidas. Tú sabes demasiado de la mía. Mi niñez en medio de una madre histérica y un padre bohemio, las disputas, la miseria... y después, cuando quise huir de aquel ambiente, el peregrinaje en busca de la protección de mis parientes ricos, pródigos en promesas, pero avaros en el cumplimiento. Así llegue aquí. Con vestido adaptado que pasó de boda y los zapatos rellenos de papel periódico para que no se me fueran a salir los pies.

FELIPE: Y mi Claudia te recogió. ¡Te brindó su hogar y su confianza!

REGINA: ¡Su casa para que la limpiara y su confianza, porque de sobra sabía que nunca le iba a birlar un centavo!

FELIPE: Te prohíbo que hables así. No sabes lo que es la gratitud.

REGINA: No tengo nada que agradecerle a mi aristocrática primita. Y en cuanto a ti, hubiese aceptado trabajar por nada. Te serviría de rodillas, como una esclava, te permitiría todas las humillaciones ¡Hasta que me golpearas! Si a cambio

de ser fiel como un perro, de arrastrarme, de cuidar el último grano de sal de esta casa, me permitieras decirle a Raúl que soy tu madre; aunque lejos de él, he rehusado conocer otro hombre o alejarme de esta casa.

FELIPE: ¡Vana espera Regina, vana espera! Porque hicimos un convenio mediante el cual Raúl ha obtenido: nombre, prestigio, relaciones.

REGINA: Una de esas tretas hipócritas que son tu especialidad.

FELIPE: Gracias a esa treta, como tú dices, se educó como el hijo de un millonario y recibió el título de la más importante universidad canadiense, mismo que le ha valido para convertirse en el subdirector de nuestra constructora. Meses después de haber nacido, te di a elegir: una suma de dinero con la que hubieras logrado defenderte en la vida, llevándote a tu hijo, o la posibilidad de hacerlo pasar como hijo legítimo de mi Claudia. ¡Y tú elegiste lo segundo!

REGINA: Lo reconozco. Fue el contubernio entre una pobre madre desesperada, miedosa de la miseria, y un borrachín degenerado.

FELIPE: Pero el único que podía asegurarle el porvenir.

REGINA: Lo acepté porque quería evitarle, que pasara por lo que yo había padecido.

FELIPE: ¡Y puedo asegurarte que nunca ha sufrido nada! El borrachín degenerado ha cumplido como un caballero su palabra. Y la sociedad lo creyó. Nuestras amistades fueron informadas que Claudia había sacrificado su vida, en la flor de la juventud y de la belleza, por sus hijos, y aún mi suegro, que pudo retornar de la Argentina hasta después de un año del infausto deceso de su hija, me ha hablado de apoyar por igual a los gemelos, desde su elevado sitio en el Ministerio. ¿Qué diría ahora si supiera toda la verdad? ¿Si llegara a descubrir que fue vilmente engañado y que Raúl no es el nieto para quien prepara un destino brillante, sino el producto del adulterio, el intruso que manchó esta casa y cuyo indeseable nacimiento pudo haber llenado de amargura los últimos días de su adorada hija?

REGINA: ¡Y a ti te interesa aparecer como un esposo modelo, que vive consagrado al recuerdo de la ausente! ¡Cuánta hipocresía!

FELIPE: La suficiente para vivir bien y para que mis hijos realicen sus aspiraciones. Y en cuanto a mis sentimientos, a mis recuerdos ¡Guárdate tus opiniones! ¡No enlodes lo más sagrado, lo más puro que hay en mí!

REGINA: ¿Lo más puro? ¡Que pureza la tuya! ¡Que en vida de la difunta vivías en orgías y francachelas! ¡Qué devoción que no te pudo detener siquiera ante la esposa del que decías era tu mejor amigo!

FELIPE: ¡Regina, no me exasperes! ¡Hace rato que estás jugando con fuego! ¡Si me sigues provocando, no respondo de mí!

REGINA: (Vencida) No busco provocar tu enojo. ¡Solo quiero llamar a tu corazón! No he sido buena. Quizás los pobres, los que deseamos todo y nunca hemos conseguido nada, no podemos darnos el lujo de ser buenos, pero pese a todo lo malo que hay en mí, mi ternura de madre ha permanecido intacta. ¿Y qué puede saber el corazón de una madre de la aceptación de la sociedad o del parecer de un ministro? ¡Guardemos ese secreto entre los tres! ¡Estoy segura de que Raúl lo

comprenderá y su gratitud para contigo no tendrá límites, pues siendo un hijo natural, has guardado para él las consideraciones que han rodeado a Luis! Y en cuanto a mí... ¡Viviré eternamente agradecida, bendiciéndote por ello!... Felipe, por el recuerdo del amor que un día nos tuvimos, en nombre de lo más sagrado que exista para ti (Se arrodilla) ¡Apiádate de mi angustia, de mi desesperación!

FELIPE: No puedo continuar escuchando tus sollozos histéricos.

REGINA: Felipe...

FELIPE: ¡Basta, he dicho!

REGINA: Entonces lo sabrá por mí.

FELIPE: ¿Ahora me amenazas? ¡Pues para esa contingencia también tengo una solución! ¡Nos iremos todos a la calle, sin el apoyo del Ministro no podrá subsistir la constructora, se acabarán las obras, los créditos! ¡El desprestigio me salpicará la cara, y sin dinero, ni amistades, mis negocios se vendrán a pique y con ellos Raúl! ¡Perderá su porvenir, y se lo deberá a su abnegada madre, quien no habrá hecho otra cosa por el que hornearle pasteles y sembrar su ruina! ¡Estrenará una mamá flamante, pero perderá lo único que le parece importante en la vida: el dinero!

REGINA: No. Yo no quiero que le pase nada.

FELIPE: En los cuatro meses que lleva aquí, habrás adivinado su verdadero carácter, si aún lo deseas, corre el riesgo. ¡Ve a decirle que eres su madre y que por consiguiente es el hijo de una sirvienta! Veremos que responde y que provecho sacas de todo ello.

REGINA: Está bien Felipe. Tú ganas otra vez, pero yo ganaré algún día. (Se oye sonar insistentemente el timbre de la puerta) Y ahora te dejo porque están llamando. (Sale por el frente y regresa acompañada de Evangelina y de Beatriz, a quienes anuncia) La señorita Martí. La señora Mitchell.

FELIPE: (A Evangelina) Esta sí que es una gratísima sorpresa

EVANGELINA: Diga usted mi atrevimiento. Presentarnos sin previa cita.

FELIPE: No hacia falta, de ninguna manera. (Saludando) Sean ustedes bienvenidas a esta su casa.

EVANGELINA: (Presentando) Ingeniero, es una distinguida amiga, la señora Beatriz Mitchell, Presidenta de la Sociedad de Damas de San Angel.

FELIPE: Muy señora mía. Tengan ustedes la bondad de sentarse. Y usted Regina avise a mis hijos que tenemos una agradable visita.

REGINA: (Mutis por el frente)

EVANGELINA: Gracias Ingeniero, no estoy bien segura de que me recuerde.

FELIPE: ¿Y cómo podríamos olvidarnos de usted? ¡Sería imperdonable!

EVANGELINA: (A Beatriz) Apenas cruzamos un saludo con el maestro, al concluir su brillante concierto en el Teatro Degollado de Guadalajara; y el ingeniero amablemente me proporcionó sus señas. Fue una inolvidable velada en la que tuve el agrado de conocer también a su otro hijo, que también es ingeniero ¿No es así?

FELIPE: En efecto. Y no sabe cuánto nos complace, recibir a tan lindas damitas en nuestra casa. Y hablo también en nombre de mis hijos. Aunque se trata realmente de una casa de hombres.

BEATRIZ: Pero muy bien cuidada por lo que alcanzamos a apreciar, lo que demuestra que el buen gusto, la elegancia y el orden no son prioritarios de nuestro sexo.

FELIPE: Sólo procuramos conservar lo que mi esposa nos dejó. Hace veinticinco años que la perdí, gracias a las complicaciones que sobrevinieron al parto de nuestros dos hijos que afortunadamente lograron salvarse.

EVANGELINA: ¿Unos gemelos?

FELIPE: ¡Exactamente! ¡Unos gemelos!

EVANGELINA: ¡Y son tan diferentes!

FELIPE: No sólo en el físico, como usted habrá podido apreciarlo, sino en el carácter y en la profesión. Raúl la dio por la Ingeniería como yo, en tanto que Luis siguió las inclinaciones de mi cuñada, quien se encargó de educarlo y se decidió desde temprano por la música.

EVANGELINA: ¡Qué mejor elección para un joven sensitivo y talentoso! (A Beatriz) Cuando lo trates te van a encantar su trato y su sencillez.

BEATRIZ: Evangelina está impresionadísima. Me ha comentado que cada actuación del maestro es un éxito extraordinario.

FELIPE: La señorita es muy amable. Y no dudo que a mi hijo halagará mucho su valiosa opinión, después de todo, en el reinado de la belleza el arte es el cortesano insustituible.

EVANGELINA: ¡Por Dios ingeniero, no me considero bella, sólo soy una muchacha que soñó toda la vida, con hacer eso que su hijo domina espléndidamente! Pero el camino me trajo por caminos distintos.

FELIPE: El destino es un vendaval ciego, que a veces nos arroja en un paraíso, o sobre una playa inhóspita.

EVANGELINA: De niña tuve una buena educación musical, pero soy hija de médico y entrometiéndome en los asuntos de mi padre, descubrí que hacía falta en otro mundo, por cierto muy lejano de la música.

BEATRIZ: Mas en el que ella sabe moverse como pez en el agua, y lo que es más importante en el que la necesitan.

FELIPE: ¡Ella hará falta dondequiera. Su presencia y su desenvoltura serán gratas en todas partes!

EVANGELINA: Tal vez mi presencia, pero no en el sentido que expresa su caballerosidad, mi padre alterna su trabajo de cirujano, con la atención de un dispensario para enfermos sin recursos.

FELIPE: ¡Noble labor!

EVANGELINA: ¡Pero muy contagiosa! Pues mi trato con los no favorecidos y el apoyo de tantas damas generosas, nos ha impulsado a luchar por otros objetivos: Un hogar para ancianos sin familia. Y una pequeña granja donde albergamos niños huérfanos.

FELIPE: ¡Ese es el verdadero altruismo! Y más meritorio cuando lo practican jovencitas de su edad, quienes podrían sentirse más atraídas por las diversiones, que por el deber hacia nuestros semejantes.

RAUL: (Entrando por la izquierda) ¿Interrumpo?

FELIPE: De ninguna manera. (Presentando) Es mi hijo Raúl.

EVANGELINA: Ya tuve el placer de conocerlo.

RAUL: (A Evangelina) Me considero muy afortunado de volver a verla.

FELIPE: (Presentando) La señora Mitchell de la Sociedad de Damas de San Angel

RAUL: He leído algunas notas en los periódicos acerca de las actividades de su Sociedad.

BEATRIZ: Así suele acontecer. La gente se entera de nuestro trabajo, más bien por los periódicos. Aunque nosotros somos vecinos. ¿Sabían ustedes?

RAUL: (A Evangelina.) Como tuve el gusto de conocerla en Guadalajara, la ciudad que ostenta la arraigada tradición de albergar a las mujeres más bellas del país, supuse que vivía usted allá.

EVANGELINA: (Con sencillez.) No ingeniero. Fue usted demasiado lejos, en realidad yo vivo a unos pasos de distancia de su casa. En Aureliano Rivera.

RAUL: ¿Cómo, tan cerca?

EVANGELINA: Ya lo ve usted; y la señora Mitchell apenas a unas calles más.

BEATRIZ: En Santa Catarina.

RAUL: ¿Una calle ancha con dos avenidas de árboles, que antes se llamaba Arturo?

BEATRIZ: Exactamente.

RAUL: (Con entusiasmo) Sentimos no haber descubierto antes tan amable vecindad, pero yo he pasado toda mi vida en el extranjero.

BEATRIZ: Y ahora que ha retornado a su país, ¿Qué le parece nuestro San Angel?

RAUL: Apenas he encontrado tiempo para echarle un vistazo, llevado siempre de aquí para allá por los negocios de la compañía.

BEATRIZ: Pero a pesar de ese ajeteo propio de la vida moderna, que gratificante es retornar a casa y contemplar como relucen las gotas de lluvia sobre los pétalos, o por las mañanas, inquietos pajarillos se empeñan en poner melodías a nuestro despertar

FELIPE: En vida de mi esposa, pese a que menudeaban los compromisos sociales, solíamos escamotear una tarde en la semana, para pasar una tarde por la Plaza de los Arcángeles, o por las riberas del río Panzacola. Era algo así, como una huida, para encontrarnos los dos solos, como novios, que buscan el banco de un parque para decirse sus confidencias y proyectos.

EVANGELINA: Yo gusto de caminar sola siempre que puedo. Me bastan un litro y muchas ganas de soñar.

LUIS: (Saliendo por el frente) ¡Quién pudiera estar en sus sueños!

EVANGELINA: (Con alegría) ¡Maestro, al fin!

LUIS: (Adelantándose hacia Evangelina) ¡Evangelina! ¡Perdone la tardanza! Necesitaba unos momentos para disponerme, y a veces la alegría nos vuelve torpes.

EVANGELINA: ¿En verdad se alegra usted de verme? (Lo mira sonriente)

LUIS: (Persuasivo) ¡Lo deseaba con toda el alma! Aquella noche en Guadalajara, apenas conseguimos hablarnos unas cuantas palabras.

EVANGELINA: Pues aquí me tiene, Ahora debo presentarle a la señora Mitchell. El Maestro.

LUIS: (Saludándola de la mano) Encantado señora.

BEATRIZ: Ya tuve el privilegio de escucharlo; y nada menos que en el concierto de Chopin en el palacio de Bellas Artes y hubiera acompañado a Evangelina a Guadalajara, si un compromiso inaplazable no me lo hubiera impedido. ¡Brahms me vuelve loca!

LUIS: (Ocurrente.) ¡Y a mí también, créalo usted! Pasé una semana asido al piano, ensayando la obra.

EVANGELINA: Pero fue lo que más gustó del programa.

LUIS: El público mexicano es muy benévolo. Aunque no son los aplausos lo que busco. Mi trabajo me brinda tanta satisfacción que no aspiro otra recompensa que la de hacer por el arte mismo.

EVANGELINA: Un crítico escribió en Excélsior que su ejecución había sido impecablemente limpia.

RAUL: Mi hermano se ha vuelto brillante a través de su ocio artístico.

EVANGELINA: ¿Un ocio? ¡Oh, no señor! ¡Es mucho más que eso! Temo que yo no sabría como explicarlo, pero intuyo que ser arista, requiere además de disposiciones y talento, una firmeza y una disciplina excepcional.

RAUL: ¡Y una paciencia franciscana para los familiares que tenemos que escuchar a todas horas del día y la noche: escalas arpegios acordes! ¡Y los fastidiosos ejercicios de las antologías!!

EVANGELINA: Yo quisiera escuchar música siempre. Tengo una edad de pasar frente a esta casa indiferente y distraída, mi madre me decía que era la casa azul, pero yo apenas me fijaba en ella, pero hace unos meses escuché a través de los muros el vals de las Sílides de Chopin, aquella música hecha de infinito, me detuvo como si me hubiese hechizado. Aquí vive ahora un gran artista –Pensé- y me complace haberlo confirmado.

LUIS: Usted me deja perplejo. ¡He dudado tanto de poseer las facultades necesarias! Mis manos son demasiado cortas y tuve que esforzarme mucho para conseguir alcanzar las octavas.

BEATRIZ: No obstante sabemos que es usted uno de los escasos pianistas mexicanos que han conseguido exitosas presentaciones en casi todos los países de Europa. ¡Qué vida más extraordinaria, recibiendo deferencias, galardones, homenajes, admiración de todo el mundo!

LUIS: Aparentemente. Es cierto que vivía rodeado de mucha gente que me concedía un reconocimiento que seguro no merezco, pero en el fondo, debo confesar que pasaba, como todo artista ¡Inmensamente solo!

EVANGELINA: Entonces sabrá mejor comprenderlos, y también entenderme un poco a mí.

LUIS: ¿Comprenderlos?

EVANGELINA: A quienes se han quedado al final de su vida solos. ¡Los ancianos! Y los que la empiezan sin padres, los huérfanos. La señora Mitchell y yo hemos venido a rogarle que toque para ellos, que nos regale generosamente un recital para llevarles un poco de consuelo y un pedazo de pan.

LUIS: Ustedes me honran con su petición. ¡Lo haré con mucho gusto; y no una sola vez, sino cuantas me lo soliciten!

BEATRIZ: (Animada.) Entonces... ¿Quiere decir que podemos anunciarlo? ¿Y hasta fijar la fecha? Las damas de nuestra Sociedad se encargarán de vender los boletos.

LUIS: Pueden ustedes hacerlo desde luego. Ahora mismo.

BEATRIZ: ¿Y qué es lo que tocará, maestro?

LUIS: Si a ustedes les agrada. Las más aplaudidas sonatas de Beethoven: La Patética, La Apassionata y la Claro de Luna. Así el programa estará acorde con los propósitos y la ocasión.

BEATRIZ: Me parece magnífico.

RAUL: Bien, pues ahora que se han puesto de acuerdo, nos permitirán mostrarles la casa.

FELIPE: Y ofrecerles un refresco en el jardín.

BEATRIZ: Acepto encantada.

FELIPE: Raúl avisa a Regina que disponga de lo necesario.

RAUL: (Haciendo mutis por el frente) Ahora mismo papá.

EVANGELINA: Yo desearía concluir con el maestro algunos detalles del programa.

FELIPE: (A Beatriz) En tal caso, permítame guiarla.

BEATRIZ: Es usted muy amable y sus hijos han heredado ese don. (Mutis por el frente con Felipe)

LUIS: (A Evangelina) Y bien... ¿Preferiría que interpretara otras obras?

EVANGELINA: No. Solamente deseaba anticiparle las gracias y decirle cuanto aprecio su ayuda. Cuando lo veía tocar en el escenario, iluminado por los reflectores, imaginaba cual iba a ser su respuesta. ¡Había tanta bondad reflejada en su semblante! Pero soy tímida y preferí aguardar a que estuviéramos solos para decírselo.

LUIS: Las gracias soy yo quien debe darlas por considerarme útil a sus buenos propósitos. Jamás me hubiese negado a colaborar, mucho menos tratándose de mis compatriotas, lo hice con frecuencia en la Europa de la post-guerra, donde era necesario satisfacer las más apremiantes necesidades.

EVANGELINA: Lo imagino. Países destruidos. Hogares desechos. Familias perdidas...

LUIS: Y sobre todo miseria, mucha miseria. Yo era un jovencito encastillado en la música, había encontrado en ella mi verdadera vocación y como el niño que posee un juguete largamente codiciado, me entregaba a ella con ese egoísmo que nos vuelve indiferentes hacia todo que no representa lo que amamos.

EVANGELINA: En el programa leí que vivía usted en París, y que su maestro más relevante fue un polaco que había logrado sobrevivir de un campo de concentración.

LUIS: ¡Un gran artista, junto al que nunca seré más que débil sombra! Amaba profundamente la música, y me enseñó a sentirla. Al escucharle, uno tenía la impresión de que una fuerza misteriosa impulsaba aquellos dedos que sin embargo habían sufrido golpes, y fueron sujetos a trabajos rudos, pero que la crueldad no había conseguido destruir, como si estuviesen dotados de nervios de acero. En aquellas manos los compases inmortales de Chopin o de Liszt fluían con esa euritmia prodigiosa no escrita pero presente en sus obras. Los valeses tristes, las polonesas marciales, los scherzos juguetones parecían retratar todos los sentimientos: el dolor y el placer, la desesperación y la paz, el amor y la soledad... ¡Y todo, con el maravilloso imán de los sonidos!

EVANGELINA: (Fascinada) Siga... siga usted por favor.

LUIS: Otras veces sus dedos parecían deslizarse sobre el teclado para cantar el murmullo de un arroyuelo, el fragor de una batalla en demanda de la libertad, o la piadosa armonía de un mundo ideal, donde la mujer es erigida como la soberana.

EVANGELINA: ¡Un mundo ideal! ¿Pero realmente existe ese mundo?

LUIS: Él decía que se llamaba arte.

EVANGELINA: Dígame ¿Cómo se conocieron?

LUIS: En ocasiones la casualidad nos trae la suerte. Yo acababa de llegar de Canadá y era un alumno más del Conservatorio que practicaba, como otros, en los pianos desocupados fuera de las horas de clase, después de aguardar pacientemente mi turno. Él había ido a solicitar una plaza de docente, que por supuesto le negaron, pretextando que apenas había trabajo para los del país.

EVANGELINA: Siempre los nacionalismos, la discriminación.

LUIS: Recuerdo que esa tarde estaba estudiando una sonata de Mozart, cuando concluí me pidió que le cediera un momento mi sitio, yo accedí, y apenas puso los dedos sobre el teclado, sus dedos ágiles y diestros se deslizaron desplegando un incomparable derroche de armonía.

EVANGELINA: ¿Le pidió que le diera lecciones?

LUIS: ¿Qué dice usted? ¡Le supliqué! Luego, mi padre me envió dinero y adquirí un piano que instalé en un pequeño apartamento. Entonces empezó mi verdadero aprendizaje. Practicaba hasta diez horas diarias. Al principio me hacía detenerme cada vez que escuchaba un sonido levemente defectuoso, o cuando aquellos ojos escrutadores detectaban que me apartaba de la disciplina inexorable. Afuera era invierno y la habitación nunca estaba muy caliente, las calles lucían fangosas y tristes, a veces nevaba, pero yo fortalecía mis dedos sin reposo, hilvanando notas, tejiendo frases musicales, venciendo las dificultades múltiples de las partituras, a veces con las piernas entumidas pero atentas al pedal, otras con la frente perlada de sudor pero avanzando... ¡Avanzando siempre!

EVANGELINA: Y ¿Era feliz?

LUIS: Nunca tuve tiempo de indagarlo. Alguna noche cansado de repetir alguna cadenza, de hurgar el auténtico ritmo de una obra, con la espalda y los hombros adoloridos, solíamos asistir a algún concierto, él me indicaba después los desaciertos del ejecutante, y cuando tornábamos a casa me hacía tocar las obras que habíamos escuchado, sin errores.

EVANGELINA: ¿Nunca descansaba?

LUIS: Sí. Verá usted, fueron unos días, veinte días en siete años, mi padre vino a visitarme. ¡Era como la espuma de las olas que sube y se disgrega en burbujas! Una mañana se presentó con Raúl a quién había dejado de ver desde que estudiamos el bachillerato en Canadá y al que siempre han ocupado otros intereses, y me sacaron casi por la fuerza, al principio yo me resistí como un crío, después de todo el artista es el hombre que no ha perdido completamente su niñez, pero al final tuve que acompañarles a los teatros, a los cabarets y a un sin número de comidas en restaurantes y visitas a museos, que yo ni tan siquiera sabía que existían.

EVANGELINA: Luego ¿Volvió a su piano no es así?

LUIS: Empezaron a contratarme. No recuerdo bien como fue, pero en poco tiempo estaba saturado de compromisos, había firmado inconscientemente seducido por las promesas y la fama, pero no hubo mucha variante, tenía que continuar estudiando y esforzarme mucho más.

EVANGELINA: Pero con otras compensaciones: dinero, homenajes, reconocimiento...

LUIS: Diga mejor: preparación, ensayos agotadores, tensión nerviosa ¡Y un lugar hoy, otro país mañana, sucediéndose interminables!

EVANGELINA: ¡Qué daría por conocer lo que ha visto!

LUIS: Muy poco, se lo aseguro: los aeropuertos, las estaciones ferroviarias, los cuartos de hotel y los teatros. Apenas llegaba y tenía que ponerme a practicar, luego venían los ensayos con la orquesta y el tener que enfrentarme a los directores, algunos realmente difíciles de complacer, o cuando se trataba de recitales, debía ambientarme a la sala y enterarme bien de sus condiciones acústicas; Unas horas antes de la presentación descansaba un poco y esperaba... esperaba hasta el momento de aparecer sonriente y animado ante el público.

EVANGELINA: ¿Y usted deseaba otra cosa?

LUIS: A veces huir, caminar por las calles desconocidas hasta agotarme, o conocer otras gentes, meterme en cualquier café. Desde el escenario todas las personas parecen espantosamente iguales... pero en la mente de los músicos no cabe la pereza. ¡Siempre hay susurros, ritmos, sonidos que pugnan por unirse a las melodías, anhelos de perfección, que acaso se logran una noche pero luego huyen... y uno quisiera correr para atrapar el logro de una ejecución brillante...! ¡Y seguir tocando siempre como en la mejor noche! ¡Otras veces, en cambio, se repite un movimiento hasta desfallecer y el resultado final es mediocre!

EVANGELINA: (Con resignación) ¿Ama usted sobre todas las cosas la música?

LUIS: Nada que no sea ideal o belleza me ha entusiasmado hasta ahora; y la música es la ruta que despegas hacia lo sublime.

EVANGELINA: ¿Y el amor? ¿Ha conocido la espléndida belleza que hay en el amor? ¿Ha llenado alguna vez su corazón de amor?

RAUL: (Saliendo por el frente) Perdonen si interrumpo...

EVANGELINA: ¡Qué imprudencia! Nos hemos olvidado de que nos estaban aguardando.

RAUL: No se preocupe mi padre y su amiga charlan animadamente.

EVANGELINA: Pero debemos retirarnos. (A Luis.) Maestro ¿Quisiera usted cedernos una fotografía para el programa?

LUIS: Con mucho gusto, voy por ella y regreso en un minuto. (Mutis por derecha)

RAUL: Confiaba en que alguna vez podría hablar con usted a solas, aunque ahora veo que tiene usted demasiada prisa.

EVANGELINA: Hemos abusado bastante de su amable hospitalidad.

RAUL: No pensaría usted eso hace unos momentos, cuando escuchaba esas historias heroicas de mi hermanito.

EVANGELINA: No sé a que se refiere usted.

RAUL: Luis habla siempre de lo mismo: de su música, de su maestro y de sus autores predilectos. La primera vez puede resultar interesante, pero después se vuelve francamente aburrido.

EVANGELINA: Cada quién expresamos lo que más nos interesa.

RAUL: En tal caso, supongo que no hallará inconveniente en que hablemos de nosotros dos

EVANGELINA: ¿Y qué es lo que desea usted hablar conmigo?

RAUL: Nada en especial. Se trata de que seamos amigos.

EVANGELINA: Pueden ustedes contar con mi amistad.

RAUL: Entonces ¿Por qué no vamos a bailar juntos esta noche? ¡Le garantizo que se divertirá muchísimo!...

EVANGELINA: Lo voy a defraudar ingeniero, pero bailo poco y mal.

RAUL: No se preocupe por eso, yo tampoco me desempeño muy bien; y en cambio me resigno a resistir estoicamente los pisotones.

EVANGELINA: Agradezco su invitación, pero no puedo aceptarla por ahora. Tal vez en otra ocasión.

RAUL: ¿Es muy celoso?

EVANGELINA: ¿Quién?

RAUL: No se como se llama.

EVANGELINA: Mi padre me ha concedido una libertad absoluta, y en cuanto a eso que ha insinuado, le diré que no tengo a nadie por ahora.

RAUL: ¡Tanto mejor! Podríamos salir juntos de vez en cuando, después de todo, estamos tan cerca ¡Sólo unos pasos y ya está! Y además podría usted mostrarme un poco la ciudad que apenas he empezado a conocer.

EVANGELINA: Ya encontrará seguramente la oportunidad de disfrutarla, pero declino convertirme en su guía...

RAUL: Adoro las mujeres difíciles, las que saben resistirse. ¡Son como un reto!

EVANGELINA: (Bromeando) ¡Un cebo para los conquistadores! ¿Verdad? Pero soy una chica pacífica, ajena a todos esos juegos...

RAUL: Entonces ¿Me deja sin esperanza?

EVANGELINA: Le he ofrecido sinceramente mi amistad...

FELIPE: (Entrando con Beatriz) Pues verá usted, soy yo demasiado viejo para poder llamarme joven, y demasiado joven para que me digan viejo...

BEATRIZ: Vamos ¡Que cosas se le ocurren!

FELIPE: (A Evangelina) Mis hijos deben haberla embromado con su charla.

EVANGELINA: No es así. He pasado agradables momentos con la compañía de ambos.

FELIPE: Aunque se olvidaron de que podría tener sed...

EVANGELINA: No ingeniero; Sólo que tenemos que irnos, nos esperan todavía algunos quehacercillos.

FELIPE: ¿No nos harán el honor de acompañarnos a almorzar?

BEATRIZ: Muchas gracias, pero será en otra ocasión, cuando dispongamos de más tiempo. Ahora debemos ocuparnos de que este recital sea un verdadero éxito.

LUIS: (Llegando de la derecha, con una foto en la mano) Aquí está la foto. No encontré otra más reciente.

EVANGELINA: (Recibiéndola) ¡Apenas ha cambiado! Muchas gracias.

LUIS: ¿Nos dejan tan pronto?

BEATRIZ: Queremos llevar a nuestras socias y a los beneficiados esta buena noticia. ¡Pero nos veremos próximamente!

LUIS: Confío en que así sea.

FELIPE: Permítanme acompañarles.

EVANGELINA: (A Luis) Adiós maestro...

LUIS: Adiós. (Se despide de Evangelina y de Beatriz)

EVANGELINA: (A Raúl) Ha sido un placer ingeniero.

RAUL: (Ceremonioso) Inmenso para mí señorita. Mis respetos señora Mitchell.

FELIPE, EVANGELINA Y BEATRIZ: (Mutis por el frente)

Pausa breve

LUIS: (Con desaliento) Se fueron.

RAUL: ¡Lo dices con tanto pesar! Hoy debería felicitarte. Al fin te comportas, aunque sea en apariencia, con relativa seguridad.

LUIS: ¿Qué quieres decir?

RAUL: ¡Que ni siquiera sabes lo que es una mujer y ya empezaste a poner loca a esa chiquilla! No cabe duda que San Angel te trae buena suerte.

LUIS: ¿Tú crees? Evangelina es una joven estupenda.

RAUL: Una mujer como otra cualquiera. Al final, todas van a la cama, aunque algunas son un poco más remilgosas y se arman de papeles y de bendiciones.

LUIS: ¡Me irrita tu cinismo!

RAUL: Di más bien que te molesta llamar las cosas por su nombre. Hermanito mío, deberías bajar de vez en cuando de las nubes y plantar tus delicados pies sobre la tierra. ¿Qué vas a hacer con ella? Si ignoras lo que es besar a una mujer, hablar con

ella, divertirla... Tus famosas sonatas que tanto deslumbramiento hoy le causan, terminarán por hartarla. ¡La mujer es superficial, voluble, y su atracción por el arte una pose más para volverse interesante!

LUIS: Para saber amar no hace falta liquidar las noches en orgías.

RAUL: ¿Luego piensas enamorarte? ¡Decididamente no tienes remedio! He tratado de hacer de ti un hombre, un verdadero varón y tú te empeñas en continuar siendo un necio.

LUIS: ¿Por qué rehúso dilapidar mi vida con prostitutas?

RAUL: Porque te obstinas en rechazar la realidad. Ser enamorado es ser seguro, diestro, masculino; ser enamorado es ser simplemente estúpido.

LUIS: Puede que tengas razón, pero aún así, el amor sería la más maravillosa estupidez de nuestra vida.

RAUL: ¡Siempre tus frases! ¡Toda esa variedad retórica, velando la verdad, encubriendo tus problemas! En París lo discutimos muchas veces.

LUIS: (Violento) ¡No me hables de París por favor! No quiero recordar nada de esa ciudad sucia, vieja, depravada, carcomida por la avaricia y la degradación.

RAUL: Una ciudad de hombres y mujeres que se divierten.

LUIS: Di más bien que se venden y que se envilecen, que se enlodan y se humillan por dinero hasta perder el último adarme de dignidad humana.

RAUL: ¿A qué viene tanto enojo por París? La ciudad que te proporcionó los estudios y la fama, donde conociste a tu excelso maestro, la ciudad habitada por intelectuales brillantes y artistas extraordinarios, ¡La cuna de la elegancia y el espíritu!

LUIS: Ese es otro París muy diferente al que intentaste hacerme conocer, y al que yo me resistí a aceptar, huyendo de lo abyecto, asqueado de aquella larga noche de vicio, donde el día apenas detiene la ola siempre impetuosa de la lujuria (Con desprecio) ¡Ese París apestoso, repleto de burdeles, donde pululan con indolencia, pingajos de mujeres pintarrajeadas, expertas en las tretas más inmundas, enajenadas, explotadas, vapuleadas por las madames y por los chulos, ahora drogándose, ahora borrachas, terminando despanzurradas sobre las planchas de granito de los hospitales, donde los estudiantes de medicina trituran la carne violada entre risotadas siniestras. ¡Ese pobre París de clochards, de miserables capaces de vender por dinero hasta su propia madre!

RAUL: No cabe duda que odias a París. Decididamente las pupilas de Madame Ginette te desilusionaron hasta traumarte.

LUIS: (Sin escucharlo.) ¡Yo prefería quedarme allí, inclinado sobre las teclas blancas y negras de mi piano, dialogando con los grandes músicos, en la espera de que esa prolongación solitaria y oscura llamada noche terminara, y al retornar el alba, yo consiguiera quedarme dormido; olvidado de que soy yo, sin aquel pesado fardo de frustraciones, haciéndome la ilusión de que el piano y yo éramos uno! ¡Y de que yo no era un hombre, sino un sonido, un alud de sonidos! Pero la mente es tan difícil de dominar como el cuerpo.

RAUL: ¡Mentira! ¡Una poética mentira más! Ten al menos el suficiente valor para reconocer que siempre fuiste un fracasado con las mujeres, que nunca pudiste conseguir una por la buena, y a las que pagaste, a las que yo te pagué desesperándome por volverte hombre, se burlaron de ti, ¡Porque nunca conseguiste una mediana erección de macho!

LUIS: ¡No eran mujeres, eran sólo caricaturas humanas! ¡Sucias, viles, pobres criaturas enfermas!

RAUL: ¿Y Maggie? ¿Maggie no era acaso una real mujer? ¡Una soberbia hembra que traía locos a todos los que se le habían puesto por el frente! ¡No era ninguna prostituta, ni ningún pingajo! ¡Era una espléndida muchachita chic, que yo te conseguí, y que me costó bastante trabajo convencerla! ¡Con Maggie tampoco pudiste! Lo que nos reímos cuando nos refirió que después de haber recurrido a toda su experiencia, tuvo que vestirse excitada y rabiosa, dispuesta a darse con el primer hombre que se topara.

LUIS: ¡Calla! ¡Calla por favor! ¡No quiero oír más de esa infame leyenda que tú y esa infame perdida me fabricaron!

RAUL: ¿Infame leyenda? ¡La verdad no es ninguna leyenda!

LUIS: Se pusieron de acuerdo para hundirme.

RAUL: ¿Y qué diablos podía sacar yo de todo esto?

LUIS: ¡Saciar tu odio! ¡El odio acérrimo que me tienes, que me tuviste siempre! ¡Alimentar tu vanidad, tu monstruoso egoísmo!

RAUL: ¡T tú hablas de mi egoísmo! ¿Y qué dices del tuyo enamorar a esa ilusa joven quien de veras te cree un hombre. ¿No refleja acaso una absoluta indolencia moral?

LUIS: Con ella todo será distinto.

RAUL: ¿Y aún te queda esa irreflexiva confianza? Vamos “Maestro” allí te va una de esas frases a las que tan aficionado eres: el futuro es especulativo, el pasado es incommovible. Si te llegaras a casar con ella, veremos que le irías a decir la noche de tu boda. ¿O te vas a poner a tocarle tu pianito?

LUIS: ¡Lengua de áspid! (Abalanzándose sobre él) ¡Te callarás al fin!...

EVANGELINA: (Apareciéndose por el frente)

LUIS: ¡Evangelina! ¡Perdón, señorita Evangelina!

EVANGELINA: (Adelantándose) ¿Por qué está tan pálido? ¿Qué tiene?

LUIS: Nada. Ya pasó. Me sentí un poco mal, pero fue un momento.

EVANGELINA: ¡Qué extraño! ¡Le dejé bien!

RAUL: No se alarme. Mi hermano padece de los nervios. ¡Es demasiado sensitivo!

LUIS: (Lo toma por las solapas del saco) ¡Cállate imbécil, cállate!

EVANGELINA: ¡Luis, por favor!

LUIS: Perdone. Perdone usted. Deseo estar solo, ahora no puedo ver a nadie...

RAUL: Creo que será mejor dejarle. (A Evangelina) ¿Nos vamos?

EVANGELINA: (Hace una señal negativa con la cabeza)

RAUL: En tal caso, con permiso. Que tenga usted un buen día. (Mutis izquierda)

Pausa

EVANGELINA: Luis...

LUIS: Señorita... (Tratando de calmarse) ¿Se le ofrece a usted otra cosa más? ¿Puedo hacer todavía algo por usted?

EVANGELINA: (Con mucha dulzura) Luis: En San Angel no hay invierno, ni soledad, ni tristezas. El Ajusco está siempre azul y los geranios en el jardín del Carmen están floreciendo. En las tardes el sol parece incendiar de oro la cordillera hundiéndola en un horizonte mágico mientras un vientecillo desparrama los pétalos de las rosas demasiado abiertas sobre los prados de San Jacinto. A veces llueve por las noches, pero la lluvia es alegre y deja flotando en el ambiente un perfume fresco, entonces la tierra llovida, la naturaleza, las parejas de pájaros que se acurrucan en sus nidos, las flores revividas, los árboles frondosos, ¡Todo habla de amor en el jardín del Edén!

LUIS: ¡Del amor!... ¿Y usted? ¿Usted sabe todo eso?

EVANGELINA: ¡Y mucho más Luis! ¡Mucho más que eso! ¡Sé que mi corazón, mi pensamiento y mi vida, están llenos de ti!

LUIS: (Con extrañeza) ¿De mí?

EVANGELINA: Sí. De ti Luis, de ti. (Pausa) Lo supe desde la vez que escuché tu piano al pasar por esta calle. Desde que te vi aparecer en el escenario con tu frac tan elegante y pusiste tus manos aristocráticas y finas ¡Manos de pianista! Sobre el teclado.

LUIS: (Tartamudeando por la sorpresa y la emoción) Yo... yo sólo hacía lo de siempre. Sólo que esa noche usted estaba en la primera fila del lunetario y yo la había mirado y no había podido apartar los ojos de su rostro ¡Tan bello!... Ni siquiera cuando me enteré que el director me dio la entrada. Le aseguro que de no saberme la obra de memoria, habría echado todo a rodar. Estaba totalmente distraído, absorto, contemplándola, recreando mis ojos ¡En todo lo que es usted! Luego empecé a tocar como si el compositor hubiese escrito la partitura para expresar todo lo que yo estaba sintiendo.

EVANGELINA: ¡Y yo estaba feliz! ¡Inmensamente feliz! ¿Porque sabes? ¡Me había enamorado! ¡Me había enamorado de ti! ¡Y era la primera vez!
(Se escuchan los acordes del primer movimiento del concierto para piano y orquesta de Edward Geeg, que irá aumentando progresivamente de volumen)

LUIS: Un concierto sin fin. Pero ya ve. ¡Tuvo que terminarse!

EVANGELINA: Entonces tu te quedaste a la mitad del escenario para recibir los calurosos aplausos, las aclamaciones, haciendo caravanas, sonriente, seguro, estrechando las manos del director, del concertino. ¡Disfrutando la apoteosis de tu gloria!

LUIS: Eva. ¡Usted era mi verdadera gloria! ¡Yo tocaré siempre para usted! ¡Y no sabré que hacer con tanta felicidad!

EVANGELINA: Nuestro amor será como un astro sin ocaso, porque en San Angel ¡Siempre es primavera!

LUIS: Y usted... ¡Siempre estará allí! ¿Verdad?

EVANGLINA: ¡Siempre Luis! ¡Siempre que tú quieras! ¡Porque anhelo llenarme de ti, de esa dulce tristeza que también es algo tuyo!

LUIS: Mi juventud y mi pasión por la música son cuanto puedo brindarte.

EVANGELINA: ¿Y qué más podría yo desear? Cada vez que toques será como una apasionada declaración de amor... y yo volveré a recordar esta mañana, esta hora en que encontré el valor para venir a decirte cuanto bullía en mí ¡Para decirte que te amo!

LUIS: (Toma a Evangelina en sus brazos) ¡Mi adorada Eva! ¡Hay palabras que el destino cumple!, ¡Te entregaré mi vida mientras viva, y cuando me muera te daré mi muerte!

(Al crescendo de la orquesta del primer movimiento, aparece detrás de la vidriera Regina, mientras desciende lentamente el telón)

ACTO SEGUNDO

Escena semi-oscuro. FELIPE sentado en el sillón frente al retrato de Claudia, que contempla detenidamente, bebe pequeños sorbos de whisky con soda. A poco llega:

RAUL: (Por el frente) ¡Hola papá! ¿Qué haces tan quieto? ¿No te molesta que encienda?

FELIPE: No.

RAUL: (Enciende la luz) Veo que te agrada estar solo y a oscuras. (Deja sobre el sofá un portafolio)

FELIPE: La soledad es a veces como un pesado ropaje que nos envuelve, cual un traje que nos aísla de los demás, porque tememos su incompreensión, su curiosidad, su malicia o su burla... pero a decir verdad, nunca estoy solo (Por el retrato de Claudia) ¡Siempre está conmigo!

RAUL: ¿Ella? ¿Quién es ella?

FELIPE: ¿Quién había de ser? ¡Tu madre! ¡Parece que no se ha ido nunca de esta casa! ¡Cada rincón me la devuelve!

RAUL: ¿Con tanta vehemencia?

FELIPE: El que ama siempre recuerda. La memoria es el auténtico cementerio de los seres amados.

RAUL: ¿Esos pensamientos no te dañan?

FELIPE: Cada amor que se nos va nos daña un poco, Porque en el fondo siempre persiste en nuestro interior el remordimiento, de que no fuimos lo bastante fuertes para conservarlo.

RAUL: Aquello fue una desgracia. Tú no tuviste culpa alguna.

FELIPE: Hubiera querido que esa desgracia, con su corte de nubes tormentosas, pasara de lado; sin rozarme, pero la vida se cobra con intereses excesivos lo poco que nos dio, y en cambio, nunca nos restituye lo que nos ha quitado.

RAUL: Al menos lograste la felicidad, aunque fuera efímera.

FELIPE: (Levantándose) Al entrar en agonía murmuró: ¡Oh Dios me duele tanto irme, y dejarles cuando más me necesitan! ¡He sido tan feliz a su lado! ¡Ha sido tan completa nuestra dicha! Y en sus labios casi blancos esbozó una sonrisa ¡Una de aquellas maravillosas sonrisas que me encantaban! Le tomé las manos que sentí heladas no obstante la calentura que la estaba consumiendo... nos miramos y una ola de dulzura inmensa pareció alojarse en su cuerpo sumergido en el opio, luego, con las últimas fuerzas que le quedaban levanto los brazos caídos intentando abrazarme, y entre una muda imploración ¡Murió! Quedé deshecho, como si también mi cuerpo se hubiese contaminado con el lóbrego relajamiento de su muerte, y solamente en mi alma, desgarrada por el dolor, brillará quedamente y pertinaz, como la última llama de la conciencia, la infinitesimal partícula de memoria, repitiéndome implacable: -¡La has perdido para siempre! ¡No la volverás a ver nunca!... Estuve sumergido muchas horas entre aquel extenuante desvarío, no recuerdo cómo consiguieron separarme del ataúd a que me aferraba con las fuerzas desconocidas de la fiebre. ¡Ah, el infortunio de no haber encontrado el verdadero amor es benigno en comparación, a la desgracia de conocerlo, vivirlo, gozarlo; y perderlo para siempre!

RAUL: (Con tristeza) Al menos conociste eso: ¡El amor! ¡Fuiste amado, comprendido, escuchado!

FELIPE: Cuando ella se fue, decidí irme yo también, y hasta me alejé de ustedes, pidiéndole a mi hermano que se hiciera cargo de su educación. ¡Yo quería estar solo, sumirme en mi dolor, aquietar el horrible demonio de la voluptuosidad, mojar en el alcohol los labios que hubiesen mejor humedecido sus besos!

RAUL: Y cumpliste tu propósito haciéndonos doblemente huérfanos. En el Canadá pasamos nuestra niñez.

FELIPE: Y yo me quedé aquí, cual un reptil entre un montón de ruinas inútiles y desgastadas, mirando como yacían, insepultas y dolientes, mis ansias de amor no consumidas, los anhelos que su muerte no nos dejó realizar.

RAUL: Tampoco la vida nos permite lograrlos.

FELIPE: (Sin escucharle) Algunas veces, la noche se abalanzaba de improviso sobre San Angel y lo iba envolviendo en un frío sudario de silencios, que alumbraba la incierta luz de los faroles, como a la mueca de un cadáver, como a la sórdida sonrisa de un espectro escapado de las tumbas subterráneas del convento del Carmen. Entonces le pedía perdón por todas mis culpas, mis negligencias, mis olvidos, ¡Mis debilidades! Y como a una santa, le imploré el don del llanto, y pude al fin llorar, y las lagrimas que tardaron al principio mucho en derramarse, me supieron como a vino demasiado viejo ¡A vinagre!

RAUL: ¿Y conseguiste tranquilidad al fin?

FELIPE: No tan pronto. Mi angustia se alojaba en esta misma casa, en las páginas del periódico que ojeaba sin entender, en las melodías pasadas de moda que tanto le gustaban a ella. ¡Si pudiéramos enterrar el pasado! ¡Amanecer un día sin él, y volver a empezar la vida de cero: francos, crédulos, animosos! ¡Sin el odioso lastre de nuestros errores! (Pausa) Un día: después de una de aquellas tortuosas borracheras

que me nublaban la conciencia por unas horas, la vi sonreírse enfrente de mí. ¡Dios mío! ¡Estaba perdonado!

RAUL: ¿La viste?

FELIPE: Con los ojos del espíritu, con los que alcanzamos a percibir partículas de lo eterno.

RAUL: ¿Y era bella?

FELIPE: No me alcanzarían las palabras para describirte la majestuosa serenidad de su paso, la elegancia de su porte, la sin par ligereza con que afloraba el manantial cantarino de su risa, la diáfana elasticidad de sus movimientos, el tono grave de su voz pleno de exquisitas cadencias.

RAUL: ¡Casi irreal!

FELIPE: Aún miro su rostro, cual esplendor de un bello sueño: con la frente pálida donde anidaban entre intransparente velo los más elevados pensamientos, el delicado linaje de su nariz, los pómulos pecosos, los ojos ligeramente rasgados, cuyas miradas poseían esa placidez triste, esa resignación melancólica de quien intuye que su vida será corta y la muerte llegará rápida.

RAUL: ¡Siempre la muerte!

FELIPE: ¿Y qué otra cosa es sino un accidente de la vida? ¡Que suele confundirse tanto que a veces ya no alcanzamos a distinguir la una de la otra!

RAUL: Para mí son las cosas bien diferentes.

FELIPE: (Sin escucharlo) Volver la vida atrás y recordar el camino andado, también es vivir. Recordar las horas suaves y tibias de nuestro noviazgo. Apenas la conocí y su belleza penetró en mi espíritu. Fue un flechazo ¿Sabes?... Algo que nos impactó a los dos.

RAUL: (Con tristeza.) ¡Cómo a ellos!

FELIPE: Empezamos a frecuentarnos. Solíamos vernos en las tardes y caminar sin más efusiones, que un apretón de manos o algún beso furtivo, bajo los árboles centenarios de los Viveros. Nuestro noviazgo fue breve, una mañana al levantarme, escuché sonar las campanas llamando a la misa de nuestra boda. ¡San Angel se había vestido de luz y bajo un cielo turquesa apareció ella: pura, divina, entre las gasas y los vaporosos encajes de su vestido blanco!

RAUL: Debe haber lucido como un hada.

FELIPE: ¡Deslumbradora!

RAUL: Y tú muy apuesto.

FELIPE: ¡Quisiera volver a hallar mi juventud! Volverme y encontrar las figuras enlutadas de mis tías abuelas; Saberme con los bolsillos vacíos, y el traje lustroso, pero poseedor de una ilimitada confianza ¡Apenas había terminado mi carrera, y no tenía otro capital que mi entusiasmo! ¡Pero en cambio tenía la juventud!

RAUL: ¡Y tu talento padre! Siempre has sido un hombre de éxito; y además dotado de esa visión maravillosa para los negocios, esa asombrosa capacidad de hacer dinero.

FELIPE: Y sin embargo, ¡Hoy daría todo lo que tengo por retroceder hacia aquellos días! ¡Por volver a ser como fui!... hoy que una gota de dolor y amargura acompaña todas las horas de mi vida, que una honda tristeza cala mi soledad...

RAUL: Pero aún puedes realizarte de otro modo. Tienes poder, dinero, prestigio y cuando quieras puedes tener una mujer a tu medida. Allí está Beatriz por ejemplo todavía de buen ver y rebosante de vida.

FELIPE: (Sin escucharle) ¡Volver a ser como antes! Sentirse nuevo, como recién lavado. Imaginar que tenemos las maletas hechas y salimos esta misma noche en el Pulman de Laredo, y pasando la frontera que llega a un mundo nuevo. ¡Tu madre y yo viajamos mucho! Recorrimos los Estados Unidos. Los ferrocarriles eran cómodos y veloces; y ella ¡Ella iba de asombro en asombro! ¡Casi no dormía, pegada a los ventanillos, observando todo, con una insaciable curiosidad de chiquilla! Trotamos de un lugar a otro y nunca se quejó de fatiga, ni perdió su frescura, su sonrisa, y cuando yo estaba rendido, dormitando después de nuestras exhaustivas caminatas, ella canturreaba alegremente bajo la ducha, o abría las ventanas para respirar el aire fresco de la noche.

RAUL: Podrías volver a casarte, aunque ahora, me tienes a tu lado. ¡Tienes derecho a ser feliz, a tener una compañera!

FELIPE: No. Ya sólo aspiro la paz. ¡Quizás el más absoluto de los imposibles! Mentiría si te dijera que le he sido fiel. Hay dentro de nosotros atavismos irrefrenables que nos arrastran siempre a lo mismo, aunque nos haya causado mucho mal... pero de eso a querer formalmente a otra mujer, a casarme con ella ¡Jamás! Finalmente, lo único que nos llevamos al morir, es el recuerdo de los amores que vivimos, o del cariño que nos dieron. ¡Y tu madre también me quiso mucho, tanto como yo a ella! ¡Pero con un amor sin mancha!* (Transición) Y ahora tengo que dejarte. Debo escribir algunas cartas...

RAUL: Gracias papá.

FELIPE: (Se vuelve con ademán interrogante)

RAUL: Por confiarme tus pensamientos íntimos.

FELIPE: (Mutis por la escalera)

RAUL: (Para sí) ¡Si yo tuviera a quién confiar los míos!

REGINA: (Entrando por el frente) Joven Raúl, esta vez si que está muy enfadada Verónica dice que no le perdona que la haya dejado plantada.

RAUL: Luego vino con...

REGINA: Precisamente con quien usted supone. Una linda joven de verdad. Alcancé a verla dentro del automóvil. ¡Y usted haciéndose del rogar! ¿Verdad que no está bien eso? Terminará por quedarse sin una amiga.

RAUL: (Enciende un cigarro que fuma nerviosamente.) ¡Que me importan ya las amigas!

REGINA: Pues si que deben importarles. ¡Es hombre y basta! Y además ¿Por qué obstinarse por una sola mujer habiendo tantas?

RAUL: No sé de que me está usted hablando.

REGINA: ¡Si se le ve en la cara! ¡Desde que esa muchacha puso aquí los pies ya no es el mismo!

RAUL: Se imagina cosas Regina. Últimamente hemos andado muy atareados en el despacho. La entrega de los proyectos de las nuevas obras me ha absorbido por completo.

REGINA: ¿Y usted trata de fugarse en el trabajo, no es así? Y está muy bien que ayude a su padre, pero debe darse un tiempecillo para todo, hasta de olvidarse de esos caprichitos de niño malcriado...

RAUL: (Reflexivo) ¡Tal vez en toda nuestra vida nunca acabamos por volvernos hombres!

REGINA: ¡Si yo fuera su madre ya le habría dado una docena de buenos pescozones!

RAUL: ¡Si hubiera tenido una madre!... ¡Vaya que nos faltó Regina, a mi hermano y a mí! Una mano firme que nos hubiera sabido conducir hasta que hubiéramos madurado. Luis se habría convertido en un verdadero hombre, dejando sus exquisiteces de señorita pianista... Y en cuanto a mí, pues habría aprendido seguramente a sobrellevar los altibajos de la vida, y quizás hasta conformarme con mi mala suerte.

REGINA: ¿Cuál mala suerte? Joven Raúl si es usted: guapo inteligente agradable, y tiene además esa simpatía que vuelve locas a las muchachas.

RAUL: Menos a una. A la que me interesa.

REGINA: Eso es obstinación. Terquedad. Es la primera mujer que se le ha resistido, y usted claro, como está acostumbrado a conquistar a todas fácilmente, pues ahora se está ahogando en un vaso de agua. Además, algunas veces las mujeres son tan astutas, que se hacen mucho del rogar para atrapar al hombre que les interesa.

RAUL: Evangelina no es de esas.

REGINA: ¿Y cómo puede saberlo? A la buena eso de darle celos con su hermano no es más que una hábil estrategia para que usted de veras se enamore de ella y entonces...

RAUL: No sueñe Regina, ni me haga concebir piadosas esperanzas. Luis la ha flechado y ya está.

REGINA: ¡Luis! ¿Pero que ha podido verle?

RAUL: Eso habría que preguntárselo a ella.

REGINA: Las mujeres de su edad suelen ser inmaduras y caprichosas, y quizás lo único que sienta por él, sea un algo de simpatía, o hasta de compasión por verlo tan tímido, tan apocado. ¡Usted si que es un muchacho interesante! Y además con un brillante porvenir, porque el día en que su padre se retire definitivamente de los negocios, tomará el timón ¡Y seguramente se volverá millonario!

RAUL: Todo eso está por verse Regina. Tal vez termine como mi padre. ¡Acariciando un recuerdo! ¡Pero no el recuerdo de un amor, sino de un imposible!

LUIS: ¡Sale por la derecha, con el pantalón y la camisa del frac que trae desabrochada de los puños.) Disculpe que la moleste Regina ¿No ha visto por casualidad mis mancuernillas? Las he buscado por todas partes.

REGINA: (Con despotismo) El amor lo vuelve ciego. Esta misma mañana las vi en el vestidor.

LUIS: También allí las he buscado. Por favor ¿Quisiera ayudarme a encontrarlas? Aunque falta todavía una hora para iniciar el recital, prefiero estar ya listo.

REGINA: Voy al momento. Y de paso le traeré su té para los nervios. (Mutis por el frente)

RAUL: (Se ha quedado pensativo)

LUIS: Buenas noches Raúl.

RAUL: Buenas...

LUIS: Te noto preocupado. ¿Pasa algo?

RAUL: Nada que pueda interesarte. Y te pido que no te quedes ahí con esa mirada de perro castigado.

LUIS: Perdona. Pensé que...

RAUL: (Violento) Pero ¿Es que has pensado? ¿Has pensado realmente alguna vez? ¿Has empezado a aprender a pensar, a usar el cerebro para algo más que retener notas y tiempos?

LUIS: ¿Y qué es lo que debo de pensar? ¿Qué es lo que quieres que piense?

RAUL: Quisiera creer en tu inocencia, pues me consta que casi nunca salías de la casa, si no era para asistir a clases o a los conciertos; y además eres tan ignorante que te disculpo, pero dime: ¿Has oído hablar de una enfermedad que priva al individuo de realizar el acto sexual? Una enfermedad a veces curable, otras no, pero en todo caso susceptible de ser tratada.

LUIS: ¿Qué quieres decir?

RAUL ¡Tú estás enfermo! Tú no debes casarte. ¡No puedes casarte! Tu matrimonio será vano y Evangelina, cuyo amor has conseguido al precio de la fama, de la inmunda farsa de autollamarte hombre, terminaría por odiarte, sobrevendría el divorcio, que además tendría la más irrefutable justificación, y tu prestigio artístico se vendría abajo. La vergüenza nos alcanzaría a todos, incluso a nuestro padre ¡Un hijo castrado, impotente!

LUIS: Pero yo... yo no puedo estar enfermo. Eso es agotamiento que les sobreviene a los viejos cuando han abusado de...

RAUL: Te equivocas. Las enfermedades no reconocen la edad; y harías inmensamente desdichada a esa pobre chica, que no tiene más culpa que poseer una dosis excesiva de ingenuidad y buena fe. ¡Las mujeres se casan también por legitimar el placer!

LUIS: (Con desprecio) ¡El placer! ¡Ese batracio vil y fangoso!

RAUL: ¡Pero cuyo anhelo está siempre presente en la naturaleza humana! El sexo es el motor del hombre y aún la música, tu música, a la que tan aferrado vives, no es más que una voluptuosidad hecha sonido.

LUIS: Eso que dices, no son más que incoherencias egoístas y además ¿Qué razón daría yo para romper con mi novia?

RAUL: ¿Quién habla de rompimientos? Basta que te alejes. Ayer recibiste una buena proposición de Viena, magnífico pretexto para hacer las maletas. La distancia enfriará el entusiasmo y como tu dichosa gira puede durar indefinidamente, pues harás una salida digna y hasta podrías buscarte un reputado médico que se haga cargo de tu caso con la discreción debida. ¡Allá tienen los adelantos de la ciencia!

LUIS: ¿Y tú, entre tanto te aprovecharías de Eva, verdad?

RAUL: ¿Y qué de malo habría en ello? ¡Agua que no has de beber déjala que corra! Si esa mujer no puede ser para ti, al menos por ahora ¿Qué más da que se case o que se divierta con otro o conmigo? Lo importante es que encuentre un hombre que la haga feliz, que le pueda engendrar algunos hijos. A las mexicanas les fascina la familia, de hecho se casan sólo por tener chiquillos. Una europea puede prescindir fácilmente de eso, o aplazarlo, según las circunstancias; aquí no. Es indispensable que un matrimonio tenga hijos para que el marido no pase por invertido.

LUIS: ¿Invertido? ¿Te atreverías a achacarme semejante infamia?

RAUL: De ninguna manera. No debes interpretarme mal. ¡Esto es lo trágico! Tu quieres andar derecho, pero no puedes... y hasta ella misma podría imaginarse lo peor...

LUIS: Raúl, en nombre de lo más sagrado que pueda existir para ti, de nuestra madre a quien no conocimos, te pido, te ruego, que no destruyas mi felicidad. ¡Tú has tenido todo en la vida! ¡Has sido siempre el esperado, el triunfador, se han cumplido todos tus deseos! ¡Tu mismo lo reconoces, has tenido tantas mujeres que hasta has perdido la cuenta!

RAUL: (Consigno) Más vale a ilusión de un misterio, que la realidad de una hallazgo.

LUIS: Ya estás haciendo frases tu también.

RAUL: ¡Soy tu contraste y espejo!

LUIS: Y tal vez por ello me desprecias tanto. Después de todo, es una manera de castigarte a ti mismo.

RAUL: ¿Y qué tendría yo que castigarme?

LUIS: Tu incapacidad de poder amar. El amor no se encuentra en tu naturaleza. ¡A cada uno nos falta algo!

RAUL: Me gustaría no haber sabido nunca lo que es esa patraña. Pero aquí en México, tuve que aprenderlo. Es como el contagio de una enfermedad que aniquila, como la llama de un pabulo que alumbra mientras se consume ¡Pero quema! ¡Quema!

LUIS: Tú no estás enamorado de Evangelina. Es sólo tu amor propio herido, no puedes aceptar que yo, el apocado, el insignificante, el frustrado de siempre, haya conseguido una vez, ¿Lo oyes? ¡Una sola vez! Un poco de cariño, de ilusión...

RAUL: Pero ¿Tú te atreves a quejarte? ¿Acaso yo me desayuno con crónicas en los diarios, o se ocupan de ofrecerme recepciones en las embajadas, acaso a mí me aplauden ocho o diez veces por hacer mi trabajo o hacen filas por obtener un autógrafo de mi mano?

LUIS: ¡Y de qué me sirve todo ello, si al final vuelvo a esta solo! Si al terminar la función, la comedia, la euforia, cuando se apagan las luces y las sonrisas, cuando se

recogen las copas y se cierran los escotes y los periódicos son un montón de papel inservible quedamos mi piano y yo (Acariciando el piano) ¡Inmensamente solos! Porque la soledad es la realidad de todo artista.

RAUL: Y no sólo de los artistas Luis. ¡De todo el mundo! De nuestro padre, de mí mismo, aunque supongas que vivo en medio de un harem.

REGINA: (Sale por el frente con charola, tetera, azucarera, tazas y cucharas) (A Luis) Las mancuernillas están sobre su cama. ¿Puedo servirles el té?

RAUL: Para mí no. Afortunadamente no preciso todavía de estimulantes. (Mutis izquierda)

LUIS: ¡Y no me odies más! ¡Ni siquiera vale la pena odiarme!

REGINA: Joven Raúl...

LUIS; Déjelo. Hemos discutido. ¿No ve que está furioso?

REGINA: Yo no espío las almas ajenas, ni las vidas. ¡No me importan! (Medio mutis)

LUIS: Espere Regina no se vaya.

REGINA: ¿Necesita algo más?

LUIS: ¿Necesitar? ¡Oh sí! ¡He necesitado tantas cosas siempre. Alguien que me escuche, que me comprenda, que tenga unos minutos para mí!

REGINA: Yo creía que todo era lo contrario. Los periódicos cuentan tantas historias todos los días de usted...

LUIS: Yo hablaba de otra cosa. Del cariño que no tuve. De alguien que me quisiera, no por ser artista, ni porque los periódicos inventen tonterías de mí... sino porque soy, simplemente un ser humano, como otro cualquiera con las mismas necesidades de afecto que tienen... hasta los animales.

REGINA: Tiene usted a su padre. A su hermano. (Con odio) ¡A su novia!

LUIS: Ellos son otra cosa, en cambio ¡El amor de una madre! ¿Hay algo que pueda reemplazarlo? ¿Que pueda ser igual? Cuando pongo los dedos sobre el teclado es como si los posara en el rostro de mi madre ausente ¡Y cómo hubiera querido acariciarla! La madre que nunca tuve. Me han dicho que nací aquí. Y a veces, la siento tan cerca...

REGINA: El recuerdo de la señora, no ha podido borrarse nunca de esta casa. ¡Su sombra persiste día con día!

LUIS: Nostalgia sin recuerdos, pasado sin imágenes, niñez que pudo ser y nunca fue. ¡He adorado tanto a mi madre en la imaginación! Sin embargo... cansado de buscarla, intentando siempre atraerla con todas mis fuerzas de los recónditos parajes de la muerte, nunca lo he logrado, nunca he conseguido una señal de su tumba. ¡Como si ella no estuviera allí! Mi madre, habitó en esta casa, si la muerte se hubiese detenido unos pocos años, aquí habría jugado conmigo, entre estas paredes, en ese jardín, sobre esa fuente; y la alegría de su risa se hubiera desparramado en mi boca y la luz de sus ojos hubiera opacado el esplendor del día ¡Del día luminoso de San Angel! Y la alegría de mi niñez, de esa niñez a la que tienen derecho todos los niños del mundo, se dibujaría como un benévolo arco iris sobre las tormentas de la juventud. ¡De mi juventud hambrienta de amor, siempre en pos de una madre!

REGINA: (Consigo) ¡Hay tantas madres en pos de un hijo!

LUIS: ¡Si pudiera al menos precisar su recuerdo! ¡Un solo detalle de su rostro! Pero no... la he conocido mejor en espíritu, entre la desesperación de no tenerla, y aún así Regina, aún así, su belleza ¡Porque debe ser muy bella! Penetró en mi corazón y ha quedado intacta en medio de una devoción inextinguible. Si yo tuviera a mi madre me recostaría en el cobijo protector de su seno, y las turbulencias de la vida, se estrellarían en las murallas de su ternura,

REGINA: (Por Raúl) ¡Se lo llevaron tan pequeñito!

LUIS: (Recordando) Siempre fui un niño débil. En Canadá enfermaba seguido, y amanecía con esa sensación de flojedad en el cuello o en las piernas que apunta la convalecencia. Mi tía nos quería a su manera; me enseñó las primeras notas, pero nunca me dio un beso; no nos faltaba nada, pero había algo de mecánico en nuestras vidas. ¡Hasta nuestras horas de juegos estaban programadas!

REGINA: ¡Como una cárcel sin rejas!

LUIS: Luego, empecé a asistir a la escuela. Los condiscípulos me parecían hostiles, y los maestros indiferentes a lo que no fuera su verborrea, a veces me pedían en la iglesia que acompañara los cantos litúrgicos que corean los fieles, y yo iba a sentarme en la orilla del banco frente al viejo órgano. Entonces, le pedía a Dios con todas mis fuerzas, entre la plegaria más completa que sólo sabe decir la música: ¡Descúbreme entre el sueño su rostro! ¡El verdadero rostro de carne y hueso de mi madre! ¡No el que está en la pintura! Y me iba a la cama ansioso de la revelación, seguro de que Dios me había escuchado y me concedería el milagro, pero despertaba ¡Y era otro día! Y la visión no llegaba nunca. Luego venían las Navidades, Raúl y yo esperábamos a mi padre haciendo mil proyectos, pero los días transcurrían y lo único que llegaba era un regalo. ¡Y cuando crecimos, ni siquiera eso! Recibíamos un cheque, un pedazo de papel, que mi padre nunca llenaba, y que lo único que llevaba de él era la firma.

REGINA: ¿Y él también extrañaba a su madre?

LUIS: ¿Se refiere a Raúl? ¿Y por qué no habría de extrañarla? ¡El también era otro huérfano! ¡Hasta en ello nos parecíamos! Al principio, éramos muy unidos, cual si el infortunio nos hermanara más que la misma sangre. Después me enviaron a París y cuando fue a visitarme aquella ciudad brutal lo trastornó. Quisiera sepultar esos horribles meses entre las telarañas de la memoria callarlos para siempre, pero he ahí, que frente a usted, experimento la necesidad de revelárselos. ¡Tal si quisiera descargar me de un fardo vergonzoso e intolerable!

REGINA: ¿Y qué es lo que quiere revelarme?

LUIS: Un día Raúl me llevo una mujer al estudio, era joven, pero su belleza poseía una especie de perversidad. Desde que la conocí sentí una angustia mal definida. Empezaron a beber, yo me quedé enroscado como un caracol sobre mi piano, intentando divertirles tocando alguna musiquilla canalla como fondo para su juerga, pero mientras yo seguía arrancando notas ellos me humillaban y me despreciaban. Raúl le habló al oído, ella estaba apoyada sobre el piano mascando chicle. Mientras me sonreía despectivamente, al final hubo un acuerdo entre ellos, y

Raúl se despidió, dejándome aquella ingrata compañía. Quise correr tras de él, pero me daba vergüenza mi miedo.

REGINA: Todos tenemos miedo de conocer la vida.

LUIS: Afuera llovía, el agua retumbaba sobre las láminas del desván, produciendo el escándalo de un alud de piedras, los relámpagos parpadeaban la masa negra de las nubes invadía hasta la habitación, corrí las cortinas. Magie estaba allí, mirándome fijo, insultándome con cada poro de su cuerpo prostituido. De pronto empezó a desnudarse. Yo bebí un trago de ajeno, que descendió como lumbre líquida sobre mi estómago, me acerqué a ella, pero la naturaleza se obstinó en disputarme un derecho. Intenté algunas caricias, los besos; ella empezó a excitarse, pero en mi cerebro, como un clavo ardiente, retumbaba una idea: ¡No puedo! ¡No puedo! Ebrio de asco contemple mi sexo como un pedazo de carne muerta, ella estaba furiosa y se vistió apresuradamente, al salir, su risa cínica estalló sorda y sus labios malévolos me dispararon cual un latigazo el peor insulto. Yo quise olvidarme de aquella pesadilla, concentrarme en alguna ejecución, pero aquello era superior a mis fuerzas, y salí huyendo; rodé por los boulevares, hasta que empapado por la lluvia y vencido por el cansancio pude al fin dormirme, para seguir escuchando entre el sueño, el martillazo de aquella frase maldita ¡No puedo!, ¡No puedo!

REGINA: Ciertamente fue una amarga experiencia.

LUIS: Transcurrieron algunos meses, yo traté de olvidarme de aquel terrible incidente. Una noche ejecuté el concierto de Saint-Saens tal como si el compositor y yo nos hubiéramos fundido para expresar lo mismo. Una salva de aplausos coronó mi esfuerzo. Yo estaba radiante, el director y yo agradecíamos los aplausos por quinta vez, cuando entre el primer bastidor, sonriéndome despectivamente la volví a ver...

REGINA: Imagino su reacción.

LUIS: A veces, al terminar los recitales, tenía alguna invitación para asistir a alguna cena o a una velada. Casi siempre las rechazaba, pero en ocasiones era imposible. Raúl solía hacerse el aparecido y se aprovechaba para lucirse y aumentar mi infortunio, recordándome mi fracaso. A la media noche la gente me rodeaba y solía pedirme que tocara alguna pieza, yo accedía contemplando a las mujeres hermosas inalcanzables para mí y sentís deseos de huir, de quedarme solo, para continuar solazándome con su recuerdo, y masturbarme sin conseguir jamás la erección.

REGINA: Pero ahora, tan lejos de esos recuerdos... bochornosos, supongo que usted habrá superado...

LUIS: No sé. Hay una fuerza mayor que me lo impide, tal si una perpetua noche descendiera sobre mí. Día a día, el temor de que al final nunca se produzca la chispa esperada me vuelve a atormentar, es como remontarse hacia un huerto donde las ramas están secas, el botón de las flores podrido, los tallos quebrados, los frutos son apenas muñones, el viento no tiene olor y los retoños poseen el amargo sabor de la inmadurez y el color sospechoso de la muerte.

REGINA: ¡Como una estéril primavera!

LUIS: Usted lo ha dicho ¡Como una estéril primavera!

REGINA: Y ahora que se ha desahogado ¿Qué quiere de mí?

LUIS: Supuse que debía haber reciprocidad entre nosotros, que al hablarle de estas cosas tan íntimas usted querría hacerme su confidente a la vez...

REGINA: Tiene usted a su padre.

LUIS: ¡Lo siento tan lejos de mí! Yo mismo soy como un extraño. ¡Usted es tan seca, tan cortante!

REGINA: Yo sólo cumplo mis obligaciones.

LUIS: Si hallara un poco de comprensión.

REGINA: Uno de mujer, nunca puede ser indiferente. ¡Nosotras por los hijos, somos capaces de llagar hasta lo último! Y aunque yo, no debo saber lo que es ser madre, cuente conmigo para lo que guste...

LUIS: (Va hacia ella y le toma las manos para besarlas) Gracias. ¡Siempre hay corazones bondadosos!

REGINA: (Retira las manos con violencia) ¿Pero qué está usted haciendo? (Suenan los timbres) ¡Vaya a vestirse! Están llamando y ese té debe de estar helado. Voy a abrir la puerta (Va hacia la puerta del frente y se escucha llegar a EVANGELINA y a BEATRIZ) Pase usted señorita Martí. Buenas noches señora Mitchell.

EVANGELINA Y BEATRIZ (De traje largo por el frente)

LUIS: (Mirando a Evangelina con adoración) ¡Evangelina!

EVANGELINA: (Muy dulce) ¿Cómo está mi pequeño genio?

LUIS: Luces radiante esta noche.

EVANGELINA: (Con coquetería) ¿Tanto asombro te causa mi vestido nuevo? (Gira para lucir el vestido) ¡Lo tenía dispuesto para estrenarlo en tu recital!

LUIS: (Con pasión) Al verte, siento que cada célula de mi cuerpo, vibra de felicidad.

EVANGELINA: ¡Y yo siento que cuanto hay de mujer en mí, se estremece cuando estoy a tu lado!

BEATRIZ: Y yo, que soy la menos sentimental, percibo que los enamorados son terriblemente aburridos y descorteses.

LUIS: Señora Mitchell tiene derecho a quejarse. Le ruego aceptar mis excusas. No soportaría que una dama tan elegante y distinguida estuviese enojada conmigo.

BEATRIZ: Impongo ciertas condiciones para reconciliarnos.

LUIS: Todas aceptadas desde luego.

BEATRIZ: Deseamos que vaya a tocar algún día al asilo. Desde que nuestros huéspedes estrenaron cobertores gracias a su ayuda, usted se ha vuelto muy popular entre ellos, y como Evangelina se ha encargado de atizarles la curiosidad, hablándoles tantas cosas de su arte, pues nos han arrancado la promesa de llevarle un día, aunque a decir verdad no disponemos más que de una viejísima pianola, donativo de una socia a quien estorbaba tanto, que decidió hacer una obra de caridad...

LUIS: Cumplirán sus promesas. ¡Tocaré todo lo que me pidan!

EVANGELINA: Los niños también piden por ti... bueno, por nosotros.

LUIS: Entonces, yo tocaré para ellos.

EVANGELINA: Pero hoy se trata de un recital de paga...

LUIS: Por eso mismo. Voy a quedar bien con el público que ha comprado su boleto, solo que mi sueldo lo destinaremos para los pequeños.

BEATRIZ: Aceptarlo sería un abuso imperdonable de nuestra parte. ¡Ya ha hecho usted bastante!

LUIS: No más de lo que ustedes hacen todos los días. (A Evangelina) Y ahora, debo comunicarte una buena noticia: me ofrecen una gira por Europa partiendo de Viena.

EVANGELINA: (Triste) ¿Y has aceptado?

LUIS: Aún no. Pero mañana debo contestarles.

BEATRIZ: Ustedes tienen demasiadas cosas que hablar. (A Luis) Yo mientras tanto voy a saludar a su padre.

LUIS: Lo hallará seguramente en el despacho.

BEATRIZ: (Mutis izquierda)

LUIS: Te has quedado muda.

EVANGELINA: Cuando el amor es sincero, es siempre triste, melancólico.

LUIS: ¿Y por qué tiene que ser así nuestro amor? A mí me fascina tu alegría.

EVANGELINA: (Sonriendo) Ya no estoy triste. Fue sólo un pensamiento sombrío que cruzó por mi mente.

LUIS: ¿Un pensamiento sombrío?

EVANGELINA: Imaginé que tal vez un día no nos veremos más. Tus giras, tus contratos, tu carrera, te llevarán lejos. ¡Eres un artista y ese es tu destino! Mientras que yo me quedaré aquí en San Angel esperándote.

LUIS: ¡Esperándome!

EVANGELINA: Recordando tus palabras, tu música, imaginándote bajo la luz de los reflectores a la mitad de escenarios que ni siquiera podría ver en fotografías...

LUIS: No nos separará la distancia.

EVANGELINA: Eso suelen decir todos los enamorados, pero al final la ausencia siempre vence.

LUIS: Es que simplemente no firmaré. Inventaré algún pretexto creíble y dejaré las puertas abiertas para otra ocasión.

EVANGELINA: No Luis, tienes que aceptar. No puedes renunciar a tu carrera y más tarde o más temprano tendremos que separarnos, aunque sea sólo por un espacio de tiempo.

LUIS: Que a mí me parecería un siglo. Y además sin verte, creo que no conseguiría tocar ni siquiera con mediano decoro.

EVANGELINA: No, eso no. ¡Siempre debes procurar quedar bien! Ahora que ya tienes un nombre, que han reconocido tu talento, ya no puedes retroceder. ¡Todos esperan lo mejor de ti! ¡Cada noche debe ser mejor que la otra! ¡Cada ejecución más ovacionada!

LUIS: ¡Y lo será! ¡Lo será, gracias a ti! Antes, tocaba con la técnica, ahora toco además con el corazón, con todas las fibras de mi ser, porque toco para ti, porque tú estás incrustada en mi música, en cada tema, en cada nota...

EVANGELINA: Yo estaré siempre inmersa en tu vida, si tu me lo permites, en tus momentos de triunfo y aún en esas horas de las que me has hablado, cuando tienes que repetir una y otra y hasta mil veces un mismo pasaje, hasta que logras ejecutarlo a tu plena satisfacción.

LUIS: Entonces, tendrás que acompañarme en las giras y ya no encontraré iguales a todos los cuartos de los hoteles, y cuando concluya mi trabajo nos iremos a recorrer juntos las ciudades, a hurgar por las tiendas, por los parques, por las calles que antes me parecían insulsas, por los restaurantes donde probaremos los manjares más extraños; y cuando te aburras de los viajes, de hacer maletas, de correr a los aeropuertos, pues me lo dirás y nos quedaremos en casa a disfrutar nuestros recuerdos. Y buscaré realizarme en mi propio país, dar clases, ocupación que me distraería y nos proporcionará dinero.

EVANGELINA: No Luis ¡Eso sería limitarte! Y yo te quiero libre como los pájaros que tienen todo el horizonte para ellos.

LUIS: Yo cambiaría todos los horizontes por ti. Tú eres la necesidad suprema de mi vida. ¡Estoy hechizado de tus palabras, de tus gestos, de tu voz, de tus vestidos, de cuanto eres! ¡Es una especie de encantamiento a la que quisiera encontrarle un nombre nuevo!

EVANGELINA: Entonces Luis, existen para toda mujer, ciertas palabras que son las más dulces, las más importantes de su vida, porque dictan su destino. Ansío oírlos de ti, para tener el derecho de ser a tu lado toda mi vida.

RAUL: (Saliendo por la izquierda) ¡Hola!

EVANGELINA: (Dándole la mano) ¿Cómo está usted?

RAUL: Extrañándola mucho, hace días que no se aparecía por aquí.

EVANGELINA: Es verdad. Ahora sólo serán algunos minutos. (Mirando el reloj) Luis, debes darte prisa, tenemos apenas el tiempo justo.

LUIS: Voy a terminar de vestirme, y en cinco minutos me reúno contigo (Mutis derecha)

RAUL: Tiene suerte mi hermanito, no cabe duda.

EVANGELINA: ¿Porque vengo a recogerle? El día que toca prefiero conducir yo, el debe cuidar sus manos y sus nervios.

RAUL: Hace mal en acostumbrarle, cuando no la tenga cerca va a extrañar seguramente esas atenciones.

EVANGELINA: Estoy cierta de que siempre estaré a su lado; y más de que haré todo lo que esté a mi alcance para apoyar su carrera, incluso con esas pequeñas deferencias a las que usted parece conceder tanta importancia.

RAUL: Me supongo que ya le habrá comentado lo del contrato.

EVANGELINA: No tendría porque ocultármelo.

RAUL: ¿Lo ve? Dentro de unas semanas partirá y le aseguro que la gira se va a prolongar mucho más de lo que está planeada.

EVANGELINA: Me alegro. Es un virtuoso y pondrá en alto el nombre de México.

RAUL: Lo dice usted...

EVANGELINA: Con satisfacción y orgullo. Soy mexicana y soy su novia.

RAUL: Vamos Evangelina, despierte usted de esa locura. Mi hermano no es hombre para usted. Es aún muy inmaduro, y aunque no pongo en duda sus sentimientos hacia él, terminaría por aburrirse de esa ir y venir por medio mundo, usted tiene aquí a su padre, sus ocupaciones, no creo posible que pueda habituarse a ir tras de él de un país a otro, sin más hogar que un cuarto de hotel... además...

EVANGELINA: Además.

RAUL: Yo la amo. Y estoy dispuesto a casarme con usted y a darle mi nombre en el momento que lo decida.

EVANGELINA: Es muy gentil de su parte, pero no puedo aceptarlo.

RAUL: Al menos debería pensar en mi propuesta... es la primera vez...

EVANGELINA: Que usted le pide a una mujer que sea su esposa. ¡Don Juan se rinde, pero es demasiado tarde!

RAUL: Nunca es tarde para la dicha, una palabra y seremos felices. Lo que siento por usted me dará fuerza para lograrlo.

EVANGELINA: Usted no me ama, ni ha amado nunca a nadie, ni siquiera supone lo que puede ser el amor.

RAUL: Con usted yo sería un hombre nuevo, capaz...

EVANGELINA: ¡Hasta de traicionar a su hermano, ya lo veo!

RAUL: (Exasperado) ¿Pero qué puede haberle visto a ese mequetrefe? ¡Ardo en curiosidad por saberlo!

EVANGELINA: No sabría como responder a su pregunta. Lo amo, quizá por su manera de llamarme Evangelina, cual si fuera la primera vez que me llamaran con ese nombre.

RAUL: Pero Luis no puede casarse, está enfermo.

EVANGELINA: Pues con mayor razón precisa de una esposa. Un hombre sano como usted, puede disfrutar eternamente la soltería, un enfermo requiere una mujer enamorada que lo cuide.

RAUL: ¿Y usted?

EVANGELINA: Estoy enamorada de Luis; y por última vez le ruego respetar mis sentimientos, por el contrario terminaré por no volver a poner los pies en esta casa.

RAUL: Yo no he tenido la intención de molestarla.

EVANGELINA: Pero aún sin ella me falta con sus proposiciones desatinadas y con su acoso. Soy una mujer de una sola palabra, no una veleta que se inclina donde va el viento, no una de esas muchachas caprichosillas que no saben ni lo que quieren.

RAUL: ¿Y usted está segura de lo que quiere?

EVANGELINA: Tan segura como que Luis es mi primer novio, y el único hombre que he llegado a querer. He recibido como cualquier chica proposiciones de toda índole, incluso de casarme, podría hacerle una lista de mis pretendientes desde que cumplí los quince años y mi padre me introdujo a la sociedad. Y supondrá que he debido rechazar muchas oportunidades, y no me arrepiento de ello pues estaba segura de que mi decisión se apegaba a lo que yo había deseado para mi vida futura, esa

misma certidumbre es la que hoy me acompaña para decirle que no voy a cambiar por nada del mundo mi determinación.

RAUL: A veces las grandes esperanzas, acarrean también grandes decepciones. Tal vez estamos en el mundo para buscar el amor, encontrarlo y perderlo.

EVANGELINA: (Resuelta) Yo no lo voy a perder jamás.

RAUL: Aunque supiera...

EVANGELINA: Lo que fuera o lo que inventaran... cuando se ama señor mío, se acepta al ser amado como lo que es, con las mejores cualidades o con los peores defectos.

RAUL: Incluso...

EVANGELINA: No ensucie su boca con ninguna delación, porque es usted mismo quien se mancharía, no en nombre de lo que usted supone sentir por mí. Lo que haya yo lo averiguaré a su debido tiempo o él me lo dirá a mí si cree prudente decírmelo.

RAUL: Tiene usted mucho valor, aunque arriesga demasiado.

EVANGELINA: ¡Eso es asunto mío! Yo correré los riesgos con tal de hacerlo feliz ¿Estamos?

FELIPE: (saliendo con BEATRIZ por la izquierda) Sabias palabras y mucho más dignas cuando las dicta el corazón de una joven con sus cualidades.

EVANGELINA: ¡Don Felipe, sólo quiero decirle que amo a Luis con toda mi alma!

FELIPE: Y el sabrá ser merecedor de su cariño, pues aunque artista y algo distraído, será un buen esposo.

LUIS: Ya estoy completamente listo. (A Evangelina) ¿Te hice mucho esperar?

EVANGELINA: En absoluto. (Con mucho entusiasmo) ¡Pero que guapo estás!

BEATRIZ: El frac le sienta perfectamente.

LUIS: (A Evangelina) ¡Tocaré como siempre, para ti!

EVANGELINA: ¡Esta noche y toda la vida!

LUIS: ¡La vida daría yo por mirarte siempre a mi lado!

EVANGELINA: Y yo por estar siempre en tus brazos.

FELIPE: El amor vuelve a entrar en esta casa. Felicidades Evangelina. Felicidades hijo. ¡No irás solo a tu gira! (A Evangelina) Cuando usted lo disponga hablaré con su padre, el buen doctor me es tan simpático. Confío que no pondrá objeción alguna para el matrimonio. (A Beatriz) Y yo mañana iré donde mi sastre, porque se impone un traje apropiado. ¿No es verdad?

BEATRIZ: Y como en los cuentos todos seremos felices.

LUIS: Pero casarnos inmediatamente...

FELIPE: Es lo propio. Diseñaré esta misma noche una bella casa para ustedes, que será nuestro regalo de boda, ya que Raúl me ayudará a construirla, mientras ustedes andan por Europa en gira de trabajo... y de luna de miel.

RAUL: (A Luis, irónico, sin poderse contener) ¿Qué más puedes pedir a la vida? ¡Novia, casa nueva, y hasta tu querido hermano haciéndola de albañil!

BEATRIZ: Nuestras chiquillas harán los adornos florales. ¡San Jacinto lucirá como nunca! Y el banquete de bodas se servirá en los salones de nuestro club, después de todo, es la segunda casa de la novia.

LUIS: ¡Gracias a todos! ¡Gracias papá! ¡Es mucho más de lo que yo merezco! Y ahora, permítanme tomar un trago de té. Los nervios se alteran también por exceso de felicidad. (Da unos sorbos a la taza de té)

FELIPE: (A Beatriz y Evangelina) Vamos cuando ustedes gusten. (A Raúl) ¿Tú no nos acompañas? (Mutis todos excepto Raúl)

RAUL: He pasado veinte años escuchando lo mismo. Unos pagan por oír, otros pagaríamos por volvernos sordos. (Queda melancólico, taciturno y furioso, se sirve un trago en el bar)

(Pausa)

REGINA: (Saliendo por el frente) Joven Raúl...

RAUL: (Despectivo) ¿Qué quiere? ¡Yo no la he llamado! ¡Déjeme solo!

REGINA: He venido porque veo que sufre.

RAUL: ¿Y a usted que le importa que sufra? ¿Quién le ha pedido que se inmiscuya en mi vida? ¡Ya estoy harto de sus consejos, de su solicitud, de su compasión! ¡No quiero lástima de nadie! ¡Ya es bastante con la amargura, el pesar y la piedad de mí mismo!

REGINA: (Tímidamente pasa su mano sobre los cabellos de Raúl quien permanece cabizbajo) El amor y el odio no están en nuestra voluntad. Nadie puede acusarnos de amar.

RAUL: He tenido mujeres a puños: casadas comprometidas divorciadas ¡Me han amenazado los maridos, los padres y han tratado de engatusarme con astutas artimañas las consabidas suegras y he salido ileso de las promesas, del escándalo y hasta de las amenazas! ¡Y todo para venir a rodar aquí, en este pueblo, que es como un pegoste mal adherido a mi ciudad!

REGINA: Tarde o temprano alguien se apodera de nosotros y nos subyuga.

RAUL: ¡Qué sabe usted de esas cosas! Al principio, yo pensaba que esto acabaría en una aventura puramente sexual. ¡Pero su resistencia, su feminidad, su devoción inagotable por ese eunuco, me han ido carcomiendo, hasta hacerme caer en el peor de los ridículos! ¿Lo oye usted? ¡En el ridículo más lastimoso!

REGINA: Hay caricias que son tan deseadas, hay afectos que son tan necesarios a nuestra vida, que por conseguirlos, poco nos importaría que nos lo dieran por caridad o al precio del ridículo o de la infamia.

RAUL: Sólo que ella no tiene precio.

REGINA: Es cruel porque está enamorada.

RAUL: Insensible a todo lo que no venga de ese miserable rasca teclas. ¿Qué puede importarle que yo me consuma por ella?

REGINA: Debí haber empleado otros medios.

RAUL: No hubiese conseguido más. Ella cree que sólo representa para mí un deseo, una obsesión pasajera. ¡Qué daría porque así fuera! He vivido pasmado en esa dudosa pasión por la hembra y al despertarme, y descubrir a la mujer. ¡Cuan doloroso

es el amor! ¡Qué solo me siento! Me oprime la angustia de mis gemidos sin eco, de mis sentimientos sin respuesta, de mis noches sin amanecer, mientras una voz sin palabras me grita dentro de mí: ¡La amas! ¡La amas! Como una obsesión que me taladrara el cerebro.

REGINA: Evangelina aún no está casada.

RAUL: No transcurrirá un mes para que se despose con mi hermano.

REGINA: Yo lo impediré.

RAUL: ¿Usted? ¡Ja, ja, ja! El vino nos vuelve locuaces. ¿Ha bebido también? Vamos, mi buena Regina, se agradece la intención.

REGINA: Le he dado mi palabra.

RAUL: ¿Y por qué haría usted eso por mí?

REGINA: Porque anhelo verlo feliz.

RAUL: ¿Feliz? ¡El sí que debe de estarlo ahora! El recital habrá comenzado ya (Se escuchan los acordes de la Polonesa Militar de F. Chopin) Ella debe de estar absorta escuchando la musiquilla, mientras su mirada sigue con adoración sus podridos dedos de pianista. Ahora descubro, que mi vida no ha sido más que una pobre caricatura de la dicha, como una orgía perpetua, con sus risotadas insolentes, su embriaguez torpe y extenuante, sus mujeres, comediantes, solas y tristes, simuladores de la alegría que no he conocido nunca. ¡Como una larga noche sin fin en la que no despunta nunca la redención! ¡La promesa blanca de la aurora!

(Aumenta el volumen de la música mientras cae lentamente el telón)

ACTO TERCERO

RAUL: (Bebiendo junto al pequeño bar, con la camisa desabrochada y la corbata suelta)

REGINA: Debería descansar un poco joven Raúl. Ya ha bebido demasiado.

RAUL: ¿Y qué? Hoy quiero emborracharme hasta quedar completamente perdido. Después de todo más vale así, porque si estuviera en mi juicio, sería capaz de cometer una locura peor.

REGINA: Haga un esfuerzo por tranquilizarse. No tardarán en darse cuenta que no ha asistido usted a la ceremonia.

RAUL: ¿Y qué tengo que hacer yo en la dichosa ceremonia?

REGINA: Su padre se disgustará mucho.

RAUL: ¡Mi padre! ¡Ese cómplice!... el debe estar allá muy sonriente, haciendo mil caravanas y mirando a hurtadillas los escotes de las viejas encopetadas... ¡A mí sí

que no se me puede engañar! Lo he sorprendido. ¡Con toda su cacareada aristocracia, es un sinvergüenza, un libertino, un hipócrita!

REGINA: No tiene derecho a expresarse así de su padre.

RAUL: ¿Usted también lo defiende?

REGINA: Yo sólo le advierto que en un día como este, debería estar al lado de su familia. Hay deberes que debemos de cumplir por penosos que nos sean.

RAUL: No deseo estar allí... ¡No puedo fingir más! ¡Ni sufrir más!

REGINA: Bastaría con que se apareciera unos minutos. Después de todo hay que cubrir las apariencias.

RAUL: ¿Para verla a ella verdad? ¡Luciendo como un pavo real! ¡Bella como nunca! ¡Cual una flor de una especie increíble! ¡Eclipsando todas las mujeres, deseada por todos los hombres! ¡Admirada! ¡Adorada! Cual una verdadera reina cual a quien todos se acercan para rendirle pleitesía, ¡Ja, ja, ja!

REGINA: La vida es siempre avara para prodigar sus dones. ¡Y usted no ha sido un desafortunado! ¡Ya se lo he dicho muchas veces! ¡Tiene posición, dinero, amistades!...

RAUL: Menos amor Regina, ese nunca había llegado... y cuando yo quise atraparlo ¡Huyó! ¡Ja, ja, ja! ¡Huyó como arena que se escurriera entre los dedos! ¡Ja, ja, ja! ¡Ah! ¡La aventura del amor! ¡La locura del amor!... (Transición, muy triste) ¡La amargura del amor!

REGINA: No podemos tenerlo todo. Al menos podría distraerse en la reunión. Debe haber vinos finos, comida exquisita, música y ¡Muchas mujeres! ¡Muchas bellas mujeres!

RAUL: No existe nada más espantoso que estar sólo entre la gente. ¡Y yo voy a estar solo para siempre! ¡Igual que mi padre! ¡Atrapado en la jaula de la que quise huir! El, añorando a una muerta, yo consumiéndome de tristeza, de rabia, de desesperación, por una mujer que sólo me dedicó el desprecio, la indiferencia... ¡Pero que es un derroche de vida! Y la verdadera vida Regina empieza y acaba en el amor. ¡Antes y después de él no hay nada por lo que valga la pena vivir! ¡Las horas sin amor, son horas vacías! ¡Inútil rellenarlas con trabajo, distracciones, placer, viajes! ¡Ja, ja, ja! ¡Tonterías! ¡Son puras tonterías! En cambio... ¡Si ella me hubiese querido, al menos un poco, si hubiera recibido una bendición para toda la vida! ¿Comprende? ¡Para toda la vida!

REGINA: Cada cosa que nos sucede, nos parece que es el fin del mundo.

RAUL: (Sin escucharla) ¡Y cada vez que la mirara, me sentiría extenuado de felicidad! De esa felicidad que sólo alcanzamos a percibir de lejos en otros, pero que nunca nos pertenece.

REGINA: Debe usted resignarse. Ya es hora de que se ponga en paz.

RAUL: La paz. ¡La hora de paz! ¡Del no pensar y del olvido! La paz señora mía, sólo se consigue con el amor; y cuando el amor no llega, lo único que nos queda es refugiarnos en la indiferencia (Dando un sorbo) en la embriaguez, o en la locura. Yo tenía una sed irreprimible de ilusiones. ¡Imagínese usted! ¡Hasta soñaba con un hijo! ¡Un hijo que me hubiera dado ella! ¡Le aseguro que habría hecho un buen padre a

pesar de todo! Y hasta me hubiera ido olvidando de aventurillas. Mi trabajo, mi hogar, mi esposa. ¡Mi hijo!

REGINA: ¡Cállese usted! ¿Es acaso todavía un niño? ¡El tiempo le curará de esas cosas!

RAUL: ¡El tiempo! No podemos ignorar el tiempo, aunque a veces él nos suele ignorar a nosotros. ¡El tiempo no sabe medir nuestras desdichas!

REGINA: Ahora mira usted todo negro. De aquí a unos años... yo le aseguro...

RAUL: No me asegure nada, porque ya no creo en sus promesas. Al menos, ella no me hizo concebir falsas esperanzas; ni me prometió nada, porque no estaba dispuesta a cumplir nada... y en cambio usted me ofreció que ese matrimonio nunca llegaría a realizarse, que Evangelina no sería jamás la esposa de esa inútil... y sin embargo ¡Todo quedó en palabras, en ofrecimientos, en charla de lavaderos! (Con suavidad) ¡Si mi madre estuviera aquí... ella no me dejaría hundirme en la desesperación! ¡Ella me arrancaría de esto! Pero usted... ¡Usted es sólo una vieja entrometida, que le gusta hablar para matar el tiempo!

REGINA: Joven Raúl... yo...

RAUL: ¡Usted no es mi madre! ¡Si yo tuviera a mi madre! ¡Qué demonios me importaría que esa muchacha se casara con Luis o con el mismo demonio! ¡Yo tendría su amor, su comprensión, su compañía!

REGINA: ¡Joven Raúl!

RAUL: ¡Y yo he hecho muy mal en confiarle mis sentimientos! ¡En gemir delante de una pobre e insignificante sirvienta! Porque un hombre sólo debe llorar delante de su madre.

(Se escucha insistentemente el timbre de la puerta)

REGINA: ¡Calle por favor! ¡Están llamando! ¡Vaya a su cuarto para que no le vayan a ver en ese estado!

RAUL: A estas horas deben ya de haberlos casado.

REGINA: Deje de pensar en ellos. ¡Hágame caso por Dios, no se torture más!

RAUL: Usted me prometió...

REGINA: ¡Oh, sí, sí! ¡Pero por favor cálmese usted!... ¡Recuéstese un poco! ¡Vaya a su habitación! (Impulsa a Raúl, quien tambaleándose sube la escalera, el timbre vuelve a sonar) ¡Voy! ¡Voy! (Se dirige a la puerta del frente) (Sorprendidísima) ¡Licenciado! ¡Señora! ¡Pasen ustedes!

ALBERTO Y MARCELA: (Entran por el frente con abrigo ambos y sombrero, Regina los ayuda con las maletas)

ALBERTO: Buenas noches Regina. (A Marcela) Si la ceremonia comenzó a la hora anunciada, nos perdimos totalmente de ella.

REGINA: (Mutis con las maletas por la izquierda)

MARCELA: Eso dalo por cierto. Los padres de San Jacinto acostumbran ser muy puntuales. ¡Con ellos uno se puede ir ahorrando los relojes!

ALBERTO: ¿Pero qué podíamos hacer?

MARCELA: Nada. Y lo siento de verdad. ¡Siempre me gustó ese templo! ¡Es tan aristocrático! Hoy seguramente deben haberlo adornado con mucha elegancia. Ya

me imagino: ¡El altar colmado de terciopelos, de luces y de flores! ¡El pasillo cubierto por la gruesa alfombra encarnada! ¡Y Luis y su novia luciendo como dos príncipes!

ALBERTO: Aunque eso de lo principesco de Luis...

MARCELA: ¿Qué dices?

ALBERTO: ¡Marcela!

MARCELA: ¡Un muchacho muy bien parecido! Y si no ha cambiado demasiado, siempre sonriente, cortés ¡Como corresponde a un aristócrata!

ALBERTO: Bueno, eso de aristócrata.

MARCELA: Tu hermano...

ALBERTO: ¡Oh sí, mi hermano! ¡Le ha dado siempre por sentirse eso, un aristócrata, aunque nunca ha pasado de ser un clase- mediero con fortuna, con mucha habilidad para los negocios... y claro en este pueblo!

MARCELA: San Angel no es un pueblo.

ALBERTO: No en el sentido que tu lo tomas. Digamos una villa, verdadero oasis donde todavía se puede vivir bien, y donde se han refugiado muchos ricos linajudos venidos a menos, y un puñado de artistas en busca de su notoriedad... y de la soledad para crear.

MARCELA: Pero a mí me encanta. Desde pequeña me gustaba venir a San Angel. Siempre fue mejor que el barrio de Escandón donde nací. Hoy mismo me hubiese gustado dar una vuelta por sus calles antes de la misa, pero ya ves ¡Hemos llegado tarde! Estos vuelos...

ALBERTO: Y el retraso en la aduana, todo se ha confabulado.

MARCELA: Además, aparte que salimos con una hora tarde perdimos un tiempo precioso dando vueltas sobre el valle.

ALBERTO: Es la neblina. Esta neblina que a veces cae como un velo sobre el Valle de México.

MARCELA: ¿Un velo?

ALBERTO: Bueno, una cortina de nubes grises que en ocasiones hace muy inseguros los aterrizajes.

REGINA: (Regresa)

ALBERTO: Supongo que aparte de usted, no hay nadie en la casa.

REGINA: Así es. Los señores partieron hace casi dos horas. La misa debe de haber terminado.

ALBERTO: Podríamos ir a San Jacinto.

REGINA: Tal vez ya no encuentren a nadie...

MARCELA: ¿Y por qué no esperar mejor aquí a mi cuñado?

REGINA: Las recepciones se ofrecen a unas cuantas cuadras de aquí en la avenida del Desierto, creo que es el número cuatrocientos dieciséis, no estoy bien segura, pero a la derecha encontrarán una placa de latón que dice: Sociedad de Damas de San Angel.

MARCELA: (Saca una polvera del bolso y empieza a retocarse un poco) Eso me parece más viable, aunque no estamos vestidos adecuadamente.

REGINA: Si ustedes me permiten voy a disponer su habitación inmediatamente.

ALBERTO: Sí. Desde luego.

REGINA: (Mutis nuevamente por la escalera)

MARCELA: No cabe duda que tenemos mala suerte.

ALBERTO: Hacer un viaje tan largo, para llegar cuando debe haber pasado lo principal.

MARCELA: Espero que mi cuñado sabrá comprender.

ALBERTO: No se trata sólo de él. Después de todo somos parte de la familia y debimos habernos adelantado, haber salido con un día de anticipación por lo menos. Siempre ocurren estos trastornos cuando se tiene urgencia de llegar.

MARCELA: Estoy ansiosa por abrazar a Luis. ¡Quien iba a decirlo! El siempre tan tímido sacándole ventaja a su hermano.

ALBERTO: Por eso mismo. Los tímidos se casan siempre, ya que es el único medio que tienen de conseguir una mujer.

MARCELA: ¡Por Dios Alberto! ¡Que cosas se te ocurren!

ALBERTO: Aunque a decir verdad. ¡Es tan extraño todo esto!

MARCELA: ¿Qué es lo que te parece extraño? Casarse es lo más normal. Luis conoció a esta joven que según nos han dicho posee cualidades excepcionales...

ALBERTO: Nada. Son cosas mías. Por un momento sentí algo que me chocó. ¡Tal vez sea esa mujer!

MARCELA: ¿La sirvienta? ¡Qué tontería! La pobre es siempre tan servicial, y ya tiene trabajando aquí por lo menos cerca de treinta años.

ALBERTO: Son cosas de mi hermano. ¡Nunca ha podido conseguir quitarse a esa mujer de encima! ¡Es como su sombra!

MARCELA: ¿Pues quién quieres que les haga pie de casa?

ALBERTO: ¡Pero una sombra negra!

MARCELA: Te figuras lo que no es.

ALBERTO: Hay algo repugnante en ella. ¡Algo tan sucio y tan vil!

MARCELA: Nunca lograré quitarte esas ideas. Cuando algo se te mete en la cabeza, es inútil pretender sacártelo.

ALBERTO: Tengo mis razones.

MARCELA: Que siempre te reservas

ALBERTO: Hay cosas que mejor nunca debiéramos de saber.

MARCELA: ¿Y por eso no me las confías? Yo en cambio comparto todo contigo. Mis dudas, mis temores, ¡No hay nada que no sepas de mí!

ALBERTO: Y yo aprecio esa ciega confianza tuya. Después de todo hemos pasado toda una vida juntos.

MARCELA: Una vida tranquila, sin desconfianzas, ni disgustos...

ALBERTO: Gracias a tu paciencia para sobrellevarme. Has sido un modelo de esposa y de amiga.

MARCELA: ¿Y no se les confía todo a las buenas esposas y amigas?

ALBERTO: ¿Y para que habría de participarte de cosas que te dañen? ¡Y además conquie tú las supieras no se remediaría nada! Después de todo, lo que anhelo es preservar tu tranquilidad.

MARCELA: Gracias Alberto. Me siento tan protegida contigo, como si me hubieras en vuelto en una gasa de acero a la que no pudiese penetrar otra cosa que no sea tu cariño y tu fidelidad.

ALBERTO: Con ella puedes contar siempre.

REGINA: (Regresando) Si los señores quieren pasar. La habitación está dispuesta.

ALBERTO: Gracias Regina.

REGINA: Seguramente desearán tomar un baño. Refrescarse un poco.

ALBERTO: No tendremos tiempo.

MARCELA: Pero al menos hay que cambiarnos. No podemos presentarnos así en una fiesta tan elegante. Yo traje mi vestido color fresa y como sé que eres tan distraído puse tu smoking en el portatrajes.

ALBERTO: Te lo agradezco Marcela. ¡Tú siempre tan precavida, pensando en todo!

MARCELA: Ahora debo retocar mi peinado.

ALBERTO: Eso nos llevaría más tiempo que la dichosa escala. Además, tú siempre lucirás guapa.

MARCELA: (Con zalamería) ¡Y tú siempre eres galante! (le da un beso en la mejilla)

(Mutis de ALBERTO Y MARCELA por la izquierda)

REGINA: (Sube la escalera) Joven Raúl... joven Raúl. ¡Se ha quedado dormido! ¡Ahora sí que la ha hecho buena! Joven Raúl, sus tíos acaban de llegar. ¡No lo movería ni con una grúa! (Baja la escalera, Luis mientras tanto ha entrado furtivamente, viene vestido de frac con los azahares de la boda prendidos a la solapa)

LUIS: Shs...

REGINA: ¿Es usted?... Yo lo hacía en...

LUIS: Me he escapado un momento, apenas salimos de la iglesia. ¡Tenía que hablar con usted!

REGINA: ¡Qué imprudencia! ¡Van a notarlo enseguida!

LUIS: Dije a Evangelina que había olvidado algo muy importante y que regresaría en unos minutos.

REGINA: ¡Mejor que no hubiera venido!

LUIS: ¿Por qué dice usted eso? ¡Ya veo que me recibe tan mal! ¡Y ni siquiera me ha felicitado!

REGINA: Será que no hay muchos motivos para ello.

LUIS: Amo y soy amado Regina, Y Dios ha bendecido hace unos minutos nuestra unión.

REGINA: ¡Dios! ¿Por qué mete usted a Dios en estas cosas?

LUIS: El lo ha permitido. El ha querido que hoy sea el hombre más dichoso de la tierra, el dueño de la más tierna y amante de las mujeres.

REGINA: ¡Cállese ya! ¡No diga tonterías!

LUIS: ¿Tonterías? ¿Le parece a usted una tontería el quererse, el jurarse permanecer uno con el otro toda la vida, el respetarse siempre? Usted es soltera y tal

vez no entiende de estas cosas, aunque quizás haya tenido algún novio al que quiso mucho, si lo recuerda sabrá comprenderme. ¡Podrá figurarse toda mi felicidad!

REGINA: ¿Aún a costa de la desgracia de su hermano, verdad?

LUIS: ¿Por qué me lo reprocha? ¡Mi hermano siente por ella un capricho solamente! El que ha tenido mujeres...

REGINA: Ya lo sé de sobra, pero ella es la primera muchacha a quien verdaderamente he amado.

LUIS: La podrá querer como una hermana. Yo haré lo posible para que así sea. ¡No quisiera saber que en este día, alguien sufre, está triste o siente amargura por nuestra felicidad! Hoy quiero que todos compartan mi alegría, después de todo, cuando somos amados nos volvemos buenos, por ello le pido que venga a beber conmigo una copa de champagne y que brinde junto con nuestros invitados, porque usted es también parte de nuestra familia. ¡Es mi familia! Si mi madre viviera tendría más o menos sus años.

REGINA: Si su madre viviera yo no estaría aquí.

LUIS: ¿Y por qué no? ¡Era su prima, y se llevaron siempre bien! Ella la rodearía de consideraciones y usted sin esta carga de la casa, de mi padre, de nosotros, podría haberse casado y ser tan feliz como yo ahora, y ya lo ve, estamos tan poco acostumbrados a ser felices, que cuando llega no sabemos que hacer con nuestra dicha.

REGINA: ¡Cuántas cosas haríamos si el destino nos dejara libres!

LUIS: Vamos Regina, No quiero que esté disgustada. Si usted me lo pide, ya sé que su preferido es Raúl, que lo quiere más que a nadie; pues bien, irá a hablarle y además yo le aseguro que de aquí a unas semanas, Raúl se olvidará de todo esto. Nosotros nos iremos lejos y no lo importunaremos con nuestro cariño. Por lo pronto dentro de unas horas nos iremos a la playa.

REGINA: Y usted ha venido por...

LUIS: Por lo que me ofreció. ¡Es tan importante para mí! ¡Para nosotros! ¡Para llegar a ser eso que nos han dicho ahora, dos esposos que se aman, y van a estar unidos hasta la muerte!

REGINA: ¿Y qué me diría si le dijera que no pude conseguir nada?

LUIS: (Desplomándose) ¡Oh Regina, por Dios! Usted sabe de sobra que cifraba todas mis esperanzas en su ayuda. Yo haré todo lo que más pueda por corresponderle. Le daré una pensión para que deje de trabajar. ¡En Europa me darán lo que les pida por cada recital!

REGINA: (Dudando) La señora...

LUIS: La señora.

REGINA: No había bajado del Ajusco, hasta ayer.

LUIS: Y ¿La vio usted? ¿Trajo la medicina milagrosa?

REGINA: (Gritando) ¡No! ¡No me dio nada!

LUIS: (Angustiado) Entonces...

REGINA: ¡No trajo nada!

LUIS: Entonces, no podré ser feliz. ¿Qué diré a Evangelina? ¿Cómo encontraré las palabras para decirle que no podrá ser mía?

REGINA: (Con odio) No podrá ser suya. (Decidiéndose) Pero yo... le pedí, le supliqué...

LUIS: ¿Y qué Regina? ¿Qué! ¿Accedió al fin?

REGINA: Subí esta mañana hasta las faldas del Ajusco, traigo heridos los pies por las piedras, pero di con ella al fin.

LUIS: ¿Usted hizo todo eso por mí? ¿Por nosotros? ¡Oh! ¿Cómo voy a poder agradecerse? ¿Cómo podríamos corresponderle? Usted maltrató sus pies por mí. ¿Por qué no consiguió un coche, o se hizo llevar en el mío o en el de mi padre?

REGINA: Los coches no pueden subir hasta allá. En fin (Saca de la bolsa del delantal un frasquito color ámbar) Me dieron su medicina...

LUIS: (Alegre y violento intenta arrebatárselo, Regina lo detiene con un gesto) Quisiera aprisionar entre mis carnes, el sedimento milagroso de ese elixir y poder gritar: ¡Al fin soy normal como todos los hombres!

REGINA: (Decidida) ¡Usted será al final como todos los hombres!

LUIS: Entonces no perdamos más tiempo por Dios. ¡Démelo usted! ¿Le indicó la dosis?

REGINA: Bastarán unas gotas, diez a lo sumo; pero es algo tan fuerte, que no podría usted pasarlo así nomás, un poco de té caliente le ayudará a la vez para sus nervios.

LUIS: Lo que usted quiera Regina. Beberé lo que usted quiera, pero dígame...

REGINA: (Entra a la izquierda y sale con la taza de té) No me pregunte el nombre de la medicina, porque no lo sé. La señora jamás revela las fórmulas de sus remedios. Hasta los médicos y los incurables suben a consultarla... pero ella prepara personalmente las pócimas. (Entregándole la taza, y vertiendo el líquido) Vamos beba, esto proporcionará el efecto deseado.

LUIS: ¿Y si falla?

REGINA: No tiene porque fallar, pero agregaremos otras diez gotas más. ¡Tiene usted que hacerla feliz, muy feliz! (Derrama todo el contenido del frasco) ¡Prolongar el placer de ambos hasta que queden rendidos, y luego, ansiosos, volver a empezar otra vez! ¡Y otra! ¡Y muchas!

LUIS: (Da un sorbo a la bebida) ¡Oh! ¡Tiene un sabor tan extraño!

REGINA: ¡No importa! ¡Bébalo todo! ¡Tiene que apurar hasta la última gota!

LUIS: Si después de esto no hay nada... habré perdido mi última esperanza.

REGINA: Debe tener fe.

LUIS: (Se sienta en el banquillo del piano) Es como si algo muy cálido empezara a rozar mi estómago.

REGINA: (Observándolo detenidamente) Ahora debe reposar un poco. La señora me previno que iba a sentir momentáneamente algo de sueño. ¡Es el efecto, pero ya se le irá pasando!

LUIS: ¡Oh, es un letargo demasiado pesado! ¡Parece que ya nunca fuera a despertarme!

REGINA: Va a amanecer en un mundo extraño. El mundo de los...

LUIS: Me siento fatigado, tal si me estuviera adormeciendo todo el cuerpo. ¡Gracias por todo Regina! ¡Gracias por ayudarme!

REGINA: Necesita despertarse dentro de unos minutos. Evangelina y la playa le están esperando.

LUIS: Creo que ya no podré levantarme. ¡Oh! Quisiera hacer algo por evadirme de esta modorra.

REGINA: ¿Hacer algo? ¿Pero que otra cosa sabe usted hacer que dar manotazos sobre ese piano?

LUIS: Entonces tocaré... tocaré y el sueño se irá desvaneciendo... como siempre que me pasaba algo, tocaba y tocaba y volvía a sentirme bien (Inicia en el piano los acordes de "Para Elisa" de Beethoven, luego corta bruscamente y se lleva las manos al vientre y al pecho) ¡Ay! ¡Me falta la respiración! ¡El corazón va a estallarme!... ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Esto es la muerte! ¡Madre mía! (Cae pesadamente sobre el teclado, Regina le observa horrorizada y se lleva las manos a la cabeza con ademán desesperado)

REGINA: (Suenan el teléfono, vacila en tomar el auricular, al fin se decide, respondiendo sumamente nerviosa) Bueno... sí, es la casa del ingeniero Montiel. ¿Luis?... Luis no está, el joven Luis, el joven Luis no ha venido. (Cuelga la bocina)

RAUL: (Bajando la escalera, aún tambaleante y con síntomas de la embriaguez) ¡Cuánto ruido hay en esta casa! ¡No consigo dormir ni tan siquiera unos minutos! Primero me pareció escuchar el piano, luego el teléfono. (Adelantándose) ¡Pero si aquí está Luis! ¡No me he engañado! ¿Qué diablos ha venido a buscar aquí? ¡Cuando yo lo suponía repartiendo abrazos y sonrisas entre los invitados! ¡Eh tú! ¿Estás tan borracho como yo? (Sacudiéndolo ligeramente) ¡Vamos, me gusta que me hagan caso! ¿No me oyes?

REGINA: No puede oírlo.

RAUL: ¿Qué no puede oírme? ¡Luis! ¡Luis! ¿Te ocurre algo? (Lo sacude, el cuerpo de Luis cae inerte) ¿Qué tienes Luis? ¿Qué te ha sucedido? Luis, ¡Óyeme, soy tu hermano! (A Regina, angustiada) ¿Qué tiene mi hermano, qué le ha pasado? ¡Está desmayado! ¡Pronto, no se quede usted allí! ¡Un médico! ¡Tenemos que llamar un médico! (Va hacia el teléfono) ¡Traiga el directorio, necesitamos conseguir un médico inmediatamente!

REGINA: Ningún médico podría resucitarlo.

RAUL: ¿Y usted cómo lo sabe? ¿Tuvo algún ataque? ¡Siempre tuve miedo de su corazón! Al menos me hubiera despertado.

FELIPE: (Apareciendo por el frente, vestido de smoking, se detiene al encontrar el cuerpo sin vida de Luis)

RAUL: ¡Padre! ¡Luis se ha desmayado!... ¡Tiene los brazos flácidos!

FELIPE: ¡Luis, hijo mío! (Se acerca para tomarle el pulso y auscultar su corazón) Pero...

RAUL: (A Regina) ¡Responda! ¡No se quede mirándonos con esa cara de idiota! ¡Exijo que nos diga que le ha pasado a mi hermano!

FELIPE: ¡Tu hermano está muerto!

RAUL: ¿Que está muerto?

FELIPE: Su corazón ha dejado de latir. El pulso está ausente. ¡Oh Dios, pobre hijo mío! ¡En el día de su boda!

RAUL: Reparando en el frasco color ámbar que se acerca extrañado a la nariz) ¿Y esto? ¿Qué diablos es esto? ¿Luis bebió este líquido?

FELIPE: (Acusador) ¡Regina! ¿Qué has hecho?

REGINA: Me irrita sentirme obligada a ser cruel, pero no había otra alternativa.

RAUL: ¿Qué monstruosidad es esta? ¿Qué está usted diciendo? ¡Oh no! ¡Esto no es posible! ¡Es una horrible pesadilla de mi borrachera! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Luis! ¡Luis, mi hermano tan humilde, tan noble! ¡No puede ser! ¡Sólo es un desmayo! ¡Se repondrá pronto!

REGINA: No. Yo lo he matado. Eso es veneno que le di de beber con el té.

RAUL: ¿Que usted lo ha matado? ... entonces... entonces... ¿Es verdad? ¡Es verdad! ¡Sus manos siguieron arrancando notas en el piano, hasta que se fue extinguiendo la vida en él! ¡Como un pájaro herido por una flecha! (Con odio) ¡Y usted! ¡Usted lo mató!

REGINA: Tenía que hacerlo por la felicidad de mi hijo.

RAUL: ¿De su hijo? ¿De qué hijo está hablando? ¿Qué hijo puede haber causado tanta desgracia?

REGINA: ¿Tan ciego estás que no reconoces a tu madre?

RAUL: ¿A mi madre? ¿Y quién es mi madre? ¡Mi madre está muerta!

REGINA: Al fin lo puedo gritar. Tu madre, tu verdadera madre ¡Soy yo!... Tú, no eres hijo de Claudia, ¡Eres hijo mío!

RAUL: (Retrocediendo) ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Eso sería una infamia más! ¡La peor infamia! ¡Ser el hijo de una fiera! ¡De una mujer perversa! ¡Capaz de llegar hasta el crimen!

REGINA: Tú lo has dicho. ¡Capaz de cometer un crimen, por tu felicidad, por no verte más sufrir, porque tú me habías pedido que te ayudara, me habías confiado tu angustia, tus celos, tu desesperación! ¡Tu amor por esa muchacha! ¡Me habías abierto tu alma, me habías revelado tus sentimientos, a mí, a tu madre, a tu madre que te dio el ser y que te ha esperado veinticinco años, contando los minutos, a tu madre que no dudó en someterse a este degenerado, en humillarse ante su soberbia, a encubrir su hipocresía, en ayudarle a ocultar su vida deshonesto, su enriquecimiento ilícito, su farsa, su indigna condición de payaso ante los poderosos y de explotador de cuantos le sirven...

RAUL: ¡Basta! ¡Basta! ¡Nunca imaginé que usted llegaría a tanto! ¡Y aunque fueran ciertos sus balbuceos de gata en celo por la maternidad, preferiría ser el más desgraciado de los huérfanos que tener por madre a una hiena!

REGINA: ¿Qué cosa has dicho? ¿Te atreves el más ingrato de los ingratos a repudiar a tu madre? ¿Así agradeces lo que hice por ti? ¿Te has olvidado tan pronto, de que hace solamente unos minutos llorabas como una mujercilla porque Evangelina había preferido al otro?, Ahora lo veo menos castrado que tú.

(Evangelina, Beatriz, Alberto y Marcela aparecen por el frente y se detienen al escuchar las palabras de Regina, Evangelina lleva aún puesto el traje de novia)

REGINA: ¡Tú me empujaste al crimen! ¡Tú me obligaste a llegar hasta las últimas consecuencias de tu cobardía! Ahora es libre la mujer que amas, la mujer que fuiste incapaz de conquistar como hombre. ¡Mírala! ¡Allí la tienes! ¡He cumplido mi promesa! ¡Como cumplen las madres con sus hijos!... ¡Quizás algún día tengas algún buen recuerdo para mí! ¡A todo le llega su tiempo! ¡Nada dura eternamente!

EVANGELINA: ¿Qué horrores estoy escuchando? ¿Y Luis? (Arrojándose sobre el cuerpo de Luis) ¡Luis! ¡Luis! ¡Vida mía!

FELIPE: Evangelina, el odio ha tendido una vez más su crespón de muerte sobre mi casa. Tu esposo, mi hijo está muerto.

BEATRIZ: ¡Dios misericordioso!

EVANGELINA: ¿Qué está usted diciendo? ¿Muerto? ¡Si hace solamente unos minutos se desprendió de mí y estrechándome me dijo: volveré en unos momentos y estaremos unidos para siempre! ¿Qué fatalidad lo arrebató de mis brazos para arrastrarlo hasta aquí? ¡No puede ser! ¡No puede haberse ido en este día! ¡En nuestro día! ¡Acabándonos de casar! (Preso del histerismo entre llantos y sollozos se abraza al cuerpo de Luis) ¡Luis vuelve a mí! ¡Vuelve a mí!

MARCELA: (A Evangelina) ¡Cálmese usted! ¡Por favor cálmese! ¡No se haga más daño! ¡Ya hay bastante dolor!

ALBERTO: Un momento. Sospecho que aquí hay algo más que un delito vulgar, perpetrado por la envidia y los celos. ¡Algo capaz de estremecer de horror al más empedernido de los criminales! ¡Es como la apoteosis de toda maldad y el odio que pudiera contener el infierno!

MARCELA: ¿Qué dices?

ALBERTO: Lo que debí de haber dicho hace muchos años, y no me atreví a denunciar entonces.

FELIPE: ¡Por piedad no me recuerdes esos días!

ALBERTO: Sólo diré lo necesario. Claudia acababa de morir hacía sólo unas semanas, Felipe se había sumergido en el lacerante olvido del alcohol y se debatía entre horribles remordimientos. Una tarde me presente en esta casa, venía a avisarle que me habían asignado al Canadá; encontré la reja y buscando a mi hermano me introduje hasta una de las recamaras. Sobre una cuna sucia y maloliente, yacía un niño de escasos meses de nacido. No sé si el hambre o la repugnante suciedad en que se debatía le hacían gemir con tanta desesperación, que su llanto angustioso, quedó impregnado a mi cerebro muchos meses después. ¡Tal vez años! ¡Era cual un reproche! ¡Como un alarido! Increíble por cierto en una criatura tan pequeña, que sentí el impulso de correr hacia él y consolarla; Pero en ese mismo momento y sin que se hubiera percatado de mi presencia, esta mujer brotó de algún rincón con otro bebé entre los brazos, y entre imprecaciones y juramentos, tomó al pequeño que lloraba y lo sacudió con furia exigiéndole que se callara... el infeliz pegó otro grito y ella llevada por la ira, le clavó los dientes sobre su brazo, movida por una diabólica desesperación.

BEATRIZ: ¡Oh Dios mío! ¿Era tan necesario probar mi fe?

ALBERTO: A los gritos del pequeño, se sumaron mis reproches y mis amenazas (A Regina) Usted se excusó alegando cansancio, trabajo y toda esa roñosa historia de prima pobre, de sirvienta, de mujer despreciada ¡Y de no sé que malos tratos de mi hermano! Yo estuve a punto de echarla, pero bien pronto comprendí que no era la solución adecuada. A la media noche regresó Felipe, había bebido mucho y traía los ojos inyectados y la barba crecida. Entre sollozos me comentó que efectivamente uno de los niños era el hijo de su amante.

REGINA: Y usted tan compadecido, decidió privar a una madre de lo que por derecho le pertenece.

ALBERTO: Sólo trate de alejar a los inocentes de los zarpazos del vicio y del rencor. No me costó trabajo convencer a mi hermano y a Marcela.

FELIPE: Yo estaba deshecho por la muerte de mi esposa.

ALBERTO: Y entre aquella embriaguez que te aniquilaba, me señalaste: este es Luis, este es Raúl, uno el hijo de la esposa, el otro el vástago de la concubina.

REGINA: ¿Qué está usted insinuando?

ALBERTO: Al día siguiente un telegrama de la dirección, me puso en marcha al Canadá, mi deber era improrrogable y yo pedí a Marcela que recogiera a los niños inmediatamente y que me siguiera.

MARCELA: Y yo obedecí fielmente tus instrucciones.

ALBERTO: Excepto una cosa. Los hiciste registrar equivocados.

REGINA: ¿Qué locura está usted diciendo?

ALBERTO: Equivocación por cierto bastante disculpable, porque eran idénticos, aparentemente... aunque Raúl tenía sobre al brazo derecho la marca de una infamia.

MARCELA: ¿Y has guardado este secreto veinticinco años?

ALBERTO: ¿Qué importaba? Los dos eran hijos de mi hermano, y llevaban su misma sangre.

RAUL: (Se sube violentamente la manga de la camisa) ¡Es verdad! ¡Es verdad! Nunca pude recordar como me había hecho esto. ¡Me parecía que había nacido así! ¡Con estas cicatrices! ¡Marcado! ¡Tenía que ser así para salvarme! ¡Para probar que no soy el hijo de esta mujer!

REGINA: (Violentísima transición) ¡Mi hijo era Luis! ¡Mi hijo era Luis! (Avanzando rápidamente hacia Luis.) ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¿Qué cosa he hecho? ¿Qué cosa he hecho! (Llora desconsoladamente abrazándose a Luis) ¡Siento que voy a enloquecer! ¡Quisiera enloquecer!

FELIPE: Así creí yo Regina, que el dolor benignamente iba a enloquecerme. Pero no ¡Conserve los ojos para llorar, la memoria para recordarme, la conciencia para sufrir! ¡El alcohol no puede hacer milagros! ¡En medio de la embriaguez recordaba! ¡Y esa tortura, y mi sed de venganza, despuntaban como puñales que me horadaban el cerebro! (Triunfante) ¡Pero al fin llegó mi día! ¡El día en que finalmente voy a descansar! (A Regina) ¡Has matado a tu propio hijo! ¡Y no te alcanzará toda la vida para arrepentirte! ¡Ojo por ojo y diente por diente Regina! ¡Ahora vas a padecer lo que yo sufrí! ¡Tú envenenaste a Claudia! ¡Tú la mataste lentamente!... ¡Y cuando lo

descubrí ya era demasiado tarde! ¡Ella murió en mis brazos y era lo que más amaba!... Entonces, la cárcel más dura, hubiera sido poco para ti... Pero ahora... ahora... ¡Vas a clamar por una bala que te ponga fin!

EVANGELINA: Muerte: ¡Eres sólo una pausa larga! Una hermana ambiciosa del sueño. Muerte: ¡Permite que sueñe a su costado, en el sitio que la vida no quiso dejarme!

MARCELA: ¿Piedad? ¿Razón? ¿Amor? ¿Pero valen de algo esos vocablos entre los idiomas que hablan los hombres?

BEATRIZ: ¡Oh Dios! ¡Muéstrame que la tierra que Tú creaste no es tan cruel!... ¡Que no hay tanto odio! ¡Que no destila tanto dolor! ¡Muéstrame que la maldad es un accidente, que Caín es una casualidad! ¡Que Tu misericordia es algo más que una palabra!. ¡Y que Tú! ¡No eres una imagen, ni un hombre, ni una leyenda perdida en el tiempo! ¡Muéstrame que eres Tú!

MARCELA: Porque sin Ti, los hombres estamos solos... ¡Y tenemos miedo! ¡Mucho miedo de nosotros mismos!

EVANGELINA: (Con pasión) Luis... ¡Mi adorado Luis! ¡Han hecho un haz de astillas de nuestro amor, pero volverá a ser cristal! (Serena. Con resolución, va hacia el teléfono) ¿La policía?... (Pausa con gravedad) Les habla la esposa de Luis Montiel.

Cae lentamente el telón.

EDWIN LUGO
AGUA DORMIDA

PIEZA DRAMATICA EN TRES ACTOS

PROLOGO

El prólogo nació, precisamente, para las obras teatrales, cuando la escena pública era estadio natural de los juglares, en los albores del Renacimiento, apenas rescatado el arte de representar, de las prisiones palaciegas; cuando salió a la conquista de los grandes públicos, en las plazas pueblerinas. Un actor se adelantaba a la obra y daba entonces ciertas explicaciones que eran algo así como la formación de un escenario mental, donde los personajes comenzaban a tener figura y acción. El pro-cerca y el logo-descripción se fue derivando más tarde a otros campos literarios y tomó carta de naturaleza en la forma que hoy lo conocemos, confundándose con la “introducción”.

¿Es bueno el prólogo en el teatro escrito? Si se toma en cuenta que el lector puede enterarse a largos trancos la obra para conocer el desenlace, si, porque en su afán de no revelar nada, da al lector idéntica oportunidad. Y si se nos apura hasta puede servir de freno.

Nos hemos regocijado en “Agua Dormida”. Los lectores que conozcan Uruapan, sus costumbres, los preciosos escenarios naturales que rodean a esta legendaria ciudad michoacana “verán” pronto a sus personajes, los identificarán con el medio y no les faltará imaginación para darles los nombres que en la realidad puedan tener estos otros, que ahora consideramos de ficción.

“Agua Dormida” abarca la vida de una familia recatada y conservadora, que evoca cuatro meses previos al desenlace y recuerda varios años en la integración de sus miembros, en la luminosa Uruapan.

Cuando se conoce al autor, Edwin Lugo, nada nos resulta extraño. Una fácil poesía se derrama en sus narraciones y en esas descripciones cuidadas hasta en sus mínimos detalles que llevan al lector hacia el centro de los episodios que plantea. Hemos conocido a Edwin como fecundo novelista y le hemos celebrado como rapsoda, pero nos faltaba conocerle esta otra fase de dramaturgo, porque “Agua Dormida”, que a veces se desliza por los campos de la comedia, invade el drama en los lances de su trama cuando uno de sus personajes, Margarita, víctima de un zarpaso de la podredumbre social, malentende el sentido de la libertad y presenta un cuadro donde fracasa la rigidez de las costumbres y cuando Lupe realiza el sacrificio que le impone la pérdida de la juventud por una parte y por otra el cariño hacia su sobrina Mercedes.

De las dos formas clásicas de escribir teatro: el representativo y el narrativo, es el segundo el más difícil. A éste pertenece “Agua Dormida”. En este caso el espectador es muy exigente porque reclama los más mínimos detalles, Edwin Lo supo y respondió a esa exigencia. En el representativo es más disciplinante el detalle, porque queda mucho a cargo de los actores, que llenan esos pequeños vacíos, con sus propias creaciones personales.

El público podrá comprobar este aserto en el juego precioso de las dos conversaciones que se suceden en el desayuno del primer acto. Se entrecruzan sin confundirse pero sin que se pierda el hilo de los asuntos.

Por otra parte, es digno de mención el derroche de los modismos que surgen en los parlamentos. Si no se conocen a fondo las costumbres de esa región, el escenario central de la obra perdería emoción, agilidad y ubicación.

No podemos eludir un breve comentario. De los tres actos, el primero cierra con los dibujos necesarios para considerar que los otros dos, aún perteneciendo a la misma obra, alargan en el tiempo las vidas de los personajes que intervienen en él. O diciéndolo de otro modo: es perfecto y logra lo deseado por el autor.

¿Quién no se asombra con la narración de los manjares que esperan a Emilio, en los comienzos del segundo acto?

Si el lector observa la entrada en escena de la soltera Doña Presentación, advertirá que “Agua Dormida” está centrada en el teatro, porque tiene eso que se llama “trama escénica”.

Y si en el cierre del primer acto hemos contemplado una descripción maestra, en el cierre del segundo hay poesía hermosa y de buena factura cuando orienta el retorno de Emilio a la casa de sus viejos amores.

Sin embargo, las figuras alcanzan su magnitud y su más clara desnudez en el tercer acto, acelerando el interés del desenlace. No es fácil acondicionar la vuelta de Margarita al hogar cristiano donde se educó, después de una huída hacia la prostitución. Como tampoco es fácil conservar por todo ese tiempo la de la mística Teresa, ni el de la lealdad de Concha o el de la beata Presentacion y el de la sumisa Nana, sin caer en contradicciones. Y aquí lo logra el autor, que no ha perdido de vista aninguno de los actores de esta comedia dramática.

Tiene muchas enseñanzas “Agua Dormida”, que hemos de destacar: la figura del machismo en el doctor, la del muchacho estudioso que lleva muy adentro de su humildad un afán de autorealización; la espiritualidad con que nutre su abnegación Lupilla, quién se presta para que Edwin luzca su estro lírico, con esas sendas descripciones pictóricas con que canta a la naturaleza, y la de la madre que salva a la prole con sacrificios supremos, cuando se queda viuda.

Siguiendo la ruta de cada figura y la manera con que se va enlazando la obra, el público queda sumido en el curso de los acontecimientos y buscará con afán el final de cada uno, o la misión que cada cual habrá de desempeñar para el logro de un buen final. Sabe que no puede haber frustraciones, aunque en algún caso, podamos advertir cómo Mercedes se interesa en extremo con esos relatos surgidos de las cartas que Lupe recibe de su platónico amor, el de Emilio. Ese final tuvo sus dos aspectos lógicos: el que provocan los hechos y el que el autor plantea para salvar la fortaleza moral de sus tres últimos personajes: Emilio, Mercedes y Lupe, ninguno de los cuales decae en la lucha postrera de “Agua Dormida”.

“El agua nació para huír...” dice el autor, y el sol para ocultarse cada día, cerrando episodios con los que la sociedad va construyendo su historia y el hombre haciendo más larga una vida que es breve, si se observa en sus resultados y en su conjunto. Pero hay algo, un algo que a fuerza de esperarlo y conocerlo, lo hacemos base del misterio de creer y vivir. Y eso lo hemos visto en Edwin Lugo, aquí, en “Agua Dormida” y en sus otras obras que le conocemos: es una esperanza en la luz, una confianza en el color y una fe ciega en los prodigios que el amor logra en todos los seres, porque él es un amador sincero que entrega a la poesía, ese fuego vital que le hace vivir y sentir que la poesía, el amor y la vida, no serían nada si caminaran solos y que, juntos dan a la emoción de vivir la majestad y la honradez con que deben producirse los seres, para hacer de la sociedad en la que están inmersos, un todo humano y hermoso que haga feliz al género humano.

Dr. Juan Rueda Ortiz

*Juan Rueda Ortiz: fecundo escritor, poeta, ensayista, maestro de diversas disciplinas, es académico y director de innumerables instituciones culturales y científicas del país.

AGUA DORMIDA
Pieza Dramática en tres actos

PERSONAJES (Por orden de aparición en escena)

VOZ DEL RECITADOR

NANA	65 AÑOS
CONCHA	38 AÑOS
LUPE	34 AÑOS
MERCEDES	18 AÑOS

CONSTANCIA	24 AÑOS
MARGARITA	21 AÑOS
TERESA	25 AÑOS
DOÑA PRESENTACION	45 AÑOS
EMILIO	40 AÑOS

Los poemas que recita el narrador, son seleccionados del libro “Con la sed en los labios” de Enrique Fernández Ledesma (1888-1939)

ESCENOGRAFIA

En la tradicional casona estilo Uruapan, Michoacán, estancia que hace las veces de sala-comedor. El techo esta envigado, aunque la parte superior es de tejamanil y teja roja. En la sección izquierda del escenario pende un candil de cristal, mientras que en la derecha luce una lámpara típica de yute o un candil de hierro forjado en Pátzcuaro. En el frente gran puerta corrediza de cristales que da al jardín, de cuyo fondo se divisan árboles frutales, rosales, macetas, fuente y jaulas de pájaros.

Hacia la derecha, amplio arco que cobija la cocina, con sus cazos relucientes de cobre de Santa Clara, jícara y fuentes decoradas con flores polícromas, hornillas, braseros, olla con molinillo, trastero con vajilla, metate, molcajete y demás objeto de cocina, incluyendo los de la típica artesanía michoacana, Al salir de la cocina, mesita de comedor redondo con ocho sillas. En el extremo derecho puerta practicable que da a la tienda, para mejor ubicación del público, el escenógrafo puede agregar una cortina de lona y sobre ella un enorme letreo que dice: “El Costurero” Mercería, Bonetería, Regalos y Boutique

En el lado izquierdo sofá y dos sillones o mecedora de tule o de minbre y sobre estos algún mono de peluche, una piel de venado, etc. y detrás, una cómoda sobre la cual se ha improvisado un altar, cubre al mueble una carpeta bordada, y a los lados de la Virgen de los Dolores, metida en un capelo de cristal, hay floreros y candelabros. Un pequeño librero, una máquina Singer de coser; y una mesita con carpeta y lámpara con pantalla de seda que ostenta un retrato de Emilio, completan el mobiliario.

Ceniceros de cristal cortado, un reloj de pared lujoso, cuadros de familiares alternando con algún original engalanado con hoja de oro, conseguirán este particularísimo ambiente, en que alternan lo típico y lo refinado.

En el panel que representa la pared de la izquierda, balcón con visillos blanquísimos y almidonados. El primer término contendrá una puerta practicable que conduce a las demás habitaciones de la casa

La acción en Uruapan, Michoacán en 1946.

Acto primero: principia marzo, antes de la Semana Santa, un día radiante a las ocho de la mañana.

Acto segundo: las cinco de la tarde de un día caluroso de mayo.

Acto tercero: las siete y media de la noche muy lluviosa de junio.

ACTO PRIMERO

MUSICA: (Se escucha el corrido de “Juan Colorado”, que desciende después de unos compases hasta perderse completamente, el recitador dice pausado el poema, mientras se levanta lentamente el telón, en tanto la escena se va iluminando hasta mostrar en su apogeo una mañana soleada y radiante)

RECITADOR:

Os he visto en las noches románticas de junio
vagando a la caricia de un azul plenilunio
burlaros, con irónica sonrisa, del dolor;
y por guardar ocultas vuestras ansias secretas,
revelar, con voz trémula, fingidas historietas
en las que sale siempre derrotado el amor.

Os he visto en las horas de las fiestas nupciales
sonreír a la novia, pálidas y espectrales;
estrechar a la amiga con histórico ardor;
hablarla con voz rota, que suena a desencanto,
y darle un beso mustio, mientras mojaís en llanto
la corona de azahares que consagró el amor.

¡Quién os amara tanto! ¡Quién os dijera un día
el esperado sésamo que abriera la sombría
puerta que guarda el peso de vuestro corazón!
¡Quién pudiera ayudaros en vuestros fantaseos,
y torocar realidades todos vuestros deseos
y daros la divina rosa de la ilusión!

NANA: (viste falda y blusa negra y encima un delantal gris, lleva un cuenco con
alpiste, plátano y semilla para los pájaros, con quienes conversa, en tanto limpia las
jaulas) ¡Ya! ¡Ya! ¡Parece que no han comido nunca! Y tú, cardenal ¿Por qué te has
vuelto tan voraz? ¡A ver si dejas comer también a tus hermanos, vale!

CONCHA: (Viene con un enorme ramo de flores, por la puerta del frente) Bueno
días Nana.

NANA: Buenos, niña Concha. Creí que no se había levantado todavía.

CONCHA: ¡Que va! Me desperté desde las cuatro de la mañana, con el concierto
de los gallos, y ya no pude pegar los ojos. ¡Es ese condenado gallo que se cree
galán, irresistible y mexicano, el que comienza siempre con el alboroto! ¡Un día de
estos le tuerces el pescuezo, aunque se ponga de luto todo el serrallo, y ya veremos
si la da por cantar dentro de la cazuela del mole! (Coloca las flores en todos los
floreros de la estancia)

NANA: ¡Ya cantarán otros! Las gallinas se despiertan con el alba; y además no es
bueno dormir tanto.

CONCHA: Cuando vivía mamá Chabelita, nos decía que el alba era cual una cortina
de luz, que recorría la mano de Dios, siempre puntual y bondadosa. ¡Luz nueva,
luz de esperanza!

NANA: Dicen que el día del juicio se conocerá porque no va a amanecer nunca.

CONCHA: Falta mucho para eso. ¡Antes tiene que regresar Procopio! A veces,
cuando veo salir el sol, que anuncia un día bonito, pienso: ¡Un día como este tiene
que venir!

NANA: ¡Ay niña! ¡A mí se me hace, que ese ya no vuelve nunca! ¡Si ya hasta se habrá arrimado con alguna gringa! (Comienza a picar el plátanos sobre una tabla de madera)

CONCHA: ¿Y su hija? ¿Y yo?

NANA: Así son los viejos. ¡Y como santo que no es visto tampoco es adorado!

CONCHA: No digas eso Nana. Todavía hace dos años me mandó dinero.

NANA: ¡Uy sí! ¡Doscientos dólares! Pos ni que fueran pájaros pa' que le duraran tanto, y ahora menos que la niña Mercedes, ya está en edad de presumir.

CONCHA: ¡Apenas si se acordará de ella! ¡Se fue cuando tenía seis años! ¡Si la viera ahora!

NANA: A los viejos nomás les gusta andar por ahí de sinverguenzas. ¡Dios me perdone! Pero igualito así era su papá de usted... lo que tuvo que sufrir mi niña Isabel con ese marido: hijos por aquí, hijos por allá, nomás se murió y comenzaron a salir las señoras. ¡Y luego tan endeudado que estaba! Su mamá tuvo que sacarlas a todas. Tanto trabajar fue lo que se la llevó. ¡Si la máquina de coser hablara! ¡Hasta el rancho de Taretan estaba hipotecado!

CONCHA: Para lo que daba el famoso rancho.

NANA: Bueno, pero era una ayuda. Ahora tendríamos al menos maicito y frijol, y mi niña Lupe tendría otro centavito más.

CONCHA: ¡Vamos Nana, Dios nunca nos ha dejado sin comer! (Se dirige hacia el pequeño altar) y Lupilla tiene mucho más de lo que necesitamos. Por eso siempre le aparto las más bonitas flores a la Virgen. ¡Ella me lo tiene que devolver!

NANA: ¡Y no cabe duda que tiene usted buena mano! En este año se le han dado hasta los tulipanes que no habían querido prenderle bien.

CONCHA: (Con entusiasmo) ¡Y mis azuleas, y los lirios, y las azucenas! ... Doña Presentación siempre las anda reclamando para adornar el altar mayor.

NANA: ¡Bah! A esa lechuza le gusta saludar con sombrero ajeno, y como ya se hizo uña y carne del padre Melesio, pos ya no sabe que llevar a la parroquia.

CONCHA: A las plantas les hace bien la sombra de los árboles, hasta las campánulas y las violetas, son más lindas al pie del abeto, y el huele-de-noche junto al pino, alcanza a perfumar todo el jardín. Las flores son como las mujeres, necesitamos que algo fuerte nos cobije para crecer.

LUPE Y MERCEDES: (Entran por el frente, vienen de misa y visten con elegancia: zapatillas altas, vestido hasta la rodilla, y velo y libro que dejan sobre la cómoda)

LUPE: Hoy ofrecí mi comunión por Emilio y por tu esposo, para que Dios y la Virgen los cuide ya que no podemos hacerlo nosotras.

MERCEDES: (A Concha) ¡Y yo por ti mamá, porque mi padre no nos olvide! (La besa)

CONCHA: ¡Si no nos olvida, lo que pasa es que está trabajando duro para hacer dinero! ¿No has ido a tu cuarto verdad?

MERCEDES: No.

CONCHA: Pues tienes una sorpresa.

MERCEDES: ¿Una sorpresa?

CONCHA: Los agapantos azules que te chiflan tanto.

MERCEDES: ¡Mamá!

CONCHA: Y hasta un ramito de claveles para el tocador.

LUPE: ¿Pues no que se habían marchitado?

CONCHA: Esas eran las dalias.

LUPE: (Acercándose a la jaula) Sólo mis niños, nunca se ponen feos ¿Verdad? (Toma el plátano que Nana ha picado y lo introduce a la jaula, luego va por agua a la cocina) ¡A ver! ¡A ver! ¡Vamos a almorzar! ¡Uy, que rica comida! ¡Este plátano de la Huacana sí que es un verdadero banquete: maduro y dulce, muy dulce!

MERCEDES: (Acercándose junto a Lupe) ¿Qué tanto te cuentan tía Lupilla?

LUPE: ¡Un montón de cosas! ¡Sus alegrías y sus pequeñas tragedias! Por ejemplo, mamá canario, ya tiene dos huevecitos ¡Enteramente azules! ... sólo mi gorrión está triste, porque está solito ¿Verdad?

MERCEDES: El colibrí es muy desconfiado. No más a ti te conoce bien.

LUPE: Los pájaros son mis amigos, hasta los que son libres y anidan en los árboles del jardín, como saben que les llevo comida, apenas ven que me acerco, inmediatamente escucho un leve trepidar de alas, y algunos, se han vuelto tan confianzudos, que me andan por la cabeza o por los hombros.

NANA: Si le hubieran dado a escoger, seguramente habría querido ser pájaro niña Lupe.

LUPE: ¡Pájara sí! ¡Para volar donde está él!

NANA: Sólo el perico nunca la quiso.

LUPE: ¡Ni yo a él! ¡Estábamos correspondidos! Siempre andaba hablando puras groserías, y luego de improviso, porrumpía a gritos.

MERCEDES: (A Lupe) ¿Por eso se lo regalaste a doña Presentación, verdad?

NANA: Porque trae mala suerte. Imagínate, una casa con siete mujeres solas y un perico.

MERCEDES: ¿Pero tu también te cuentas Nana? ... ¡Si ya cumpliste los sesenta y cinco años!

NANA: ¿Y qué? ¿Y qué? ¡Yo también tengo mi corazoncito!

LUPE: Bueno señores (Cerrando la jaula) ¡Con la comida debe entrar la alegría a su casa! Ahora ¡A cantar!. ¿Y nosotras? ¿A qué hora desayunamos Nana?

CONCHA Y MERCEDES (Empiezan a acarrear loza, mantel y servilletas de la cocina a la mesa)

NANA: (Se dirige a la cocina) ¡El atole de puzcua está en el rescoldo! Nada más que vengan todas, si no me estoy toda la mañana, dando desayuno a una por una.

LUPE: ¿Todavía no ha bajado Margarita?

CONCHA: No. Esa taimada. ¡Quién sabe que tanto hace! Nunca va a misa, y siempre anda poniendo peros, cuando se necesita que ayude. Ha de estar arreglándose, no tiene otro quehacer que estarse componiendo.

LUPE: Le gusta estar guapa. Eso es todo.

NANA: ¿Y Teresa?

MERCEDES: Se quedó en la iglesia como siempre.

CONCHA: Un día terminará por no volver. Tiene un alto de novenas y de triudos, y cuando acaba con ellos, se agarra a rezar quince rosarios.

CONSTANCIA: (Viste alegremente, entrando por el jardín, con una bolsa de pan en la mano y un plato de calabaza en miel) ¡Hola! ¡Ya está aquí lo que faltaba, pan para el desayuno!

MERCEDES: ¡Hola cacerola!

LUPE: Ya era tiempo.

CONSTANCIA: Se le acabó temprano la calabaza a Don Higinio y tuve que ir hasta la Aguacatera.

LUPE: ¿Con Miguel, verdad? ¡Yo no sabía que ahora la dio por meterse a camotero!

CONSTANCIA: Te juro que ...

LUPE: No jures en vano, que es un pecado bien feo. Ya te he dicho que la hora del novio es después de las siete.

CONSTANCIA : Lupilla, si a estas horas está trabajando.

LUPE: Mucho ha de trabajar ese vago, por eso lo tienes pegado desde que Dios amanece (Poniendo el pan en la panera) A mí me habría de chocar un hombre así.

CONCHA: Por que lo tienes tan lejos. ¡Pero si estuviera cerca!

LUPE: Emilio es un hombre demasiado inquieto, con muchos intereses; y además, nunca es bueno sujetar a nadie.

MERCEDES: ¡Yo también preferiría un hombre que estuviera ocupado, que fuera importante, no me gustan los empalagosos!

NA NA: ¡Mire nada más que pan le dieron niña Constanica! ¡Es pan de ayer! ¡Ya le dije que no se ande dejando que le den pan frío!

MARGARITA: (Espléndidamente maquillada, peinada y vestida, sale por la izquierda) ¡Aló juventud! ... ¡Me empezó a cosquillar en la nariz un olor tan rico...

CONSTANCIA: Qué dijiste, vamos a desayunar.

CONCHA: ¡Ah, su alteza se ha dignado al fin bajar de sus habitaciones! ¿Habeís descansado bien? ... pues entonces, la mesa está lista y la servidumbre dispuesta a satisfacer vuestros más mínimos caprichos...

MARGARITA: ¡Si no quieren no desayuno, después de todo, un chocolate, puedo hacérmelo yo misma!

LUPE: ¿Quieren por favor dejar de pelear? ¡No hay un sólo día de Dios, que no discutan! ¡Qué si por esto, qué si por lo otro! (A Concha) Ya sabes que a Mago no le gusta hacer mandados.

CONCHA: Ni molestarse en nada. Es una muñeca de mostrador, con sus uñas muy pintaditas, su maquillaje muy fresco y su peinado a la moda.

LUPE: Deja de criticar a tu hermana, después de todo, no se nos van a caer las manos.

CONSTANCIA: ¡Ya la veremos el día que se case; ¡Pobre marido, porque va a comer pozole y carnitas del mercado todos los días!

MARGARITA: Tú lo has dicho el día que me case ... ¡Si me llega a dar la gana casarme! Pero lo que es tú, no tienes ni para cuando mi hijita, ese mugroso no da trazas de trabajar nunca.

CONSTANCIA: ¿Mugroso? ¡Ya estará porque tu agente viajero, siempre anda presumiendo de mucho trajecito, pero agarrando el dinero que no es suyo, le andaban cobrando a Lupilla una cuenta que ya había pagado y que el niño tomó equívocadamente y hasta mandaron una carta de México amenazando con suspendernos el crédito y no darnos más mercancía más que por C. o D.

MARGARITA: ¡Ay si tú! Es que sus patrones son unos judíos bien agarrados, pero ya les pagó todo y la prueba está que sigue trabajando.

TERESA: (Vestida con traje oscuro y con libro grueso y rosario, entra por el frente)

LUPE: ¡Vaya! Regresó Sor Teresita.

TERESA: Perdona me quedé unos minutos más con Nuestro Señor. ¡Está expuesto el Santísimo y ni una alma!

MARGARITA: ¿Y las viejas de la veladora para que sirven?

TERESA: Ya llegó la guardia.

LUPE: Bueno, pues ya estamos todas (palmoteando) ¡A desayunar!

NANA: Así deberían de estar diario, puntuales, como cuando vivía mi niña Isabel. ¡La que llegaba tarde se quedaba sin comer!

(Se reúnen todas alrededor de la mesa. Nana sirve el desayuno ayudada por Concha)

CONSTANCIA: Se ve rica la mantequilla.

MERCEDES: Yo quiero la mermelada de fresa que trajimos de Zamora

CONSTANCIA: Este melón sí está como terrón de azúcar.

CONCHA: Pues si estamos en la tierra de los melones ¡Vale!... ni Emilio, allá en Londres o en Florencia, o por donde anda se desayuna con esta fruta.

MERCEDES: ¡Ni mi papá tampoco!

LUPE: Está en Estocolmo.

CONSTANCIA: ¿En dónde dijiste?

LUPE: ¡En Estocolmo, en Suecia!

NANA: ¿Le sirvo la cecina, antes de que se vaya a enfriar?

TERESA: Como quieras Nana, pero antes tenemos que pedirle a Dios que bendiga nuestros alimentos (junta las manos y reza unos segundos calladamente).

MARGARITA: (a Teresa): ¿Y por qué expusieron al Santísimo ahora, si no es día de jubileo?

TERESA: Es que está temblando mucho, por allá en la sierra. Es Anganguán están muy asustados, ¡ya quieren correr como los de San Juan! ¡Ese volcán crece rápido! Dicen que tiene cubierta de ceniza toda la región, dentro de poco nos va a alcanzar también. Sólo Dios y su Santísima Madre pueden librarnos de una desgracia! ¡Imagínate si la lava corriera hasta acá sepultaría a Uruapan en unas horas!

MARGARITA: ¡Y luego la ceniza arruina las tierras!

CONCHA: (a Lupe): ¡Pues es el colmo que no te haya mandado nada de por allá

MERCEDES: O a la buena ya le mandó, pero no ha llegado todavía ¡Si está muy lejos!

CONCHA: ¿Pues no dijeron que andaba por Europa?

MERCEDES: Si mamá, pero muy al norte, ya cerca del polo.

CONCHA: ¡Uy, pues va a sentir mucho frío por allá, ahora si que va a tener que buscarse una...!

MERCEDES: ¡Una sueca mamá!

TERESA: ¡Pues claro, si se quema todo, se pierden las cosechas! ¡Ya se ha perdido bastante café!

MARGARITA: Y dicen que son preciosas: altas, blancas y con el cabello rubio y los ojos azules.

CONCHA: Ahora sí que te van a cambiar Lupilla.

LUPE: ¡Allá él si me cambia por una güera desabrida!

MERCEDES: Pero nadie lo va a querer tanto como tú, títa.

NANA: Los viejos son siempre llevados a la mala, como las mulas, donde los tratan mal pos ahí están ...y como este señor anda siempre disque trabajando, pos ha de tener harta facilidad para conseguirse mujeres. ¡Y como están por allí gueras, pos! ...MARGARITA: ¡Bah! ¡Todas las mujeres rubias o morenas somos lo mismo!

NANA: Pos eso es lo que yo digo ... pero les gusta ahí no más andar, metiendo las narices onde no deben y se dejan llevar siempre por la novedad. ¡Así era su papá de ustedes! Aquí en su casa, tenía toda una mujer, porque su madre... ninguna de ustedes sacó ni la mitad de lo que era la señora...muy guapa, muy chapeada... y allá andaba el viejo de coscolino, y mi niña Isabelita, ¡Lidiando con la prole!

CONSTANCIA: Pero al cabo mamá no se daba cuenta de nada.

CONCHA: Yo creo que sí. Yo la veía llorar mucho; y le preguntaba pero nunca me quería decir por que.

NANA: ¡Era por las sinvergüenzadas del viejo!... ¡Si la hizo sufrir mucho!

MERCEDES: Yo nunca le perdonaría a un hombre la traición.

LUPE: Mejor no digas Meche, es que tu nunca te has enamorado de veras.

MERCEDES: ¿Pero cómo me había de enamorar de un hombre que me cambia por la primera que encuentra?

LUPE: Los hombres son como las veletas, cambian según el lado por donde sopla el viento. ¡A veces uno ya no les gusta!

MERCEDES: Si a ti te hiciera una cosa de esas ...

LUPE: Quizá yo tampoco pudiera perdonárselo ... aunque, ¡Quién sabe! ¡Me ha hecho a veces tan feliz! ... pero lloraría mucho, eso sí.

TERESA: La oración ha sido siempre el refugio seguro de las mujeres.

CONCHA: A veces la vida no nos deja ninguna puerta abierta, ni siquiera la de la esperanza.

CONSTANCIA: Ahí tienen a Doña Presentación por ejemplo.

MERCEDES: Le dicen la Gaceta de Uruapan.

TERESA: Nunca hables mal de tu prójimo.

CONCHA: Se ha tenido que conformar con el manojito de pelos ese, que no se le ven los ojos.

MARGARITA: El famoso yaqui que siempre me ladra.

CONSTANCIA: Cuando le regalamos el loro estaba feliz.

LUPE: Claro ¡Tenía alguien más en quién depositar su ternura.

MERCEDES: Me perdonas pero esa señora no tiene nada de tierna.

TERESA: Es una buena mujer, pero se ha quedado sola.

CONCHA: ¡Ay, pero tiene una lenguita!

CONSTANCIA: Pues de algo tiene que ocuparse.

NANA: ¿Ya no quieren atole de chaqueta? ... Todavía quedó un poquito de ayer.

LUPE: Yo prefiero un vaso de leche, eso es mejor alimento y no engorda.

MERCEDES: ¡Ay, tía, todavía puede envidiar tu cintura una muchacha de quince, si estás más flaca que yo!

MARGARITA: Tú defiendes a Lupilla capa y espada, y haces bien.

MERCEDES: ¡Ay, pues eso no es defenderla, tiene mejor cuerpo que yo, eso es todo! ¡Si hasta sus pantaletas siento que me aprietan!

CONCHA: No deberías andarte poniendo la ropa de ella. ¡Esas cosas no se prestan!

MERCEDES: ¿Y por qué no? ¡Si son de mi tía Lupilla! Todo lo suyo es de las dos .. y lo mío, pues es sólo mío. ¡Así es el pacto que tenemos!

MARGARITA: ¡Hasta Emilio va a ser de las dos!

LUPE: ¡Eso sí que no! Emilio va a ser sólo para mí. ¡Cuando vivía con nosotros, me veía con tanto respeto, con una especie de adoración, cómo un sacerdote que no se atreve a besar la punta del vestido de la Santísima Virgen!

TERESA: ¡Lupilla, por Dios, eso es blasfemia!

LUPE: ¡Pero que la venera con la última célula de su cuerpo, con el más recóndito soplo del alma! Cuando me hablaba, yo lo veía temblar, cual un colegial tímido que está siempre temeroso de parecer ridículo. Yo en ese tiempo era incorregible, y aunque desde entonces me gustaban sus ojos francos, su tez blanca, su porte masculino y señorial, era una niña voluntariosa y por el puro placer de fastidiarlo me burlaba de él, aunque fuera para echarle a los pocos minutos los brazos al cuello.

TERESA: ¡Yo tenía cinco años!

CONSTANCIA: Y yo cuatro.

MERCEDES: Dieciocho años cambian mucho a una persona. ¡Ahora sí que debe ser todo un hombre!

MARGARITA: Bastante pasadito.

MERCEDES: Pero interesante. Alternando siempre con aristócratas, ministros ...¡Gente importante! Todos los días asistiendo a recepciones, teatros, ceremonias...¡Hasta el mismo Papa le concedió una audiencia privada! ¿Suponen ustedes lo que es ver al Santo Padre?

NANA: Pos si tú lo hubieras visto cuando llegó aquí, traía una camisita que se le transparentaba, y un pantalón donde ya no cabían más remiendos, me dio no se que cosa verlo, pero eso sí, el señor doctor era muy compadecido, lo que sea de cada quién, Emilio era el hijo de un compadre que tenía por allá en Lombardía, ese señor tenía un rancho, pero no más se le murió la mujer de unas fiebres, y se dio a la bebida y acabó por perder el rancho ¡Y hasta la vergüenza!

CONCHA: Me acuerdo que vino una tarde muy tomadito el pobre señor, trataba a Emilio muy mal, mi papá estaba afuera del consultorio leyendo su periódico, en espera de que llegaran los clientes. -¿Lo sigue molestando esa muela compadre?- Le preguntó.-No. -le dijo- Vine a traerle a su ahijado doctorcito, a ver que hace usted con él. No le gusta el trabajo del campo, ni les tiene paciencia a los animales, sólo quiere pasarsela con sus condenados libros. ¡A ver si si puede servirle de algo

!MARGARITA: ¿Y que le respondió mi papá?

CONCHA: No quería muy bien al principio, pero terminó al fin por aceptar que se quedara de mocito. -¡Ahí para lo que se te ofrezca! -le dijo a mi madre- ¿Y que voy a hacer yo con este muchacho? -Refunfuñó Chabela y se nos quedó viendo a nosotras- ¡Quién sabe que mañas tendrá!-... La Lupe y yo ya estábamos grandecitas.

CONSTANCIA: Lo deben haber mandado a dormir con las gallinas.

CONCHA.: No. Mi madre le fue a comprar inmediatamente unos zapatos. ¡Si andaba con el pie en el suelo! ¡Traía todas las suelas llenas de agujeros! Pero al día siguiente él se levantó primero que nadie, y se puso a trabajar, barrió toda la casa, creo que todavía con la luz de las estrellas.

LUPE: Cuando mi madre despertó, estaba el patio y el corredor que relumbraban, y luego se fue a limpiar la calle, el jardín y el consultorio. Hacía todos los mandados sin chistar, mi papá le preguntó porque se había levantado tan temprano, entonces él le dijo que quería acabar pronto, para ver si lo dejaban asistir a la escuela por la noche; y papá le respondió: -¡Te puedes ir desde ahora si quieres!

CONCHA: Pero él se iba a estudiar hasta después de las seis. ¡Así terminó la secundaria! ¡Y con las mejores calificaciones!

LUPE: Le dejaron el cuarto, que está allá en el fondo de la huerta. A mí me tenía miedo; de noche, casi ni me hablaba, luego, yo andaba paseándome por el jardín, y veía una lucecita encendida ... una noche eran como las once y le fui a tocar, no se animaba a abrirme y me respondió desde dentro: -¿Quién? ¿Quién? Repitió dos veces- Soy yo, Lupilla le dije- ¡Abreme! Vino a abrirme con la cara encendida - ¿Porqué estudias con una vela, no ves que te vas a acabar los ojos así? ¿Qué no tienes una lámpara? -le pregunté-y entré a su cuarto.

CONCHA: ¡Si te hubiera pescado mi mamá!

LUPE: Si no estoy estudiando me contestó -¿Pues entonces que estás haciendo?... y yo voy de fisgona...tenía su pieza muy limpiecita, y sobre la mesa algunas hojas de

papel, donde se proyectaba la luz de la vela -¿Qué estás escribiendo le pregunté? Y tomé una hoja al azar, él quiso arrebatármela pero no pudo...

MERCEDES: ¡Eran sus versos! Los versos que escribía para ti ¿Verdad tía?

LUPE: Sí.

TERESA: ¿Y que hiciste?

CONSTANCIA: Pues salir corriendo.

LUPE: Nada de eso. ¿Por qué? Tomé los papeles los doblé y me los guardé en el seno. -¿Son para mí, verdad? Aclaré -¡Pues entonces me los llevo!

CONCHA: Pero ésta tenía un novio.

LUPE: Era el güero Fortunato, él de la tienda de abarrotes, que siempre me andaba hablando, pero yo ni caso le hacía, él les comentaba a sus amigos que era mi novio, pero nunca salimos juntos.

CONCHA: No más te veía allá en la serenata. Apenas divisaba el güero a la Lupilla se dejaba venir detrás de ella ¡Y ella que no quería!

LUPE: Yo le decía que mi papá no me dejaba tener novio todavía, pues apenas tenía quince años, pero él estaba siempre tan terco, total, para ponerlo en paz, le dije una vez -Mira, me vas a dejar a una cuadra de mi casa, si me sigues un paso más no te vuelvo a hablar.

MARGARITA: ¡No quería que papá te viera!

MERCEDES: No. Má bien evitaba lastimar a Emilio.

CONCHA: Mi papá que se iba a andar metiendo en esas cosas y hasta pienso que se las olía que le gustabas a Emilio por eso lo ayudó tanto.

TERESA: También mamá Chabelita debe haberlo imaginado.

NANA: Cuando se fue a estudiar a Morelia, Lupilla le guardaba los domingos que papá le daba para que comprara sus libros. ¡Emilio tenía dinero de todos lados! El doctor le daba, la niña Isabel también y Lupilla.. ...

LUPE: Yo era quién tenía menos. Mi papá me daba cinco pesos de domingo.

MARGARITA: Ay, pues a nosotras, por ser las más chicas, un veinte, un tostón.

CONSTANCIA: Yo recuerdo que me traía ates de Morelia, él sabía que me gustaban mucho y yo iba al colegio con las bolsas enmieladas. MERCEDES: ¿Cuándo terminó la prepa cuantos años tenía?

CONCHA: Pues debe haber cumplido los veintiuno. ¡Con eso de que el borrachín de su padre nunca hizo caso de que estudiara!

NANA: Entonces el doctor, ya no quiso que siguiera aquí de mozo, ¡Todo un señor bachiller, como iba andar trapeando!

MARGARITA: ¿A ti te ayudaba bastante, verdad Nana?

NANA: Pues sí, pa' que más que la verdá, fue la temporada que más descansada estuve, por que lo que es ahora ...

TERESA: No te quejes Nana, debemos ofrecerle a Nuestro Señor todos nuestros trabajos.

MERCEDES: ¿Entonces fue cuando le dieron la plaza en la receptoría de rentas?

CONCHA: Precisamente. Y fue muy bueno con mi mamá. Le entregaba el sueldo completo, como si hubiera sido un hijo más. Chabela siempre le andaba diciendo,

tienes que vestirte, allá en el escritorio todos se fijan en ti, pero nunca quiso quedarse ni por nada con un centavo, ahí le andábamos comprando pantalones, camisas...

MERCEDES: ¿Y su padre? ¿Nunca ayudaba a su padre?

LUPE: Ya había muerto. No más agarró una de esas, de varios días sin parar, hasta que lo encontraron tirado a la mitad de la calle, allá por la Morelos, bien muerto.

MERCEDES: ¿Y nunca fueron novios títa?

LUPE: Nunca. El pensaba que yo estaba demasiado alto, que no me merecía.

CONCHA: Es que la Lupe siempre ha sido muy pretenciosa.

LUPE: No. De veras no. Lo que pasa es que una mujer, no puede decirle a un hombre que lo ama.

MARGARITA: Con eso de que hasta ser mujer es pecado.

TERESA: ¿Pero que estás diciendo?

MARGARITA: Pues no allá, cuando estudiábamos con las monjas, andaban siempre con eso... que pecados por aquí, que pecados por allá... desde Adán y Eva que nunca los conocimos, le cargan a todo el género humano quién sabe cuantos pecados gratuitamente ...

TERESA: Hablas como si no fueras cristiana ¡Como cualquier hereje!

MERCEDES: Allá en la receptoría conoció al diputado, al señor .. ese Mendizábal, ¿Verdad?

LUPE: Sí. El fue quién mas lo ayudó. Papá ya andaba muy enfermo.

NANA: Pos tanta mujer se lo acabó. Si cuando no conseguía por acá, se iba a la zona. ¡Se lo llegaron a decir muchas veces a mi niña Isabel! ¡Y ella sufría tanto! -Ya no le gusto decía, pues con tanto hijo una se acaba, está bien que ande consiguiendo por ay alguna muchacha nueva, pero con esas mujeres ...¡Eso sí que no se lo perdono! ¡Un día le van a pegar una enfermedad!

MERCEDES: Pero sigan platicando de Emilio.

CONCHA: Mira no más que interesada ¡Pues a ti que te importa Emilio! ¡Si es el gran amor de tu tía!

LUPE: Tengo en la mente sus facciones, sus ademanes, el timbre de su voz y hasta el ir y venir de sus ojos inquietos,. Siempre que lo enviaba Mendizábal a alguna parte, volvía con un regalo para todas, pero algo más especial para mí. ¡Una vez me trajo un costurero de Silao!

CONSTANCIA: ¡Ay, pues ya salió el peine, pues por eso le pusiste a la mercería “El Costurero”!

LUPE: Me quedaba respirando el perfume de las flores que me mandaba tal si fueron de otra especie distinta, él me hacía un soneto diario y lo prendía al ramo ... ¡Era una ofrenda romántica de amor, que yo apreciaba tanto! Una vez me trajo un búcaro primorosamente decorado a mano.

TERESA: El que yo ofrecí a la Virgen de la Soledad... ¡Y que por merito me pegas!

LUPE: Yo encontraba poesía, amor, hasta en sus silencios ...

MARGARITA: ¡Bah, sólo ilusiones, sueños, recuerdos... embellecidos por la memoria, exagerados por la distancia (con rabia) ¡Siempre girando en torno a él; y

él siempre lejos! ¡Y nosotras, siempre aquí, solas, hablando por costumbre de lo mismo, comentando hasta la saciedad, hasta el último detalle, que un hombre nos invitó, nos hizo la corte, nos regaló ... nos trajo de aquí para allá Pero el hecho es que hemos pasado la vida entre domingos insulsos, que ninguna ha llegado a casarse; y que parece que volamos a toda prisa, para ser otras versiones de Doña Presentación, con nuestro hatillo de rezos, de sotanas, de pájaros y de yerbas ¡Amadas por fantasmas o por hombres que diz que nos han idealizado mucho, pero que no se han decidido jamás! ¡Ya estoy harta de todo eso! De ver a diario las caras tontas de todas, de tragarme nuestra ingenuidad, tal si fuéramos todavía unas niñas, y estuviésemos tan ciegas, que no nos damos cuenta de que ya somos unas mujeres ¡Cómo los melones amarillos, con las entrañas azucaradas y pudriéndose de maduras! (Hace mutis por la izquierda ante el estupor de las demás) (Pausa)

CONCHA: Tiene razón, también a mí me atemoriza la soledad, y se me enchina el cuerpo cuando oigo el maullido de los gatos en celo a la mitad de la noche.

TERESA: Entonces deberías hacer la señal de la cruz, para ahuyentar el miedo.

CONCHA: Si mi marido estuviera aquí, dormiría más tranquila.

LUPE: ¡Dormir! ¡Soñar! ¡Esperar en los sueños, que son el adorno de las noches largas, la prolongación de esa adorable estupidez que llamamos primer amor!

TERESA: A mí, el Señor me ha escuchado, me ha concedido mucho más de lo que merezco; y estoy agradecida por ello. ¡Con tal de que me permita, acercarme siempre a El! ... y ahora, perdónenme que les deje, es casi hora de abrir. (Mutis derecha)

CONSTANCIA: ¡Y hay un montón de mercancía que acomodar!

CONCHA: ¿Ya llegó la nueva remesa de vestidos de áquel catálogo tan bonito que te mandaron?

LUPE: Sí. Aunque supongo que no nos enviaron completo el pedido. Meche debes checar todo con la factura, me revienta que me manden la mercancía en abonos, con tallas faltantes y además los modelos más feos, lo que no pueden vender en México, lo echan para acá.

NANA: ¡Si en la provincia se visten más elegantes las mujeres que en la capital!

CONSTANCIA: (Con las manos en la cintura) ¡Y estamos mucho mejor! ¿Pues que no ven esta percha?

CONCHA: A Lupe ya no le gusta lo de México, se quedó acostumbrada a las sedas italianas que le manda Emilio.

LUPE: ¡Qué me mandaba! Con la guerra se acabaron todas esas cosas lindas, que vuelven locas a las mujeres.

MERCEDES: ¡Pero vendrán otras títa! ¡Ya verás! Emilio si que nos ha regalado cosas lindas. ¡Y vaya que tiene buen gusto! Perfumes franceses, perlas del Japón, cristal checoeslovaco, granates florentinos, jade de China, ámbar de Polonia, márfil de Hong Kong ¡Y hasta un mantón de Manila!

LUPE: Que no me pongo nunca porque es demasiado llamativo, y además porque nunca voy a fiestas tan elegantes.

CONCHA: Y porque cuando vas a bailes, procuras mantener a tu pareja tan distante, que más que danza parece una lucha, para que no se te acerque demasiado.

LUPE: ¡No me gusta que se hagan los chistosos y que se me repeguen! Total, ninguno es mi novio. ¿Por qué se le han de andar arrimando a una?

CONSTANCIA: ¡Tú sí que le eres fiel!

MERCEDES: ¿Y por qué no habría de serlo? Cuando mi abuelita enfermó Emilio hablaba por teléfono hasta tres veces por semana para saber como seguía, no importaba donde estuviera, ni lo que le habrán costado las llamadas, y si no vino, fue porque con eso de la guerra no obtuvo el permiso necesario para abandonar la legación.

CONCHA: ¡Eso sí, como no fuera por tu enamorado nunca hubiéramos salido adelante! Cuando murió papá. El pagó el sepelio y quiso que fuera de lo más decoroso, y en vida le enviaba en valija diplomática y con puntualidad irreprochable los mejores vinos franceses, la manzanilla de España, el chianti italiano, los quesos de Holanda, los arenques del mar del norte...

MERCEDES: ¿Y también con el dinero de él pusiste “El Costurero” títa?

LUPE: ¿Y con ayuda de quién hubiéramos podido hacerlo? ¡Se requería un capital para comenzar! ¡Y no contábamos con un sólo centavo, y en cambio había muchas deudas!

CONCHA: Al principio Lupe se resistió. ¡Era un verdadero abuso! Yo misma le dije, nos vamos a trabajar aunque sea de criadas. Pero no le vas a recibir un centavo a Emilio, no es justo... pero él suplicó tanto que la final la convenció.

LUPE: Me engañó. Me dijo que era un negocio que íbamos a poner en sociedad, y en el que cada quién aportaría su parte, nosotras el trabajo, y él, pues el capital, pero nunca le podía devolver nada (A Mercedes) tu papá se fue al norte y todas estaban todavía muy chicas y en la escuela... después vinieron los años buenos, la prosperidad, pero ni entonces quiso recibir un centavo... cuando le quería enviar sus utilidades me respondía que se las reinvirtiera, que yo era como su banco ...

MERCEDES: ¡Pues vaya que tiene un tesoro! Tú amor títa, tu fidelidad, la gratitud de mis tías, y eso es también algo ¿Verdad?

CONCHA: Bueno, nosotras nos vamos por la compra (Toman una canasta Concha y una bolsa de yute Constancia) ¿Qué vamos a almorzar hoy Nana?

NANA: Pues no se que quieran comer. Tenemos pescado y tortas de chilacayote, pero deberían conseguir carne para puchero

CONSTANCIA: Si quieres quedarte para ayudarle a Lupe yo voy sola.

LUPE: No. Mejor vayan las dos. El otro día regresaste con tres jitomates machucados a las cinco de la tarde.

CONCHA: Bueno. No tardamos. ¡A la hora de la gente, les venimos a echar una mano! (Mutis frente con Constancia)

NANA: (Toma unos puñados de maíz) Yo voy a echarles su maíz a las gallinas.

LUPE: (Abre su bolso y se empieza a maquillar, ayudándose con un espejito) (A Mercedes) Bueno, pues nosotras a lo de todos los días.

MERCEDES: Hoy vamos a vender mucho títa, ya verás, como ya viene el jueves de corpus, las muchachas quieren salir bien prendiditas para la visita de las siete casas, y luego los equipos de primera comunión para mayo. ¡Eso deja más que hilos y botones!

LUPE: Todo deja, sabiéndolo trabajar. Ahora tenemos capital, podemos vender miles de artículos, pero cuando comenzamos...tú no recuerdas, porque estabas muy chiquilla, Mago cosía medias a cinco centavos carrera, Constanca bordaba blusas que no se vendían porque se les hacían muy caras, imagínate tanto trabajo y querían pagar una miseria, tu mamá tejía, aunque leyendo a ratos sus novelitas.

MERCEDES: ¿Y mi tía Tere?

LUPE: (Toma un cepillo de dientes entrando y saliendo por la izquierda, mientras habla con Mercedes, que hace otro tanto) ¡Ella sabe hacer maravillas en punto de cruz, carpetas, manteles, cosas de gancho, lo malo está en que casi todas iban a parar a San Francisco. ¡Y en casa hacía falta dinero para tantas cosas!

MERCEDES: ¡Tú has sido padre y madre para todas! Sin ti, mi mamá, mis tías, yo, ¡No seríamos nada! ¡Por eso mereces todo lo mejor! ¡Qué Emilio sea el hombre más bueno y apasionado del mundo! ¡Qué te quiera mucho, como te queremos todas, como te quiero yo! (La besa en la frente)

LUPE: El cariño... el amor ¡Esa enfermedad elegante y triste, encantadora y lejana! ¡No se si es un don o es un mal! A veces, cuando escucho la charla insulsa de las clientas, me parece que están huecas, y que el amor se está extinguiendo ¡Cómo algo pasado de moda! En cambio para mí, ha estado continuamente presente en todos los momentos de mi vida.

MERCEDES: ¡Háblame así, un momento más títa! ¡Sólo unos minutos más! Luego me apuro para desempacar y acomodar todo.

LUPE: ¿A ti no te cansa oír siempre lo mismo? ¡La misma historia, las mismas esperanzas, los mismos deseos inconsumados, las mismas letras de las mismas cartas, de sus versos, de sus libros, clamándome eternamente! Lee, lee, bebe nuestra tinta, nuestra esencia ... los mismos recuerdos, como tesoros inagotables de una alcancía prodigiosa de juventud; alimentando las meditaciones de mi soledad, sentada allá, una, cien, mil veces, sobre el banco de piedra del Parque Nacional, donde escuché entre murmullo de la cascadas, cual una melodía querida, sus palabras! ... Nunca me tocó más que la mano, apenas me rozó alguna vez el cabello o las mejillas con los labios. ¡Me respetó siempre! Una sonrisa mía, un mohín, o un capricho inocente, eran causa de su desesperación, de alegrías súbitas o de tristezas insondables.

MERCEDES: ¿Y tú?

LUPE: Yo también bailaba en la misma cuerda. También supe de esos enfebrecimientos. La vida me lo fue arrebatando poco a poco, primero se fue a Morelia... ¡Y yo lo seguí en sus sueños, en sus afanes de conquistas y heroísmos! Compartí sus desvelos, sus temores de reprobar un examen u obtener una nota baja; sus satisfacciones, cuando tornaba con el semblante risueño para entregarle a mi padre un cuadernillo de notas con sobresalientes. ¡Y yo le aguardaba henchida de

esperanzas, con los ojos agrandados por la admiración, pero intentando disimularla! ¡Tenía que morderme mi secreto, entonces ni siquiera estabas tú! ... ¡Eras un sueño de tu madre!

MERCEDES: En cambio ahora, aunque se que no debía decirlo, me siento más hija tuya que de mamá. ¡Y me gusta tanto escucharte!

LUPE: Cuando le dieron su diploma de bachiller, pensé ahora sí que va a quedarse definitivamente en casa. Volvió una tarde. Yo estaba con Madga, quién ya andaba con aquello de casarse y de que se iba a vivir a México, nos reunimos a conversar en la ribera del río Cupatitzio. Pronto iba a anochecer; y la hora parecía haberse bañado con el aroma de las rosas otoñales, el sol cual disco amarillo se eclipsaba en el horizonte, un vientecillo fresco, como presagio de noviembre me agitaba los cabellos, hablábamos del vestido, de la ceremonia, pero yo no le ponía mucha atención, dentro de mí, pensaba en él, con tan intensidad, tal si la fuerza de mi deseo pudiera jalármelo, atraérmelo; cerré los ojos que prendidos a la imaginación, agrandaban su imagen, en esto me dice Madga: ¡Allí viene Emilio! Te juro que no lo creía, pero era él; después me enteré que Nana le había dicho donde estaba; caminaba hacia el puentecillo, por la ribera contraria, yo traía mi vestido azul pálido, que tanto le gustaba y por el que debió haberme reconocido; entre las tupidas ramas de los árboles anidaban cientos de pájaros, yo me había quedado contemplando en frente de mí una pareja de gorriones que agitaban las alas con estremecimientos jubilosos...-¡Salta! -le grité- un hervor de espuma blanca, cual un encaje que se desborda serpenteaba entre las arboledas que parecían cobijar el río. Lo vi venir hacia mi como una flecha, -¡Lupilla! ¡Lupilla!. Gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, nos encontramos y me abrazó por primera vez sin darse cuenta de que estaba empapado. ¡Madga por merito se muere de la risa!

MERCEDES: Me supongo la escena.

LUPE: El rubor encendió su rostro normalmente pálido.

MERCEDES:¿Pero cómo habrá quedado tu vestido?

LUPE: No recuerdo. Pero debió haberse secado con el viento.

MERCEDES: ¿Y después? ¿Se quedaron a platicar? ¿Qué se dijeron? ¿O le daba pena por tu amiga?

LUPE: Después... no se, los recuerdos se agolpan en mi mente, avanzando desordenados unos sobre otros, Madga exclamó algo así como...-¡Mira no más, que linda has quedado!

MERCEDES: ¿Y él que respondió?

LUPE: Una de sus frases. Que parecía un hada, que era como el ideal de un sueño, que cuando en el calendario de la creación se había marcado la hora de la belleza había nacido yo ... ¡Oh, por Dios! ¡Cuántas tonterías! (Riendo)

MERCEDES: ¡Pero sí eres bella tiíta! ¡Esas no son tonterías!

LUPE: (Soñando) La tarde iba huyendo con paulatina pereza, el sol agonizante cuan un esplendor que languidece, moría entre la sosegada ternura de los cafetales vecinos, el aire fresco sacudía levemente los mantos de azucenas todavía en botón, la rosa té, abría su cáliz repleto de aromas, y allá a lo lejos, la sierra, teñida de un

azul pálido de acuarela, era como el telón de fondo, donde se acurrucaban entre lagos de esmeraldas los árboles frondosos de las huertas; la noche tibia, con olor a menta, era una excitante combinación de diamantes y zafiros, el parque transpiraba y su humedad estaba impregnada de vida. De pronto, me pareció que las estrellas se volvían menos lejanas, como si con sólo levantar la mano fuera posible cogerlas... ¡Pero eran sólo luciérnagas, que como inquietas mensajeras de la luz, danzaban horadando con sus linternas la turquesa de la noche!

MERCEDES: ¡Qué bellas cosas sabes decir tía!

LUPE: El me enseñó a decirlas, o más bien, se me han ido quedando de tanto escucharlas.

MERCEDES: ¡Y suenan tan bonito!

LUPE: De pronto llegó la oscuridad, la luna inició su danza ataviada de velos nupciales, mientras los ramajes, cual abanicos inmensos, parecían moverse al compás del viento. -¡Qué hermosa noche, si pudiéramos ser felices- me dijo. Mis ojos lo interrogaron. Me va a hablar, pensé, e hice una seña para que Madga se retirara -¿No eres feliz? Le pregunté torpemente, pero él no se enteró y siguiendo sus pensamientos me dijo: -Basta que alguien nos comprenda y nos ame. Y se fue a asomar a una fuente ¡Mira cuán dichosa es el agua! -agregó- corriendo por los arroyos, disgregándose en las cascadas, agua dulce, juguetona, siempre fresca y renovada, pura y transparente como el cristal; aquí se llama “Fuente del Caracol”, allá la “Fuente flor de lluvia”, acá la del “Velo de novia”, más allá la del “Arco Iris”, atrás de “La Luna”... ¡Y en todas canta! -¿Canta?- Pregunté. ¡Quién supiera traducir a la fuente! Y bajando los ojos me respondió: -¿No la oyes? Siempre está pronunciando tu nombre, y en todas las caídas repite: ¡Lupilla! ¡Lupilla!

MERCEDES: ¡Qué bella declaración! ¡Qué hermosa manera de decir que te adoraba!

LUPE: -¡Nunca seas como el agua dormida! -declaró- ¡Nunca pierdas tu alegría, tu fe, tu esperanza! ¡Se siempre como hasta hoy, agua que corre, que vive!

MERCEDES: Ahora conozco cabalmente tu secreto tía, el fabuloso tesoro en que conceptúas a su amor. Gracias por dejármelo saber... Gracias (Medio mutis)

LUPE: ¡Meche! ¿Adonde vas?

MERCEDES: Es hora de estar en la tienda.

LUPE: Tú también llegarás a encontrar un hombre así.

MERCEDES: ¿Tú crees?

LUPE: ¿Y por qué no?

MERCEDES: El hombre por quién anhelo ser amada, debe ser bueno, compasivo, digno, sus palabras deben ser dulces, sus acciones nobles, debe de estar por encima de su tiempo. Pero sin despreciar ni a su raza, ni a su pasado, ni a su gente; debe ser amable con todos, pero enamorado sólo de mí, debe ser inteligente, sensible, generoso...

LUPE: ¡Ay Meche! ¿Y como vas a encontrar a ese hombre aquí?

MERCEDES: ¡Cómo tú encontraste a Emilio! ¡Con muchas veladoras a la Virgen! (Mutis derecha)

LUPE: (Con desencanto) ¡La Virgen! ...

NANA: (Por el frente muy sobresaltada) ¡Niña Lupe! ... ¡Niña Lupita! ... ¡Me parece que ha ocurrido una desgracia!

LUPE: ¿Qué dices Nana?

NANA: Encontré esto en el cuarto de Mago. (Le entrega un papel) Me asomé y vi toda su ropa revuelta. Se llevó solamente dos maletas. Nos debe haber espiando para sacarlas de su recámara.

LUPE: (Leyendo) “No me busquen, ni me sigan. Me voy con el hombre que quiero. Perdóname Lupilla, y dile a Sor Teresita, que rece de vez en cuando por mí” ¡Oh Dios! ¿Cómo se le pudo ocurrir esta locura? ¡Huir así no más! ¡De su casa, de nosotras! ¡Siempre les andaba diciendo a Concha y a Constancia, que la dejaran hacer lo que quisiera!

NANA: No es por eso niña Lupe, no es por eso... es que, pos esta muchacha...

LUPE: ¡Si mi madre viviera; ¡Qué pena! ¡Qué vergüenza!

CONCHA Y CONSTANCIA: (Entrando por el frente con el mandado) ¿Qué vergüenza por qué? ¿Qué ha sucedido? ¡Por qué estás tan alterada?

CONSTANCIA: ¡Estás llorando!

LUPE: (Alargando el papel a Concha) ¡Mago se ha ido!

CONCHA: ¡Seguramente con ese fulano, el agente, si no más venía a eso!

LUPE: Pero va a sufrir, ese hombre sabrá Dios quién sea. ¡A lo mejor es hasta casado!

CONSTANCIA: ¡Ay Lupilla! ¡Pero no te aflijas así, no es para tanto, total, a todas nos tiene que tocar!

LUPE: (A Concha) Acompáñame a buscarla. Pide un taxi al sitio de la Corregidora. No debe andar muy lejos. ¿Sabes que? Te vas a la carretera de Apatzingán y yo me voy a Carapan. ¡Vamos a ver si no me la traigo!

CONCHA: ¡Es inútil! ¡No conseguirás nada! Ella sabe lo que hace, y ya es mayor de edad.

LUPE: ¡Yo acuso a ese desgraciado!

CONCHA: No se trata de una niña engañada. ¡Es una mujer y le quiere! Aunque la trajeras por la fuerza se volvería a largar! ¡No podemos tenerla amarrada!

LUPE: ¡Estamos juntas! ¿Por qué tuvo que hacer eso? Podría haberlo hablado... casarse, como debe ser, como ¡Toda una señorita!

DOÑA PRESENTACION (Por la derecha y seguida de Teresa) ¡Ave María Purísima!

TERESA: Sin pecado concebida.

DOÑA PRESENTACION: La paz de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre sea en esta casa.

LUPE: ¡Doña Presentación! ¡Bienvenida!

DOÑA PRESENTACION: Dirán que vengo a perturbarlas tan de mañana, pero al que madruga Dios lo ayuda.

CONCHA: Pero siéntese usted.

LUPE: Un momento yo ...

DOÑA PRESENTACION: Sólo les quitaré unos minutos, también me tengo que ir luego. Aquí llevo los cacahuates del palomo.

NANA: ¿Ya se la quitado lo grosero?

DOÑA PRESENTACION: ¡Que va! Por mas que le echo agua bendita a todas horas sigue igual. Ayer me soltó entre chanza y chanza que yo era una pinche vieja. ¡Imagínense ustedes!

CONSTANCIA: ¡Qué barbaridad! ¿Pues dónde aprendería a decir esas cosas? ¡Porque aquí no! En la casa ninguna decimos malas palabras.

DOÑA PRESENTACION: Lo dejé castigado... ¡Te voy a dejar sin comida! -Le dije- ¡Para que se te quite lo grosero! Pero luego, pues claro, me dio lástima y pensé: ¡Pobre, es un animal y no sabe lo que dice, realmente no tiene la culpa! Pero sigo muy intrigada: ¿Quién le habrá enseñado a decir semejantes barbaridades? ¡Y ahora que ya entramos a la cuaresma!

CONSTANCIA: Pues algo debería de servirle...

DOÑA PRESENTACION: Estamos en tiempo de guardar. ¡Y los temblores! Ayer tembló cuatro veces.

TERESA: Son anuncios de Dios.

CONCHA: ¿Cuatro? ¡Qué raro! Pues yo no más sentí uno. ¡Y no tan fuerte!! Cuando me estaba bañando.

CONSTANCIA: (a Doña Presentación) Usted me perdonará pero está sola Meche en la tienda. (Mutis derecha)

DOÑA PRESENTACION: Pase usted hija. Lo que tengo que hablar es con Lupita. ¡Ya se que es usted la que hace pie de casa!

NANA: Entonces, mucho ayuda el que no estorba. Gusto en verla y con permiso. (Mutis frente)

DOÑA PRESENTACION: Pues como todas ustedes saben, he sido nombrada Presidenta de las Damas de la Conferencia, yo al principio no quería aceptar, hay muchos deberes y responsabilidades, y yo aunque de momento no tengo novio, mi madre ya tan anciana y llena de achaques me obliga a estar todo el tiempo cerca de ella. Pero el padre Melesio me convenció y tuve que aceptar.

CONCHA: Hay que llevar las ovejas al redil, como dice el Evangelio.

DOÑA PRESENTACION: Así es, pero ahora resulta que... las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, han organizado unos ejercicios espirituales de encierro.

CONCHA: ¿Las monjas?

DOÑA PRESENTACION: Sí. Las monjitas. Ellas tienen su convento por allá, en Pátzcuaro. Va a ser un retiro de ocho días.

LUPE: “Frío de pájaros, sabroso como un abanico de espejos que desenvuelve el lago”

DOÑA PRESENTACION : Perdón. ¿Que decía usted?

LUPE: Nada. Sólo recordaba las frases de un michoacano que a él le gustaba leer mucho.

CONCHA: Así que va a ser largo el retiro ¡Verdad? ¡Lástima que ninguna de nosotras podamos asistir, imagínese usted, pues ni modo de cerrar la tienda tanto tiempo!

DOÑA PRESENTACION: Dice Dios Nuestro Señor: “Todo lo que me dieres en la tierra, yo te lo recompensaré en el cielo...”

LUPE: Así es. Y nosotras iremos puntualmente a San Francisco como todos los años, pero usted comprenderá que hay cosas que no se pueden...

DOÑA PRESENTACION: ¡Claro! ¡Y Dios no quiere imposibles! Quiere no más que le amemos que en estos días que sufrió tanto por nosotros ¡Estemos con El! Aparte de que andamos muy necesitados de oración, pues tenemos mucho que pedir, ya ven: Uruapan está en peligro con ese volcán tan cerca. ¡Con esos ruidos tan horribles que se escuchan a todas horas! Y la lava que no deja de salir. Nuestra Santísima Madre nos ha cuidado hasta ahora, aplacando la justa cólera de su Hijo, pero tenemos que ponernos bien con Dios... y yo creo que si al menos, alguna de ustedes, asiste a estos santos ejercicios, Dios que todo lo ve, lo tendrá en cuenta.

LUPE: ¿Alguna de nosotras? ¿Quién, por ejemplo?

DOÑA PRESENTACION: Bueno, pues Teresita, que es tan devota de Nuestro Señor Crucificado y de la Santísima Virgen.

LUPE: (a Teresa) ¿Tú quieres ir a Pátzcuaro?

TERESA: Si me lo permiten Lupilla y Conchis, yo quisiera pedir por todas y por nuestras necesidades.

LUPE: Eres libre de ir donde quieras. Y bastaba que lo hubieras dicho sin molestar a la señorita.

TERESA: Entonces...¿Podré salir hoy por la tarde?

DOÑA PRESENTACION: Ella, además, quisiera estar unos días más con las madres. ¡Cómo son tan buenas!

TERESA: Muchas gracias Lupilla.

MERCEDES: (Saliendo de la derecha con una carta abierta, muy alegre) ¡Tía Lupilla! ¡Tía Lupilla! ¡Hay una gran sorpresa para ti! ¡Imagínate lo mejor que pudiera ocurrirte! ¡Lo máximo! ¡Adivina! ... ¡Tienes que adivinar!

LUPE: Es una carta de Emilio.

MERCEDES: Que he abierto, porque no me aguantaba la curiosidad.

CONCHA: ¡Cómo siempre! ¡Y ya te dije que eso era mala educación! ¡Son cosas de tu tía!

MERCEDES: Pero a mi tía no le importa... y además, que bueno que sea yo quién le de la noticia: ¡Emilio llega el mes que entra! ¿Te imaginas? Viene a quedarse mucho tiempo. Dice que si pudiera se quedaría aquí contigo y con mis tías ¡Toda la vida!

LUPE: (Dichosa) ¡Dios mío! ¡Y yo dudé de ti!

DOÑA PRESENTACION: Nunca se debe dudar de la bondad de Dios. El nos da siempre mucho más de lo que merecemos.

MERCEDES: (Leyendo) Dice que estará el día dieciocho... que le espere... y que (Conmovida)

LUPE: (Ansiosa) ¿Que más dice?

MERCEDES: (Con ternura) ¡Qué quiere destrenzar tu pelo y soltártelo en la espalda!

LUPE: (Encantada) ¡Qué ocurrencia! ...¡Destrenzar mi pelo! ¡Si ya no tengo trenza!

(Los actores quedan unos segundos estáticos. Lupe tocándose el pelo, Mercedes sosteniendo la carta con una mano, y accionando con la otra, Concha y Doña Presentación, excitadas por la curiosidad, mirando las letras con el rabillo del ojo, luego, va cayendo, muy lentamente el

TELON)

ACTO SEGUNDO

NANA Y CONCHA (Guisando, preparando, vaciando en bandejas manjares y dulces, picando frutas, colocando ordenadamente en fuentes y platones las múltiples excelencias culinarias)

NANA: Mi niña Lupilla echa la casa por la ventana. ¡Esto es una verdadera locura! ¡Ni que el señor Emilio tuviera siete estómagos para que le alcanzara a caber tanta comida!

CONCHA: Mi hermana quiere agasajarlo a su manera; y como él siempre recuerda en sus cartas los guisos de casa; y tiene casi veinte años de no probarlos, pues ahora se dará el placer de elegir entre todo lo que le gusta.

NANA: ¡Ya llevamos casi una semana sin despegarnos de la cocina ni un sólo instante!

CONCHA: Así es la vida, transcurre entre un ir y venir que no acaba nunca.

NANA: ¡Ay niña Concha! Creo que yo no voy a poder descansar ni en la tumba, porque me van a enterrar con todo y ollas y sartenes y hasta con el molcajete.

CONCHA: Trabajando todos los días de espera parecen más cortos.

NANA: (Señalando los platillos) Imagínese usted: hay calabacitas con carne de puerco, almendrado, lonjas de cerdo, pichones, picadillo, pipián, morisqueta, adobo, estofado, manchamantel ... mañana habrá mole de gallo, para que usted duerma en paz; pescado blanco de Pátzcuaro, pozole, enchiladas, morelianas y por si no fuera bastante mi niña Lupilla dice que va a preparar corundas, uchepos, tostadas de pata, chalupas, pambacitos compuestos y hasta gorditas con carne de bastimento.

CONCHA: ¡Así era mi madre! ... le gustaba ver siempre mucha comida, ella veía como se las arreglaba pero hasta cuando no teníamos más que chilacayotes de la huerta con molito, trataba de adornarlos y de que parecieran mucho.

NANA: A mí me tocó cocinar cuando no había ni para carbón en la casa, con leña húmeda que andábamos juntando en las faldas de los cerros, afortunadamente siempre tenía a mano mis rajitas de ocote, y quieran o no, ardían hasta las varas y en un dos por tres, tenía una lumbre olorosa y rojiza.

CONCHA: Lupilla sacó a mamá en todo. ¡Es la última mujer de esa estirpe! ¡Ojalá y no se desperdicie!

NANA: Es verdá y no se me vaya a ofender mi niña Concha, hasta en la gracia de saber hacer dulces y pasteles, heredó a mi niña Isabelita. ¡Y si ahora no se muere el fulano ese de una indigestión, es porque le habrán tocado tantas vidas como a los gatos!

CONCHA: Lupilla, que tiene buena memoria, se recuerda como le gustaban los dulces, aunque fueran las bolitas de caramelo o los cacahuates azucarados.

NANA: ¡Pues lo que es hoy se va a desquitar! Tenemos pepitorias, torrijas, muéganos, buñuelos, manjar, cocada, arroz con leche, cajeta de membrillo, jericaya, mermelada, fruta de horno, sancocho y tejocotes anaranjados, navegando entre la miel.

CONCHA ¡Somos unas empalagosas Nana!

NANA: Y en cuanto a frutas no se podrá quejar el señor embajador, tendrá que regodearse como pelón de hospicio: hay guayabas de Jacona, aguacate de Tacámbaro, melones de Apatzingán, manzanas de Zirahuén y hasta chirimoyas de Ario... ¡Ah, y deje usted sobre un platón el queso de Cotija, mientras vació en estos jarritos olorosos a barro, el jocoque y la crema! ¡Lo van a recibir como a un verdadero príncipe!

CONCHA: Es que él se lo ha granjeado Nana, tenemos que corresponder a su ayuda y a sus obsequios.

NANA: ¡Bah! ¿Y el cariño de la niña Lupe no es buena moneda? ¡Que más quisiera cualquier hombre que una mujercita como ella: dulce, trabajadora, sufrida, hacendosa! ¡Y además guapa, lo que sea de cada quién, y no se vaya usted a ofender pero salió la mejorcita de todas ustedes!

CONCHA: ¿Y por qué habría de enojarme si es la verdad? ¡Hasta la Meche se le parece más a ella que a mí! Yo fui quién la tuve, quién la llevó en mi vientre, pero desde que estaba en brazos prefería a Lupe, apenas se saciaba de comer y ya buscaba los brazos de mi hermana. ¡Y como yo quería estar con mi marido! ¡Era como un desquite anticipado, porque ya presentía que no lo iba ya a tener conmigo después! Y ahí tienes que la muchacha se fue acostumbrando tanto a la tía, que ahora es más hija suya que mía. Ya ves que mal negocio Nana, acabar la vida sin marido y sin hija.

NANA: ¡No diga usted eso niña Conchita! Meche las quiere a todas, pero a usted debe quererla más porque es su madre, porque nunca le puso en frente a otro papá. Con mi niña Lupe se lleva bien, porque al fin y al cabo son muchachas, y desde que pusieron la tienda se han entendido.

CONCHA: ¿No te lo digo yo? ¡Hasta en eso! Las dos son comerciantes. ¡Ay, de quién caiga en sus manos, porque le venden hasta lo que no necesita! Constanca y yo en cambio, a final de cuentas no servimos para hacer negocios, ni para nada; apenas sabemos despachar... y eso preguntando los precios. Teresa que es desapegada al dinero con esa honradez acrisolada, tampoco la hace.

NANA: Pero Mago con sus coqueteos les sacaba bien bonito el dinero a los rancheros.

CONCHA: No me hables de ella. Lo que hizo no es ninguna gracia. Creo que le hemos dado un buen ejemplo, y no tenía porque manchar así nuestro nombre. La familia de papá llegó a tener muchas haciendas y mucho dinero.

NANA: A mí no me consta. Yo vivía allá en el rancho con mi niña Isabelita. ¡Yo conocí a su papá cuando todavía no soñaba casarse!

CONCHA: Después fuimos las hijas del doctor, pobres, pero honradas; la revolución había acabado con las haciendas, pero nos quedaba el orgullo. Y aún Lupe, ya lo ves, ha tenido proposiciones de todas, pretendientes a escoger, pero ella ha preferido a Emilio, y nunca ha dado nada de que hablar. ¡A veces el amor la salva a una!

NANA: Esperamos que a Mago le vaya bien. ¡Para haber hecho lo que hizo, debe haber querido mucho al muchacho ese!

CONCHA. ¡Muchacho? ¡Un hombre mañoso y ladino! Para mí, eso no se llama amor, sino libertinaje; y no me extraña tanto de ella, que ya desde chica tenía esas actitudes insolentes que tanto me chocaban.

NANA: Es más bien guasona y alegre. ¡Cómo las jóvenes de ahora, que no le gusta preocuparse por nada!

CONCHA: Y hacen bien, yo también quisiera haber salido así: indiferente y ligera. ¡pero si ya me tocó la de perder, pues ni modo!

NANA: Uno siempre pierde con los viejos. Ellos no más van a lo suyo, a su gusto. Ya ni debería acordarse de eso.

CONCHA: Aunque no quisiera acordarme, pues ahí está la Meche, y además, sabes Nana: los recuerdos son como las bandadas de palomas blancas, que anidan en los campanarios y luego huyen ¡Y que tristes los dejan, que vacíos! Por eso yo me aferro a ellos, para no quedarme más sola, y para no volverme más miedosa. En las noches cuando no puedo dormir, escucho ruidos, pequeños y breves, me imagino que nos quieren abrir la tienda para robarnos, pero no, sólo son los insectos sigilosos que cruzan entre las hendeduras del techo, me vuelvo al otro lado, y siento que nado en la cama.

NANA: Pos ya debería regalar esa cama tan grande. No más le da a usted tentación.

CONCHA: ¿Y si vuelve? Ya ves, Emilio tardó mucho, y al fin hoy mismo lo vamos a tener con nosotras.

LUPE: (Por la izquierda aparece, muy bien vestida, maquillada, guapísima) ¡Pues claro que sí! ¡Y un buen día de estos, por esta misma puerta entrará tu marido.

CONCHA: ¡Lupilla! ¡Mira no más que guapa vienes! ¡Te quitaron todos los años de encima!

LUPE: ¿Los años? ¡Ah, sí, me había olvidado! En ocasiones creo que no medimos el tiempo o que nos olvidamos deliberadamente de él. Pero no hablemos de esas cosas. ¿No han escuchado acaso repicar las campanas como en los grandes días de fiesta? ¡Y la música? ¡Desde que amaneció la banda está tocando!

NANA: ¡Claro! ¡Estamos en mayo! Ya hay celebraciones en todas las iglesias por la Virgen, no crea usted que es porque va a llegar ese señor.

LUPE: ¿Y las flores recién abiertas? ¡Y las mariposas revoloteando en los prados? ¡Y las ramas de los tamarindos estremecidos con su alegre carga de pájaros inquietos, más cantadores que nunca, y nosotras, vestidas, engalanadas, como unas quinceañeras por su primer vals, y esta emoción que me sacude hasta lo más recóndito del alma, no aguardan con ansias la llegada del amor? ¡Del bendito amor que revive, que florece, que triunfa sobre los años y las distancias! ¿No son acaso una bienvenida digna?

CONCHA: Lo son, Lupilla, lo son. Y ahora déjame también, ir a darme una manita de gato, que no he tenido tiempo por estar en la cocina. Y aunque soy la mayor y además casada y con una hija ¡Todavía me siento mujer, y no quiero que me vea fea!

MERCEDES: (Por el frente) ¿Quién ha dicho que es fea mi madre? ¡Si mi madre es lo más hermoso que hay sobre la tierra!

CONCHA: Meche. ¿Tan pronto de vuelta?

MERCEDES: Me peinaron en un dos por tres. ¿Qué les parece como quedé?

LUPE: ¡Pues como una rosa en botón!

MECHE: Gracias títa. ¡Tú sí que estás, verdaderamente radiante. (A Concha) Ahora te toca a ti mamá, le dije a Eréndira que ahora mismo salías para el salón.

CONCHA: Sor Teresita está sola en el changarro.

LUPE: ¿Y qué importa hoy el changarro? ¡Hoy es como día de fiesta!

NANA: Yo me voy a ayudarlo. Prefiero despachar, que seguir en esta cocina, que ya la sueño. (Mutis derecha)

CONCHA: (a Lupe) ¡Y no dejes de poner en su recámara los gladiolos! (Mutis por el frente)

LUPE: Ya los puse. Está el cuarto perfumado de tanta flor.

MERCEDES: Tu se lo arreglaste. ¿Verdad?

LUPE: ¿Y quién mejor que yo podría hacerlo? ¡Su mismo cuarto! Le va a encantar ahora verlo transformado, pintadito, con su piso recién pulido, y en su cama sus sábanas y sus almohadones bordados con su nombre.

MERCEDES: ¡Un nombre que ha llenado toda tu vida! Tanto me has hablado de él, que ya hasta me parece conocido, te aseguro que cuando le vea entrar su cara me parecerá familiar. Siempre conocemos a la gente primero por el físico y luego por el espíritu, pero aquí ha sucedido al revés. ¿Verdad tiíta?

LUPE: Tú has sido mi confidente y mi mejor amiga. Tú sabes de las noches breves y largas, que he pasado pensando en él, leyendo sus cartas, una y mil veces, sus libros, las crónicas de sus discursos, sus viajes. Tú has sido como mi diario, la alcancía donde he ido depositando mis sueños, mis ilusiones y mis recuerdos. Tú me has visto apretar entre mis pechos, con devoción sacrílega, un objeto cualquiera, el más insignificante, no más por que él lo había tocado, tu has desenredado la madeja, con que tejí sus suéteres, y has visto arrastrar mis ojos de estrella en estrella, interrogándome si él también, vería los mismos luceros, allá en aquellos lejanos países hasta donde me lo arrebató la vida.

MERCEDES: Pero desde donde él viene a verte, porque eres: esperada y querida.

LUPE: Me has visto vibrar entera de ansias de acariciarlo, de sentirlo, y has compartido conmigo el banco de piedra cerca de la Tzararacua, ese banco rústico que sabe prodigar frescuras insospechadas por la mañana y se vuelve acogedor entre el frío de la noche, entibiecido por los rayos del sol, donde entre balbuceos se despidió e mí, sin reunir valor para declararme su cariño, prometiéndome regresar realizado, brillante, ¡Digno de mi amistad! -me dijo- pero yo sabía que anhelaba gritarme: ¡Digno de mi amor!... ¡Y vaya que lo ha sido! Y yo he tratado a mi vez de serlo para él, lo he esperado de soledad en soledad, divagando en los mismos sueños, respirando siempre la fragancia de aquella tarde excitante y maravillosa, en que le ví perderse, sin tener coraje para seguirlo hasta la estación del ferrocarril, como hoy me falta también para acudir a recibirlo allá.

MERCEDES: Nunca me has hablado de ese día. Te comprendo. Las despedidas deben ser muy crueles, pero sin ellas no habrían tampoco estos día de gozo, los recuerdos, la ansias, como hoy tiíta.

LUPE: En el lejano horizonte se perfilaban las siluetas de la sierra, el sol jugueteaba con los verdes de la barranca, haciéndolos ora más intensos o más suaves. Entre el imperturbable silencio del mediodía, interrumpido por el aletear candoroso de un pájaro al cual el calor obliga a retornar al nido, las cañadas enlazadas alrededor de la Tzararacua bebían ahítas su brisa, mientras las nubes lejanas, aparentemente inofensivas, parecían caminar veloces entre la inmensa bóveda del cielo, cargando sus ubres de agua por encima de las montañas. El venía a despedirse, apenado de tener que decirme adiós, hablamos de una separación de cuatro años, que bastarían

para terminar su carrera; Mendizábal tenía fe en él, pero era necesario que estudiara en México, allá donde estaban las oportunidades esperando a los buenos egresados.

MERCEDES: Y tú lo dejaste ir.

LUPE: Tomó mi mano con sincera devoción.

MERCEDES: Entre el egoísmo y la generosidad, triunfó lo último. ¡Tenías que ser así! ¡Tenías que ser tú!

LUPE: El amor suele ser también eso: renuncia, incertidumbre. Nadie puede correr tras el agua del río, porque el agua nació para huir, para despertar renovada en los arroyos, en los huecos de las manos.

MERCEDES: Se prometieron escribirse.

LUPE: ¡Y el cumplió como todo un hombre! Nunca ha transcurrido una semana en que yo no haya tenido al menos una letra suya.

MERCEDES: Mas aquel día...aquella última vez... ¡Oh, qué triste debe haber sido! ¡Cuánto sufriste! ... yo no quisiera jamás pasar por algo así... encontrar alguien que te quiera y que tu lo quieras, y luego dejarlo ir. ¡Creo que me faltarían las fuerzas!

LUPE: Las fuerzas las da el deber. Subió paso a paso hasta que alcanzó la orilla y ya no quedó de él más que un punto, entonces como una promesa le vi agitar su pañuelo blanco. Quedé muda, deshecha, contemplando la cascada. No supe cuanto tiempo transcurrió, pero el valle se fue adormeciendo en un lecho de tinieblas, los árboles se cambiaron de verdes a negros, y la Tzararacua, se convirtió en una gasa gris; el cielo se tornó amenazador y en el horizonte sereno, fueron cayendo telones de nubes ambulantes; una lluvia torrencial me dejó helada, busqué un refugio, pero apenas encontré donde guarecerme. Volví empapada a Uruapan, pero al pasar a espaldas de la estación, alcancé a escuchar la tercera campanada, y luego el tintineo del esquilón de la locomotora, iniciando la marcha entre la alharaca del vapor y del humo. Entonces, sentí arrepentimiento, y me traté de tonta por haberlo dejado ir. ¡Y las lágrimas que había retenido, se desparramaron!

MERCEDES: ¡Pobre títa!

LUPE: Había caído completamente la noche. La lluvia anegaba las calles. Los charcos como trozos de un espejo negro, reflejaban los arbotantes amarillos que pendían de los postes. Me encerré en mi cuarto, y con la cara pegada a la almohada, solloqué sin cesar toda la noche. El al menos, tenía sus ambiciones, sus proyectos; iba en busca del triunfo, de la ciudad, donde conocería a muchas gentes y tendría cientos de diversiones, yo en cambio, me quedaba aquí, en Uruapan, en medio de esta naturaleza de maravilla, para esperarlo día tras día y hora tras hora.

CONSTANCIA: (Llegando por el frente, igualmente engalanada que sus hermanas) ¡Volvieron a cambiar la hora del tren! Pero solamente quince minutos. Dentro de poco tiempo, tendrás aquí a tu adorado Emilio.

LUPE: ¿Y si no llegara, si hubiera tenido que demorar el viaje?

MERCEDES: El telegrama de ayer confirmó bien claro que no faltará.

LUPE: (A Mercedes) Entonces ¡Es hora de estar alegres! Y quiero que tú compartas mi alegría y que te encuentres muy guapa, pues también hay una sorpresa para ti, en tu recámara.

MERCEDES: (Palmoteando De alegría) ¿Una sorpresa? ¡Qué es títa? ¡Dime que es!

LUPE: Ve y descúbrela.

MERCEDES: (Corriendo, mutis por la izquierda) Ahora mismo.

CONSTANCIA: Yo tengo otra sorpresa ... aunque no tan buena.

LUPE: ¿Qué pasa?

CONSTANCIA: Es de Mago.

LUPE: ¿La has visto? ¿Le ha sucedido alguna contrariedad?

CONSTANCIA: Lo peor que le podía pasar a uno.

LUPE: ¿Qué estás diciendo?

CONSTANCIA: Me costó mucho trabajo arrancarle la verdad a Miguel, pero sabes, desde hace se me andaba queriendo propasar mucho, ayer le di una cachetada y le amenacé con terminar, entonces ¿Sabes lo que me dijo el muy desvergonzado? ¡Qué mi hermana era una cualquiera, y que la había visto trabajando de... una palabra que no te puedo repetir, en una casa mala allá en Morelia!

LUPE: ¡Dios mío!

CONSTANCIA: Yo le respondí que eran puras habladurías, que se había ido con el agente ese... pero entre pelea y pelea, me confesó que fue él mismo quién la vio. ¡Por mérito le parto la cara al desgraciado! Pero ¿Sabes que me alega? Que como yo no le doy nada, pues él es hombre y como necesita una mujer, pues tiene que buscársela donde haya.

DOÑA PRESENTACIÓN Y TERESA (Por la derecha) ¡Santas y buenas tardes tengan ustedes!

LUPE: ¡Doña Presentación!

CONSTANCIA: (Con sorna) ¡Siempre tan oportuna!

DOÑA PRESENTACION: (Mirando las ollas) ¡Pues sí que se cocina bien en esta casa!

LUPE: Se hace lo que se puede, a ratos, usted sabe que tenemos que trabajar.

DOÑA PRESENTACION: ¡Caramba! Pues si tal parece que se la pasaron todo el día, haciendo comida. ¿Van a tener algún banquete?

LUPE: No. Cocinamos en los ratos que no hay muchos clientes y además la Nana nos ayuda.

DOÑA PRESENTACION: ¡No hay que dejarse llevar por la gula! El mucho comer también es pecado. Imagínense que Dios Nuestro Señor ayunó cuarenta días en el desierto.

CONSTANCIA: El era Dios, nosotras tenemos que comer.

DOÑA PRESENTACION: Me parece que están esperando a alguien ...

LUPE: Tal vez tengamos una visita. Uno nunca sabe y más vale estar prevenidas, pero si hay algo que festejar, usted será nuestra invitada.

DOÑA PRESENTACION: Dios se los ha de pagar. Porque como El dice: “Lo que hagas con mis hijos, lo haces conmigo”.

CONSTANCIA: Y pasando a otra cosa ¿A que debemos el honor de su visita?

DOÑA PRESENTACION: Pues a nada en especial. Yo también vengo a hacerles una invitación en nombre de la Acción Católica y de las Hijas de Nuestra Santísima Virgen María, para la comida de cumpleaños, que en honor del señor cura don Melesio Iriarte, celebraremos si Dios nos presta vida y salud el día veintiocho. Y como yo se que ustedes son unas jóvenes cristianas, buenas y virtuosas, pues upongo, no tendrán inconveniente en extendernos un donativo.

Lupe: Pues mañana mismo tendrá usted su cheque. Y ya sabe que siempre puede contar con nosotras.

DOÑA PRESENTACION: Lo se hija, lo se. Yo quise mucho a su madre. ¡Qué Dios tenga en la luz de Su gloria! Y mientras no me case... pues aunque sea algún consejo procuraré darles.

CONSTANCIA: Se lo agradecemos mucho señorita. Aunque... ¡Ojalá que Dios le hiciera ese milagro!

DOÑA PRESENTACION: ¿Qué milagro?

CONSTANCIA: Pues casarse. Eso que anhela usted y nos gustaría a todas las mujeres.

DOÑA PRESENTACION: Los caminos de Dios Nuestro Señor son infinitos. De eso mismo quiero hablarle a usted Lupita, que es la que siempre me hace el favor de escucharme.

LUPE: Pues diga usted.

DOÑA PRESENTACION: Y me perdonarán que siempre ande metiendo mi cuchara.

CONSTANCIA: De ninguna manera. Háblele usted a Lupe con franqueza.

DOÑA PRESENTACION: Su hermana, Teresita, dejó muy buena impresión con las madres: por piadosa y por obediente, así que la invitaron para permanecer un tiempo en la casa.

LUPE: ¿Para quedarse en calidad de novicia?

DOÑA PRESENTACION: Eso mismo. O como se les llama ahora, ya ni se...

LUPE: ¿Y por qué no nos has hablado nada de eso, Tere?

TERESA: No quería importunarlas a ti y a mis hermanas con mis cosas.

LUPE: ¿Pero es que no nos tienes confianza?

TERESA: Atravesamos una época muy difícil. A veces yo siento que no tengo fuerzas para ir, venir y buscar. ¡Sólo anhele la paz! Yo veo que a veces el mundo nos harta, nos decepciona o nos desprecia, entonces pienso en Dios y encuentro en El un refugio seguro.

DOÑA PRESENTACION: El más antiguo refugio: la religión. Su vocación como yo le digo es un triunfo de fe. Dios la llama por ese camino y no podemos impedirselo.

LUPE: Pero eso que tú deseas hacer es muy grave. ¡Renunciar a tu familia, a nosotras!

TERESA: Sucedió ahora que estaba en Pátzcuaro en los ejercicios, me quedé orando un ratito, con los ojos bajos, sin atreverme a subirlos a Nuestro Señor, yo sabía que

El me estaba mirando, entonces dándome ánimos le pregunté: ¿Qué quieres de mí Señor? Y El me respondió eso que han escuchado.

LUPE:(A Doña Presentación) Yo no puedo decidir nada por ahora. Usted convendrá que un asunto así, debemos resolverlo todas las hermanas, y que necesitaremos algún tiempo.

DOÑA PRESENTACION: ¿Cómo cuánto más o menos?

LUPE.: No podría precisarlo ahora. ¡Somos unas muchachas solas y huérfanas! Y nuestra única fuerza consiste en estar unidas, hasta que Dios disponga.

DOÑA PRESENTACION: Por eso mismo ¡Qué mejor que aceptar Su santísima voluntad?

LUPE: La aceptaremos. Pero antes debo cerciorarme de que esa es la voluntad de mi hermana. Creo que un mes o dos, no serán un retardo gravoso, y si ella persiste en su determinación, no seré yo quién se oponga, ni mis hermanas.

TERESA: Gracias Lupilla, sabía que ibas a decirme eso, porque tienes un gran corazón.

DOÑA PRESENTACION: En tal caso y no deseando importunarlas más, me despido. Tenemos junta y cuando una está de encargada no debo llegar tarde.

LUPE: -Lo comprendemos señorita.

DOÑA PRESENTACION: (Mutis por la derecha) Hasta mañana. Aquí nos estaremos viendo.

CONSTANCIA: (A Teresa) Podrías prescindir de padrinos.

LUPE: ¡Déjala! ¡Bastante apenada está ya!

TERESA: Temía que no me comprendieran.

LUPE: (Abrazándola) ¡Claro que te comprendemos! Pero es mejor que vayas segura, por tu bien y el de todas.

TERESA: Lupilla ...

LUPE: ¿Sí?

TERESA: Dudaba tanto en pedírtelo.

LUPE. ¿Por qué?

TERESA: Porque te voy a extrañar mucho.

LUPE: Pero mientras tanto, ven a compartir mi felicidad. Cierra la tienda y dile a Nana que venga.

TERESA: (Mutis derecha)

LUPE: (Se dirige a la mesita donde escribe unas letras)

CONSTANCIA: (Mientras tanto pone la mesa) Ni siquiera hemos terminado de poner la mesa. ¡Imagínate si tu novio llega con hambre!

NANA: ¿Me llamaba usted niña Lupita?

LUPE: (Terminando de escribir) Sí Nana. Tienes que hacerme un favor ahora mismo.

NANA: Aunque se tratara de darle la vida ...

LUPE: ¡No es para tanto! Sólo quiero que vayas a Morelia esta misma noche.

NANA: Pero si va a llegar el señor ese...

LUPE: Tendrás tiempo de saludarlo... y después, me harás el favor de llevar esta carta.

NANA: ¿Y por qué no la manda por correo?

LUPE: ¡Es para Mago!

NANA: Pero...

LUPE: El chico de Constanacia te dirá donde puedes hallarla.

CONSTANCIA: Yo no quiero saber más de ese cretino.

LUPE: La Nana le preguntará las señas de mi parte.

CONSTANCIA: Está en una casa de asignación.

NANA: ¡Válgame la Virgen Santa! ¿Y cómo quiere usted que yo vaya? Pues mire que favorcito me pide... ¡Eh?

LUPE: ¿No que querías darme la vida?

NANA: La vida sí, pero...

LUPE: Te vas a traer a Mago, llevarás dinero suficiente y si algo llegaras a necesitar, con mucha discreción me hablas por teléfono allá.

NANA: Pero. ¿Qué le voy a decir?

LUPE: Lo que le dirías a una hija tuya si estuviera en un trance difícil. Nada de reproches ni amenazas. Dile que la estamos aguardando todas, que yo lloro todos los días, y que por favor, no me obligue a ir a suplicarle que vuelva.

CONCHA: (Entrando por el frente, muy bien peinada) ¿A suplicarle?

LUPE: ¿Y que otra cosa podría hacer yo por convencer a mi hermana?

NANA: Tiene razón. Siempre es mejor por la buena. Y aunque preferiría quedarme en mi cocina, hay que saber de todo.

LUPE: Estoy segura de que cederá contigo Nana. ¡Es cómo si fueras su madre!

TERESA: (Entrando de la derecha, a Concha) ¡Mira no más que guapa te dejaron! ¡Emilio ya no va a conocerlas!

Se escucha el ruido del tren que se acerca y algunos silbidos largos de la locomotora)

CONSTANCIA: (Toma apresurada un lápiz labial que se pasa por los labios, luego se polvea y perfuma)

¿Oyen? ¡¡Ya es el tren que se acerca!!

CONCHA: Podríamos ir todas juntas a la estación.

LUPE: No. Prefiero quedarme aquí y conservar la serenidad y la calma. Una vez me dijo que le gustaba por reposada, por tranquila, porque nunca parecía tener prisa, ni cabían en mi rostro, ni la inquietud ni la ira. ¡Hoy, en cambio, me siento tan débil y tan indefensa, que no tendría fuerzas para dar un paso!

CONSTANCIA: Si tú eres la valiente de la casa.

LUPE: ¡Ay Costa! ¿Pero no me ves que estoy temblando como una hoja?

NANA: Ni cuando el Zapichi ese arrojaba tan tremendas fumarolas, con tanto baile de temblores, la vi atemorizarse niña Lupe. Y hoy, no más porque regresa ese pájaro perdido después de tantos años ¿Le falta el resuello?

LUPE: (Mirándose frente a un espejito para acomodar su peinado) Por eso mismo. ¡Por esos años! El talento se gasta mucho menos que la belleza Nana, y dura más. ¡El vuelve más ilustre, yo lo espero más vieja!

CONCHA: ¡Ay mujer! ¡Si estás como camelia de invernadero! ¡El día que te lleguen el matrimonio o la maternidad, ya veremos que estragos hacen en tu linda personita! ¡Pero hoy, te ves como una rosa al amanecer!

LUPE: ¡Y las rosas se marchitan tan pronto!

MERCEDES: (Saliendo por la izquierda, porta un vestido muy lujoso de gran vuelo, corre hacia Lupe y echándole los brazos al cuello la llena de besos) ¡Tííta! ¡Tíísta! ¡Miren que sorpresa más linda me ha regalado mi tííta! (Dándose vuelta) ¡El mejor vestido que me he puesto en mi vida! ¡El más elegante! ¡Fíjense que corte! ¡Qué caída! ¡Qué tela! ¡Y ella lo ha escogido para mí!

CONCHA: ¡Pero esto es un derroche! ¿De dónde has sacado tanto dinero Lupilla? ¡Debe haber costado un dineral!

LUPE: ¡Te juro que no! ¡Es tú hija quién sabe lucir todo!

CONSTANCIA: (A Mercedes) ¿Me lo prestarás para llevarlo a la serenata el próximo domingo? ¡Quiero que ese baboso se entere de lo que ha perdido!

MERCEDES: ¡Claro que sí! ¡A ti también te quedará formidable!

CONCHA: (a Lupe) Haces mal en acostumbrarla a tantos lujos. Si le llegara a tocar un hombre pobre...

MERCEDES: ¡Nunca aceptaría a un hombre inferior!

CONSTANCIA: (A Teresa) Sor Teresita, ¿No te vas a maquillar siquiera un poco? ¡Todavía no estás en el convento.

CONCHA: ¿En el convento? ¡Qué ocurrencia! ¿Quién ha hablado de irse al convento? ¡Todas somos católicas, pero ninguna es de convento! Teresa acaricia las cuentas del rosario, con la ternura que pondría en un recién nacido, en un niño de ella.

TERESA: Yo siento que mi vocación...

CONCHA: ¡Es la de todas las mujeres! ¡Nacimos para eso! ¡Para gustar, para ser amadas, para llevar entre los brazos un niño tierno, como cuando yo llevaba a Meche!

CONSTANCIA: (A Teresa) Ven, voy a ponerte un poquitín de polvo, y a arreglarte ese peinado. Mira no más, ¿No te irá a dar vergüenza que te encuentre Emilio así?

MERCEDES: Pues todavía me puedes cargar mamá. ¡Después de todo no son más que cincuenta kilos de hija!

TERESA: Ya ni se acordará de mí.

LUPE: El siempre se acuerda de todas. En las cartas siempre me pedía que saludara una por una. ¡Son mis hermanas! Me decía.

MERCEDES: (A Lupe) ¡Ay tííta! ¡Pero no va a salir con eso de que tú eres su hermana o su prima! ¡Tú llevas otro parentesco más sabroso!

LUPE: Yo soy su sueño. ¡He sido siempre su sueño!

MERCEDES: ¡Pero hoy vas a ser su realidad! ¡ El va a ser para ti, real! No una carta, ni un regalo, ni una voz en el teléfono. ¡Sino un hombre, un hombre que te abraza, que te bese! ¡Qué te ame con algo más que palabras!

Lupe: ¡Las palabras son los pinceles que pintan los sueños!

RECITADOR: Amigo: Tú regresas al lugarejo de nuestras andanzas, al villorio por donde fueron juntas nuestras mocedades, a la mansa cautividad del pueblo ... Tú regresas al cielo azul y a la campiña diáfana. Vas a verte de nuevo en las claras pupilas, un poco tristes ya, de la muchacha que perfumó nuestras inexperiencias con un soplo de amor, citas románticas del Parque Cupatitzio y Tzararacua, como en los viejos idilios de las viejas estampas.

(Cada una de las muchachas, ansiosas por parecer más bellas, dan el último toque a su maquillaje peinado y vestido; se supone que hablan atropelladamente entre ellas, si bien la escena mímica es silenciosa, de pronto todas quedan inmóviles en un cuadro plástico. Simultáneamente, del fondo del pasillo izquierdo llega Emilio, iluminado por un seguidor de luz blanca, bien trajeado, pulcro; porta en la mano derecha un pequeño ramillete de rosas rojas, camina con pasos mesurados, perdido en la contemplación de las calles, que hace muchos años no pisaba. Entre tanto, se escucha la voz del RECITADOR, QUIÉN CONTINUA DICIENDO EL POEMA)

RECITADOR: Saldrán a recibirte en cortejo pueril las gracias comarcanas:

EMILIO: (Sube las escaleras del lado izquierdo del escenario)

(Las muchachas están en semi-círculo de izquierda a derecha, nerviosas, risueñas, como unas niñas traviesas, esperando alborotadas, LUPE, digna, sonriente, CONCHA con los dedos de las manos entrelazados, TERESA con aire de alegre inocencia, CONSTANCIA, curiosa e inquieta, MECHE, al final, un poco añorada, sin su habitual aplomo y desparpajo; al fondo en segundo término, cerca de la cocina, la NANA, que se quita el delantal y asume una actitud respetuosa)

RECITADOR: La sonrisa benévola de Lupe.

LUPE Y EMILIO: (Sonríen emocionados, tiernos, es una mirada intensa y profunda)

RECITADOR: Los ojos asesinos de Concha.

EMILIO: (Da un giro breve para encontrarse frente a Concha)

RECITADOR: El rubor de Teresa.

EMILIO: (Gira hacia Teresa que con una ingenua sonrisa le tiende la mano. Emilio, aprisiona las rosas con la mano derecha y le ofrece torpemente la izquierda)

RECITADOR Y la voz gorjeante de Constanacia.

EMILIO: (Mira a Constanacia quién le hace una breve reverencia, abriéndose la falda con los dedos)

RECITADOR: Y todas volverán a darte las silvestres rosas de su fragancia, y yo no estaré allí, para saber si Lupe no ha olvidado la mansa sonrisa que ponía en nuestro espíritu un temblor de respeto, como de cosa santa. }

EMILIO: (Mira hacia la estancia arrobado. Va hacia la NANA y exclama sin poderse contener) ¡Nana!!

RECITADOR: ¡Y yo no estaré allí, para ver las mejillas de manzana! ...

EMILIO: (Mira a Mercedes desconcertado)

MERCEDES: (Se lleva las manos a las mejillas que se le han puesto encendidas)

RECITADOR: O las hondas ojeras ...

EMILIO: (Mira a Concha que se enjuga una lágrima)

RECITADOR: O las nucas nevadas.

CONSTANCIA: (Quién llevará peinado alto, se ajusta una horquilla en la nuca)

RECITADOR: O el prodigioso talle.

LUPE: (Se coloca la mano izquierda sobre la cintura)

RECITADOR: Pero tú, embajador de la tristeza, y de las inquietudes, y de las esperanzas, llévalas el mensaje que desde mi ostracismo les mando como prenda virginal de mi alma.

EMILIO: (Sonríe a todas conmovido)

RECITADOR: Amigo: Y cuando vayas a dejar el lugarejo de nuestras andanzas, prueba si los besos de Mercedes son tan dulces y son tan tibias sus lágrimas.

EMILIO: ((Lentamente, con el dedo índice de la mano izquierda, las va contando una por una))

RECITADOR: Y cuando la fortuna te aleje, pesaroso, del lugar, dime si falta alguna de todo el efusivo palomar.

EMILIO: (Vuelve los ojos a LUPE y se acerca a ella para decirle con voz entrecortada)

De mi pecho estas rosas han brotado
y morir en el tuyo han de pedirte

(Se queda vacilante, no sabe como continuar y añade excusándose)

¡Oh! ¡Se me ha olvidado el poema! ¡Y pensar que lo dije tantas veces en la radiodifusora local!

MERCEDES: (Adelantándose hasta Emilio)

¡Qué son los versos que pensé a tu lado
y las ternezas que olvidé decirte!

EMILIO: ¡Eso! ¡Eso es! (Le entrega el ramo a LUPE)

LUPE: (Coge el ramo y tomando por el brazo a Mercedes, la presenta a Emilio)

Es Mercedes, mi sobrina, la hija de Concha. ¡Cuándo te fuiste, era apenas una promesa en el vientre de su madre! ... ¡Pero sabe de memoria todos tus versos!

Lentamente cae el telón.

ACTO TERCERO

CONCHA Y CONSTANCIA: (Aparecen sentadas delante del balcón, en el lado izquierdo. Concha cose sobre un bastidor, mientras Constancia se manicura las manos. De vez en cuando se asoman a la calle, apartando los visillos. Oscurce lentamente)

CONSTANCIA: Cuando estaba chica me gustaba mirar a las lagartijas que hacían sus acrobacias sobre las paredes de tepetate.

CONCHA: A mí siempre me han provocado cierto horror esos animales. Soy mucho más romántica que tú, prefiero quedarme escuchando el arrullo de las tórtolas que rasgan el silencio de la tarde.

CONSTANCIA: Lo mejor es pasársela en la tienda, al menos allí trabajas, conversas, te entretienes.

CONCHA: ¡Conversas! ¡En una de esas pláticas ese mal nacido engatusó a Mago!

CONSTANCIA: ¡Nada de engatusar! Margarita se quiso ir con él y eso es todo. ¡Ella quería probar otra vida!

CONCHA: ¡Y fue a dar a lo peor!

CONSTANCIA: Eso no nos consta. La Nana no pudo dar con ella. Para mí que fue cuento de Miguel, a ese le gusta andar metiendo hebra a ver que saca ... pero lo que es a mí, primero me cumplen y si no me dejan como estoy.

CONCHA: (Con tristeza) Yo me he pasado la tercera parte de mi vida detrás de este balcón: tejiendo, leyendo, dormitando en las horas de bochorno. Los campanillazos cada cuarto de hora del reloj parroquial se me han incrustado en los oídos. En aquellos días la Meche apenas gateaba y Lupe me hacía compañía.

CONSTANCIA: ¡Y las dos esperando!

CONCHA: ¡Hora tras hora! Nos metíamos hasta que llegaba el fresco de la noche y debíamos ir de compras o a rezar el rosario a San Francisco. Entonces me levantaba, como cuando no quieres alejarte de un montón de cenizas calientes todavía que te hacen suspirar por el fuego.

CONSTANCIA: Y tú te plantabas a esperar a Procopio ¿Verdad? Pero para serte franca ¡Ese ya no regresa nunca!

CONCHA: ¿Se habrá muerto? ¡Imagínate, ni siquiera una carta en tanto tiempo! A veces, me dan ganas de pedirle un dinero a Lupilla y partir a buscarlo. Si ya no trabaja en la granja, pues al menos podrán darme alguna razón, a ver como le hago para darme a entender...

CONSTANCIA: No Conchis. Creo que una nunca debe ir donde no la llaman. (Relampaguea, luego se escucha algún trueno lejano)

CONCHA: ¡Jesús mil veces! ¡Seguro que se viene un aguacero! Voy a cerrar bien el balcón. (Cierra las puertas del balcón) No se trata sólo de mí sino de Meche.

CONSTANCIA: Ya ni se acuerda del papá, apenas lo vio algunas pocas veces de chiquilla. Y al fin ¿Para qué? ¡Ella sólo ha tenido madre y tía! Y también nos ha tenido a nosotras, no podrá quejarse de la vida.

CONCHA: Es que no me resigno a perder a mi marido. ¡Yo nunca le falté en nada! Tal vez no habré podido ser la esposa modelo, o la mujer que él merecía, pero le cumplí hasta donde pude...

CONSTANCIA: (Terminando de arreglarse) ¡Quién lo duda! Pero más vale que te conformes con que ha de ser así. Si vuelve, será una agradable sorpresa, y si no, que ya no sea un sufrimiento para ti.

CONCHA: Tengo miedo de llegar vieja y a quedarme sola.

CONSTANCIA: ¡Eso está por verse! A lo mejor te sale un buen partido, no digo un chamaco, sino un señor, así de la edad de Emilio.

CONCHA: ¡Emilio le gustará siempre a todas las mujeres! ¡Tiene una plática y un modo de tratarte!

CONSTANCIA: Meche se muere por escucharlo hablar de otros países.

CONCHA: Posee el mismo espíritu aventurero de su padre, quién prefirió quedarse a vivir con esos gueros desabridos mejor que entre su gente. ¡Para Lupilla, eso si que va a ser muy difícil!

CONSTANCIA: Lupilla no nos dejaría nunca.

LUPE: (Saliendo por la izquierda) ¿Y quién habla de dejarlas?

CONSTANCIA: Nadie. No hagas caso. ¿Has descansado bien?

LUPE: Estoy como nueva. ¿Y Emilio?

CONSTANCIA: Se fue a la serenata con Meche. No quisieron despertarte,

LUPE: ¿Tan urgente era?

CONSTANCIA: Dijo que tenía ganas de comerse una gelatina de esas que venden con un chorrito de rompopo en los portales.

LUPE: En casa había jericaya y no tiene pintura.

CONSTANCIA: Pero en la calle sabe distinto.

LUPE: (Dolida) Antes, jamás me hubiera dejado.

CONSTANCIA: No te lo tomes tan a pecho. ¡No tardarán en regresar! Y cómo yo me voy a dar una vuelta por la plaza, pues ahora mismo te los mando corriendo. (Mutis por el frente)

CONCHA: ¿Y que tal la pasaron en Pátzcuaro?

LUPE: Muy bien. Emilio parecía un chiquillo a quién acaban de comprar un juguete nuevo.

CONCHA: ¿Y tú?

LUPE: ¿Yo? ... ¡Todavía me parece oír el rumor de unos remos, empujando una barca entre lirios blancos, nenúfares aterciopelados y tímidas azucenas arremolinándose en las orillas, mientras allá arriba el cielo cómo una bóveda inmensa exhibía cientos de estrellas, ora radiantes como soles congelados, ora lejanas, como anhelos irrealizables. ¡Las estrellas que escriben el destino!

CONCHA: ¡El destino! ¿Y cual es el tuyo Lupilla?

LUPE: ¿Cual habría de ser? El de todas las mujeres sensibles: amar y sufrir.

(Un relámpago y un trueno más intensos, anuncian la proximidad de la lluvia)

CONCHA: Se van a mojar.... (Mirando discretamente a Lupe) Todas las mujeres sensibles o no, han nacido para unirse a un hombre. ¿Qué pasa con el tuyo, que te ha dicho?

LUPE: No hemos encontrado ocasión de estar a solas. Emilio es muy inquieto, y además quería volver a verlo todo, desde un museo hasta una fiesta pueblerina, con sus ruidosos cohetes regando el cielo de luces de colores. Le encantó el lago de Zirahuén que no conocía. Lo visitamos por la noche cuando la luna se baña en los cristales líquidos, que la retratan como un espejo multiplicado.

CONCHA: Tu galán te ha vuelto a contagiar de toda esa verborrea poética.

LUPE: Más bien, al tenerlo conmigo he resucitado mis viejos sueños cándidos.

CONCHA: Pero ahora no se trata de sueños. ¿No han hecho planes?

LUPE: Te digo que apenas hemos hablado ...

CONCHA: ¡Han hablado! ¡Han gastado demasiado las palabras!... Pero no se han dicho nada, ni siquiera se han puesto de acuerdo cuando será la boda.

LUPE No corras ansias Concha. ¡Esas cosas no se arreglan de un día para otro!

CONCHA: ¿Y a que tanto esperar entonces? ¿O no es eso a lo que vino? Yo supuse que ahora si iban a estar juntos y tú ibas a encontrar finalmente sosiego.

LUPE: Lo principal es que está aquí. Después de tantos años ¿Que más da un poco de tiempo?

CONCHA: ¡Si que importa! Si tanto te quiere, y ha venido de tan lejos a buscarte, no entiendo porque ni una alusión, ni siquiera se ha acercado al padre Melesio para hacerle una visita de cortesía ...

LUPE: Primero quiere dar una vuelta por el estado, bajar a tierra caliente, ir a la costa. Lo demás llegará, cuando deba llegar. ¡Todo tiene su tiempo Concha! El mío, tal vez aún no ha llegado.

CONCHA: ¿Y no será más bien, que tienes miedo de enfrentarte a la realidad?

LUPE: ¿Y cual es la realidad?... la vida es a veces cómo una palabra inacabada, cómo un libro cuyo último capítulo no terminamos nunca de escribir. Yo sólo anhelo escuchar mi nombre en sus labios.

CONCHA: ¿Con tan poco te conformas? ¿Y el porvenir?

LUPE: ¿Quién dijo que nos pertenece el porvenir? ¡Solamente el pasado es nuestro! ¡Lo que ya vivimos, los recuerdos, los detalles!...¡Por eso los amo tanto!

CONCHA: Eso es terquedad Lupe. Tú sola te has dejado envolver en una especie de encantamiento; y tengo mucho miedo, porque no se cómo irás a salir... y no quisiera que sufieras.

LUPE El me enseñó a confiar y a ser feliz. Antes de marcharse, cuando yo ya presentía que su carrera y sus triunfos me lo arrebatrían por muchos años, nos vimos una tarde en el parque. Acaso fue uno de aquellos encuentros sin cita... Yo me quedé contemplando el agua, cómo otras tantas veces. La veía correr en las acequias empedradas, en las fuentes, en las cascadas; lamer los troncos de los arrayanes y los aguacates, caracolear en los arroyuelos y embeberse en los bancos de helechos. Emilio se recreaba también en aquella frescura, sentía en la cara el escozor sabroso de la brisa, de pronto se volvió hacia el río, que cual un imán nos atraía a la contemplación del sonido, al trepidar burbujeante de sus aguas, saltando sobre las piedras azulosas.-¡Mira el agua! -Exclamó- ¡La hermana agua como decía el Santo de Asis! Agua de lluvia, agua que brota del seno maternal de la tierra, para volverse: fruta, mazorca, flor... agua pura, cristalina, alegre, ¡Viva, como tú! Se siempre así Lupilla como el agua que corre, que canta, que ríe. Se siempre como esta agua de vida. Nunca te dejes hundir, cómo el agua que se encenega en las charcas o se deja atrapar en los estanques.¡Esa es agua dormida, sucia, opaca, inmóvil! ... Yo levanté los ojos y me topé con su mirada franca, clara, como aquella agua impregnada de vida y empecé a sonreír. ¡Y la sonrisa se ha alojado desde entonces en mi cara!

CONCHA: (Con resignación) ¡Aunque a veces pienso que es una sonrisa triste, muy tiste, Lupilla!

DOÑA PRESENTACION Y TERESA: (Entrando por el frente)

DOÑA PRESENTACION: Muy buenas tardes... (A Lupe) Al fin regresó de viaje; y viene muy repuestita. Veo que le vinieron muy bien sus vacaciones.

LUPE: Nos divertimos mucho, gracias. Siéntese usted.

DOÑA PRESENTACION: ¿También el señor?

LUPE: También Emilio. El principalmente, que hace tantos años no visitaba su tierra.

DOÑA PRESENTACION: Y como iba muy bien acompañado.

CONCHA: No piense usted mal. Emilio es cómo un miembro más de la familia. Mi padre quiso que lo consideráramos siempre como un hermano.

DOÑA PRESENTACION: ¡Claro! ¡Si yo no pienso nada! Me parece que es un hombre bien educado y agradable. Cuando tuve el gusto de que me lo presentaran después de tantos años ¡Quién iba a reconocerlo! Él en cambio se acordó de mí, aunque yo era una jovencita en aquel entonces, apenas unos pocos años mayor que él. ¡Y que ropa más elegante!

CONCHA: El viaja mucho y le gusta vestir bien.

DOÑA PRESENTACION: Y además sabe llevarlo. ¡Siempre tan mesurado, tan parsimonioso! ... en fin, son vanidades del mundo.

TERESA: Si al final hemos de convertirnos en polvo. ¿De que pueden servir esas cosas?

DOÑA PRESENTACION: Dices bien Teresita. Pero ya supondrán la razón de mi visita y antes de que piensen que soy una latosa, les diré que me escribió la reverenda madre superiora. ¡El momento de decidirse ha llegado! ¡Supongo que ustedes habrán encontrado tiempo de ponerse de acuerdo!... Aunque con la visita de este ... hermano ...

LUPE: Hemos tenido tiempo para todo.

DOÑA PRESENTACION: Y cómo usted me ofreció que no se opondría...

LUPE: Sí y también le dije que la decisión principal era de mi hermana. Se trata de que ella aprecie claramente la importancia de su determinación...

DOÑA PRESENTACION: Los únicos ojos que ven claro son los ojos de Dios Nuestro Señor.

LUPE: No lo dudamos, pero quién mejor nos podría aconsejar, que sería nuestra madre, ha muerto.

DOÑA PRESENTACION: Dios tiene también un gran corazón de madre.

LUPE: (A Teresa) Y realmente ... ¿Dios te quiere para El?

TERESA: Creo que sí. Yo le he pedido a la Santísima Virgen que me de fuerzas para aceptar su cruz y su misión...

LUPE: ¿Y te las ha concedido?

TERESA: Pues ... aún no se.

DOÑA PRESENTACION: Tal vez porque no está en el ambiente adecuado ... con este hermano ...

CONCHA: El no se entromete en estas cosas.

DOÑA PRESENTACION: Perdón quise decir, que con los apuros para recibir una visita así, un pariente que llega de improviso y ustedes tienen que atender...

LUPE: Emilio no llegó de improviso. Lo esperábamos siempre. Aquí ha sido y será mientras viva su casa tal y cómo mi padre lo dispuso. Este asunto es otra cosa. ¿Podría esperar nuestra respuesta, la reverenda madre unos días más?

DOÑA PRESENTACION: Desde luego que sí.

CONCHA: En ese caso, si Tere no cambia de parecer, servirán para preparar su equipaje, lo que le sea permitido llevar, y para despedirse de nosotros.

DOÑA PRESENTACION: Así lo haré saber. Y mientras tanto, sería provechoso que Teresita pidiera al Espíritu Santo que la ilumine.

TERESA: ¡Quisiera que mis plegarias rozaran el cielo cómo las torres de la Inmaculada!

DOÑA PRESENTACION: Es que debes fortalecer tu fe.

TERESA: No es cuestión de fe Doña Presentación. Es algo diferente. (A Lupe) Me gustaría salir de esta casa sin tristeza, sin pesar. (Muy emocionada) Perdón. ¡Perdóñenme todas! ¡Quiero estar sola unos minutos! (Mutis derecha)

CONCHA: Luego nos reuniremos contigo.

DOÑA PRESENTACION: Voy a ofrecer mis oraciones para que no se malogre esta vocación. Y ahora las dejo, que la lluvia está amenazando desde hace un rato.

LUPE: Le haremos saber lo que sea.

CONCHA: En su oportunidad.

DOÑA PRESENTACION: Entonces Adios. (Al mutis por el frente) ¡Si ya está comenzando a chispear! (Mutis)

LUPE: Adios. (Pausa. A Concha) Aún está indecisa.

CONCHA: Ella también debe encontrar su camino. ¡Y yo no estoy completamente segura de que sea ese! Es cierto que desde muy jovencita iba a la cabeza de las procesiones, a veces portaba algún estandarte, con la cabeza muy bien cubierta y una devoción que no distraía nada, su voz sobresalía entre todas en los

coros, pero de eso a encerrarse de por vida en un claustro... ¡Dios me perdone! Hoy sólo tengo ideas pesimistas. Hace un momento, mientras hablábamos, pensaba que

LUPE: Pensabas que Emilio...

CONCHA: Debe tener alguna amante ... o incluso haberse casado.

LUPE: ¿Qué dices? ... ¡Me lo hubiera dicho!

CONCHA: Tal vez no se ha atrevido.

LUPE: Podía habérmelo mencionado en alguna carta.

CONCHA: Esta mañana mientras dormías le hablaron del Ministerio.

LUPE: Yo suponía que él venía a quedarse para siempre.

CONCHA: Tu suerte me inquieta; y cometí una grave falta, me puse a escuchar por la extensión telefónica.

LUPE: Hiciste mal Concha, aunque te agradezco la intención. ¡Siempre has sido tan buena conmigo!

CONCHA: Hablaba el propio Ministro. Quieren que vaya a la Argentina.

LUPE: (Con ansiedad) ¿Y qué contestó Emilio?

CONCHA: Que su deseo era retirarse para siempre del servicio exterior. -Aquí también puedo servir a mi país, respondió. El Ministro insistía: -Somos soldados, y los soldados no discuten, obedecen. Ahora me es imposible darle a elegir la trinchera. ¡Usted hace falta allá, donde lo necesitamos! ... considero sus razones, su vida personal...

LUPE: Se ha pasado muchos años al capricho de otros, cumpliendo quién sabe cuántos deberes... es hora de pensar en él. (Con tristeza) ¡ Y en esta pobre muchacha!

CONCHA: El se defendió como pudo. Hablaron casi un cuarto de hora, no te exagero; al final le dijo que su decisión estaba tomada. No podía ir... -Apenas tengo tres semanas en México- se excusó, pero el otro seguía terco, total, Emilio quedó de telegrafiarle esta misma noche, para decirle si acepta... o si presenta su renuncia irrevocable.

LUPE: (Recordando) ¡Era otoño! Las hojas arrastradas, llevadas de aquí para allá, por el torbellino que impulsa el viento, bailoteaban secas, estériles, la danza epiléptica que exhibe lastimosamente su debilidad; y luego caían, extenuadas, dispersas, ¡Pobres hojas secas con que juega el aire! Y que luego van a amontonarse bajo la vara del jardinero, para servir de pasto a las fogatas, o como desperdicio para abonar la tierra. Así son nuestras vidas Concha, hojas secas que se transforman en espirales de humo ¡Y todavía tenemos la vanidad de creernos importantes!

CONCHA: Hice mal en decírtelo. Debí suponérmelo... y ahora voy a la tienda por un poco de chocolate, antes de que llueva más fuerte. ¡Esa Nana quién sabe por donde anda metida! (Mutis con pasos lentos por el frente)

LUPE: (Se dirige hacia la cocina y se sirve un vaso de agua, que bebe pensativa a sorbos cortos)

MARGARITA: (Maquillada con exageración, con gran peinado y vestido ajustadísimo, luciendo alhajas muy llamativas y zapatos de tacón muy alto, sale por la izquierda, seguida de la NANA)

NANA: (Garraspea)

LUPE: (Volviéndose) ¡Margarita! (Con alegría infinita) ¡Mi pequeña Mago! (Se adelanta a abrazarla ante el desconcierto de Margarita) ¡Qué grande es Dios! ¡Sabía que tenías que venir!

NANA: No de muy buena gana. Me costó mucho trabajo convencerla.

MARGARITA: ¿Cómo estás? ¿Cómo están todas? ¿Es verdad que vino Emilio?

LUPE: ¡Es verdad! Y todas estamos bien, aunque extrañándote.

NANA: (Va a la cocina donde acomoda ollas y loza)

MARGARITA: Me lo imagino. Habrán dicho que soy una loca. ¡Qué las desprestigio! Ya me parece que estoy oyendo a Concha.

LUPE: Pero lo principal es que has regresado. Que te diste cuenta al fin de la falta que nos haces, en la casa, en la tienda, a todas... a mí por ejemplo, que no he pasado un días tranquila imaginando ...

MARGARITA: Lo que estaría haciendo... aunque te lo podrías suponer. El mundo es así de pequeño, tenía que haberme visto ese idiota y venir a contarles el chisme.

LUPE: ¿Luego es cierto? La Nana me dijo que no te había encontrado, y me devolvió la carta sin abrir.

MARGARITA: Sabía de memoria lo que me habías escrito y quise ahorrarme la pena de repetírmelo.

LLUPE: No te reprochaba nada, simplemente te pedía que volvieras a tu casa. No me asustan las imprevistas variaciones de la debilidad humana. Ese hombre no te convenía.

MARGARITA: ¡Mira que gran descubrimiento! (Se sienta con una pose cínica y descarada)

LUPE: ¿Y ese vestido?

MARGARITA: (Saca un cigarrillo que enciende tranquila) Es para mostrar las piernas... ¡Eso les excita!

LUPE: Pero ... ¿Tenías que haber cometido semejante barbaridad? No me refiero a tu aventura con ese canalla sino a ...

MARGARITA: ¿Quieres decir, tenía que haber caído en el burdel? ... ¡Si hasta nací con el nombre, aunque me faltó el apellido francés! ... ¡Aquello es un paraíso infernal! Te lo aseguro. Pero no me quedaba otro recurso. Mi raptor se desapareció después de nuestra primera noche de amor. ¡Y se hizo pagar bien caros sus servicios!... más caro de lo que yo ahora, en justo desquite, cobro ahora por los míos ...

LUPE: ¡Maldito sea!

MARGARITA: Apenas tenía lo que llevaba puesto, ni siquiera contaba con lo del pasaje para regresarme.

LUPE: Habrías podido telefonarme por cobrar. Cualquier persona te hubiese hecho esa pequeña caridad.

MARGARITA: Pero no quería volver. ¡Es mucho más simple de lo que te puedes imaginar! No quería regresar a este pueblo, ni a esta casa, a quedarme royendo eternamente el hueso de la desesperanza, a aguardar, si tengo suerte, que cualquier campesino se fijara en mí, y me hiciera el honor de tomarme por criada a perpetuidad casándose conmigo... ¡A soñar con mi almohada, esos sueños donde el deseo es la pesadilla de todas las noches! Viéndolas a ustedes: heroicas, quemándose por dentro y con los escapularios sobre las espaldas. ¡Pero conservándose, pudriéndose, aferradas con todas sus fuerzas, con toda su desesperación, a una palabra estúpida: ser decentes!

LUPE: Pero nuestra familia ...

MARGARITA: ¡Nuestra familia! ... ¿Y quién crees que era nuestro padre? ¡Un putaño de marca! ¡Un macho más. Convenenciero y egoísta, que había encontrado su puerquito en la pobre Chabela!... ella lidiaba con todas nosotras y con el caserón, hacía ollas de comida a todas horas, se pasaba las tardes en el lavadero hasta que las uñas le sangraban; y todo, para darse el gusto de ponerse ante cuatro viejas beatas la etiqueta de esposa. ¡La esposa del doctor!... más bien, la amante sin sueldo, la

sirvienta sin vacaciones, la esclava sin derechos. ¡Ni siquiera el de estar satisfecha cómo mujer, porque ni para eso sirven estos garañones mexicanitos!

LUPE: Pero la base, el verdadero sostén de la familia, ha sido y será siempre nuestra madre. ¡Sin ella hubiéramos ido al desastre mucho más pronto, y no por gusto cómo has querido hacerlo tú! ¡Mi madre era el ejemplo, la virtud! ...

MARGARITA: La virtud es la peor fatalidad en la vida de una mujer. ¡Es cual una cadena! Y sin ir más lejos, allí estás tú: virtuosa, idealizada, casi etérea... ¡Pero sola! Comiéndote las uñas y haciéndote cada día más vieja; engañada estúpidamente, a cambio de unas cuantas cartas idiotas y media docena de baratijas. ¡Y por ello has entregado tu juventud, por ello le has sacrificado tu castidad, y has renunciado a ser mujer y a acostarte con el hombre que te gustara; a divertirte, a tener un hijo, a vivir por algo más que ilusiones!.

LUPE: Yo no ofendo a nadie con mis sentimientos.

MARGARITA: ¿Y yo a quién ofendo por levantarme hasta cinco mil pesos en una noche? ¡Ni siquiera los pelmazos que me los pagan, porque se los desquito bien!

LUPE: Ofendes a Dios, con la entrega de tu cuerpo.

MARGARITA: ¡Dios no se mete en estas cosas! ¡Yo soy mucho más realista que tú, hermanita querida, no nací para los grandes gestos. ¡Tú naciste para entregar tu alma gratuitamente y a uno solo, yo nací para darme a cinco o seis tipos cada noche y por dinero!

LUPE: ¡Te has vuelto cínica!

MARGARITA: ¡Tú, en cambio, has sido siempre idiota!

NANA: ¡Si he sabido que viene a eso, mejor no se la traigo niña Lupe! ¡Es que se dio una despertada! ...

LUPE: ¡Déjala Nana! Sabe Dios que motivos ocultos, profundos, tiene para expresarse así, pero estoy segura de que los habrá de rectificar.

MARGARITA: (Desarmada) ¿Me permitirás que vaya a mi cuarto por algunas cosas personales?

LUPE: ¿Y desde cuando uno tiene que solicitar permiso en su propia casa?

MARGARITA: Creí que Concha.... Aunque trataré de no estar aquí cuando regrese.

LUPE: Concha no dirá una palabra. Te lo garantizo.

MARGARITA: No se trata de mis vestidos, pueden repartíselos entre todas, son demasiados serios para mi trabajo.

LUPE: Ninguna tocaremos tus cosas, pues muy pronto las volverás a usar.

MARGARITA: ¿Tan segura estás de que tengo que volver?

LUPE: (Tocándole con la punta de los dedos la barba) Sí. Tan segura estoy de que eres una buena muchacha. ¡La mejor de todas! (Mutis derecha)

(La lluvia arrecia, algunos relámpagos y truenos, se suceden más frecuentes)

MARGARITA: (Con amarga desesperación) ¿Ves Nana? ¿Te enteras porque no quería venir? ¡Acompáñame a mi cuarto, quiero estar sola y contigo! ... ¡Quiero llorar y reírme!... Aquí dejé un montón de cosas que me hacen falta. (Mutis izquierda, NANA la sigue)

PAUSA

EMILIO Y MERCEDES (Vestidos, él, con impecable traje y ella con un vestido vaporoso y juvenil, entran corriendo bajo la sombrilla de ella, ríen alegremente)

MERCEDES: No puedo reprimir mi afición por los dulces, y mucho menos cuando he dado con un amigo tan generoso, que en dos vueltas a la plaza me ha convidado: pepitorias, charamuscas, rosquillas, ponteduro, pinole ¡Y hasta un algodón azucarado! (Deja las golosinas sobre la mesa y cierra la sombrilla)

EMILIO: A mí en cambio me has obsequiado una golosina incomparable: tu sonrisa, y además tu compañía y tu conversación. Cuando vivía en aquellos lejanos países hasta donde me lanzó el destino, añoraba en una noche como esta, de serenata y jolgorio, pasearme bajo la claridad del cielo estrellado, inundarme de los sabrosos olores de la plaza: a incienso que se escapa de la parroquia, a vapor de tamales y buñuelos y fritanga callejera; y después soltar la fantasía detrás de las marchas militares o del “Poeta y Campesino” del buen señor Suppé, que ejecuta entusiastamente la banda municipal... y luego, solazarme en el desfile de las muchachas a cual más linda y elegante, para llegar a la feliz conclusión de que a mi lado camina garbosa y distinguida, la reina de todas ellas.

MERCEDES: ¡Qué galante! Yo también he pasado el rato encantada; y siento que la lluvia nos haya interrumpido. ¡Aprendí tantas cosas!

EMILIO: Tengo el defecto de hablar demasiado. ¿Te he aburrido?

MERCEDES: De ninguna manera. Tu charla me fascina y además. Muchas de las cosas que me has dicho yo las sabía de memoria, por tus cartas; siempre las leíamos Lupilla y yo.

EMILIO: ¿Muchas cosas? ¿Qué, por ejemplo?

MERCEDES: Bueno, tus gustos, tus diversiones, tus libros favoritos ...

EMILIO: Mis poemas... recuerdo que cuando llegué ...

MERCEDES: Tía Lupilla estaba tan emocionada de verte, que se olvidó de tus versos ...

EMILIO: Tú en cambio los sabías de corrido.

MERCEDES: ¡Tengo una edad de escucharlos!

EMILIO: ¿Y te gusta la poesía?

MERCEDES: Mucho.

EMILIO: Yo soy hombre de otra época. Nací demasiado tarde para mi tiempo.

MERCEDES: ¡Lo sabía! Y admiro tus preferencias, con sus giros tan anticuados como tu dices, pero maravillosos... los prefiero a la insulsa vulgaridad de los jovencitos pueblerinos. Me repugnaría la idea de casarme con un hombre quien no tuviera más que su sencillez. ¡Vaya que sería aburrido! En eso también me parezco a mi tía Lupilla.

EMILIO: ¡Lupe! ¿Una mujer?... ¡Un hada, una sirena, un hechizo; que encierra toda la nostalgia de mi primera juventud! ¡Cómo la condensación de todo un pasado en las cuatro letras de su nombre!

MERCEDES: ¿Solamente de un pasado?

EMILIO: ¿Y aún pides más? ¡La llegué a adorar! Su amor tuvo para mí algo de obsesión. A veces la nostalgia es una dama constantemente engalanada para una fiesta, sin escatimar luces, ni colores, resistente al tiempo, desafiante a la distancia. ¡Es acaso una hora querida, o la condensación de muchas de ellas en una imagen!

MERCEDES: ¿Y sólo eso?

EMILIO: Me pasé la vida anhelando hacerla mía. No tuve un minuto de reposo, lo mismo me consumí estudiando, robando horas al sueño en el cuarto desnudo de una casa de huéspedes, que renuncié a las diversiones con los compañeros o a tomar en alguna nevería un refresco inocente con una muchacha. Viví preparándome para ella, cómo un atleta para un torneo de vida o muerte. Cuando logré realizarme imaginé para ella todas las cosas que pueden halagar a una mujer, vestidos, joyas, viajes; con ella recorrería el mundo, me divertiría, amaría al fin; me saciaría de todas las cosas buenas que me había yo mismo regateado en la vida. ¡Lupe ha sido mi vértigo! ¡El triunfo, el final, la apoteosis! ¡El eterno mañana! ...

MERCEDES: (Sorprendida) ¿Y ahora Emilio... y ahora?

EMILIO: Cuando se vive una novela, siempre le deja a uno un poco desilusionado. Las novelas sólo son para leerse. Antes, al cabo de mis viajes siempre me topaba con el misterio; y solía reírme de él, hoy, en cambio, cuando venía dispuesto a toparme con el pasado y hallarlo agrandado, magnífico, resplandeciente, el destino se ha burlado nuevamente de mí ...

MERCEDES: ¿Pero que estás diciendo? ¿De qué burla estás hablando?

EMILIO: ¿Tan niña eres que ni siquiera lo has imaginado?

MERCEDES: ¡Soy una mujer!

EMILIO: ¡Un derroche de mujer, diría yo! ¡Alojada en mi pupila y en mi tímpano, desde que te escuché decir las diez palabras de mis versos!

MERCEDES: ¡Oh Dios mío!

EMILIO Así exclamé yo cuando me vi perdido por ti, cual un ave que se entierra en un haz de brumas. ¡Cuando miré desplomarse en arena movediza mis proyectos! Así he exclamado en estos días en que te he deseado tanto... ¡Con tristeza! ¡Con sufrimiento!

MERCEDES: No siga por favor, no siga.

EMILIO: Cuando mi ser vibraba de ansiedad mortificante si no descubría una sonrisa tuya, si te alejabas con la buena intención de dejarme a solas con Lupe, si había un ceño en tu frente, si los días galopaban rápidos y tenían que desembocar en este momento, en que debía por fuerza abrirte mi corazón, gritarte mi amor.

MERCEDES: ¿Pero no ve que esto es una infamia? ¿No se ha detenido a pensar en lo ruin de sus sentimientos, en lo vil de su conducta? ¡Usted no sabe lo que ella ha padecido! ¡Usted no entiende siquiera lo que es la piedad!

EMILIO: ¿Y tú? ¿Lo sabrás acaso? Puedes llamarme ruin, cobarde... ¡Insultarme en todos los tonos! Pero dime... ¿Con ello matarías mi amor?

MERCEDES: ¿Y el de ella? ¿Tendría usted el valor, sin dejar de llamarse hombre de suicidar sus sentimientos?

EMILIO: He vivido en estos días, abrumado por el remordimiento, aplastado por su superioridad moral. ¡Todos esperamos que el amor nos acaricie, pero más bien, nos muerde! He luchado por sacar tu rostro de mis pensamientos, tu risa de mis oídos, tu nombre de mi boca, tu juventud de mi delirio.... Pero el clavo ardiente se ha metido más y llamándome miserable, yo quién a mi pesar, no puede sentir ya la compasión, te vengo a rogar con todas mis fuerzas: ¡Apíadate un poco de mí, y se cómo esas estrellas, que suelen asomarse al lodo; y reflejan en la aguas más negras, el fulgor de su más diamantina pureza!

MERCEDES. (Con tristeza) No puedo Emilio. ¡No podría nunca amarlo!

EMILIO: ¿Y si yo te pidiera que aceptaras ser mi esposa? ... ¿Si supieras que con una sola palabra tuya, tu puedes fabricar el milagro de nuestra dicha? Casados iríamos a vivir donde tu quisieras, volver a Europa donde nos llevarían de fiesta en fiesta, pasar una larga temporada en los Estados Unidos, donde encontraríamos diversión, lujo, amigos, que lo mismo nos prestarían un avión que un yate ...

MERCEDES: ¡Gracias! Por que aunque usted me ofreciera un camino enlozado de oro no aceptaría por nada del mundo. Lupe ha sido cómo mi madre, y eso sería traicionarla. (Con angustia) ¡Consentir, equivaldría a despreciarme por el resto de mi vida!

EMILIO: ((Vencido) Entonces .. ¿No puedo aspirar más que a tu repudio? ¡Después de todo, soy un viejo para ti! ...

MERCEDES: No lo rechazo por viejo. Podrían mis años sobrellevar los suyos. Podría sacrificarle mi derecho a tener por marido a un joven, si hubiera nobleza en su conducta... pero usted ha derribado el pedestal en que lo colocó mi ingenuidad de muchacha provinciana. ¡Usted es peor que los otros! Ellos sólo buscan el cuerpo de una mujer, la aventura de un momento; a veces, cómo mi padre, le dejan a uno un hijo o una hija y se van... una se queda deshonrada, desamparada y con una responsabilidad más. Pero mamá al menos me tiene a mí. Usted en cambio, le ha dañado por siempre el alma a Lupe; su amor palabrero, sus desplantes. ¡Todo eso que ahora odio tanto! ¡Es cruel, mucho más cruel!

EMILIO: Nosotros no hacemos la vida. Es ella quién nos hace. Mercedes, siento haberla importunado tanto. ¡Hoy mismo saldré de aquí!

LUPE: (Sin que lo perciban Mercedes y Emilio, sale de la derecha y se queda clavada escuchando las últimas palabras de Emilio)

MERCEDES: ¿Y tía Lupe?

EMILIO: Le diré que he aceptado el puesto. Dentro de tres días estaré en Buenos Aires.

MERCEDES: ¿Se marcha así no más?

EMILIO: El país me impone deberes que cumplir.

MERCEDES: (Con pesar) ¿Se acordará de nosotras? ¿Escribirá como antes?

EMILIO: Sí. Volveré a respirar el mismo perfume rejuvenecido... a recordar la ilusión de unos besos, a pensar...

MERCEDES: (Con dureza) ¡En lo único puro que ha recibido usted en su larga vida de aventurero!

LUPE: ¿Nos dejas tan pronto?

EMILIO: ¡Lupe! ... Las vacaciones han terminado y me exigen reintegrarme al servicio. Debo darte las gracias por todo. ¡Todas han sido, cómo siempre, muy amables! ¡Ustedes son mi verdadera familia y les viviré siempre agradecido! Tengo que solicitarte un último favor. ¿Podrías despedirme de tus hermanas?

LUPE: Lo haré con gusto. Si tú quieres.

EMILIO: (Le besa levemente el cabello) Entonces ¡Adios!

LUPE: (Vencida, llorando) ¿Hasta cuando volveré a verte? ¡Si dejas pasar muchos años me encontrarás más vieja!

EMILIO: No tardaré mucho. Apenas llegue a mi destino, escribiré para decirles cómo es Buenos Aires.

LUPE: Esperaré tus cartas.

EMILIO: Adios Mercedes. Fue una grata sorpresa. Espero que me enviarás alguna foto del Paricutín, con su penacho de vapor enrojecido. Yo... tal vez te envíe un libro de versos algún día. Voy a mandar por mi equipaje. (Mirando el reloj) ¡Con un poco de suerte. Todavía puedo alcanzar el tren! (Mutis por el pasillo lateral del teatro donde entró)

PAUSA

MERCEDES: (Con angustia) ¡Oh Dios!

LUPE: (Resignada) ¡Se ha ido!

SE OYEN LAS CAMPANAS LLAMANDO AL ROSARIO)

MERCEDES: (Arrojándose a los brazos de Lupe) ¡Títa!

LUPE: Se fue pálido, angustiado, su frente denotaba pensamientos graves, pesimistas, tenía la tristeza escrita en la mirada y los labios le quedaron amargos. ¡Pobre Emilio!... ¡Y se va a mojar! ...

CONCHA: (Aparece por el frente, secándose las gotas de lluvia)

MERCEDES: ¿Y tú? ¿Y tú? ... ¿Qué va a ser de ti ahora?

LUPE: (Acariciándole el cabello) ¿Yo? ... He aprendido a contentarme con mi destino, a sonreírle al dolor, a abrazar la desgracia. ¡Volveré a rumiar a solas mi pan de ansias!

CONCHA: ¿Se ha ido? ¡Eso es mejor que angustiarse por algo que nunca acaba de llegar!

MERCEDES: (A Lupe) ¿A solas? ¿No he sido acaso la confidente de tus anhelos, la depositaria de tus esperanzas?

TERESA: (Sale por la derecha y se queda escuchando)

MERCEDES: ¿No hemos revivido ambas tus recuerdos, cuando el sol convierte en polvo de oro, el agua de la cascada? ¿No hemos temblado juntas leyendo sus cartas? ¡Volveré a compartir mi alma con la tuya!

HA TERMINADO DE ANOCHECER. LA LLUVIA ARRECIA.

TERESA: ¡Emilio!

MERCEDES: Y en las tardes de invierno, junto al balcón, volveremos, como dos pollitos que se aferran al nido, tú a tejer sus suéteres, yo a leer sus versos. ¡Y las dos llevaremos tu desaliento por la ilusión perdida, las dos esperaremos que tu dolor se

disuelva en lágrimas, y en este camino tuyo sin fin y sin mañana, Mercedes abrirá los brazos, para cobijar juntas, de nueva vez, los ensueños de amor.

CONSTANCIA: (Llega por el frente, a Concha) ¿Qué está diciendo la mosquita muerta?

LUPE: (Tomándola de la barbilla suavemente) ¿Luego son también tus sueños? ¿También sufrirás tú?

MERCEDES: Nada ha cambiado tía Lupilla, ni mi alma, ni mi suerte. (Con profunda pena) ¡Sólo es que quizá habrá una muchacha menos!

TERESA: (Adelantándose hacia Lupe) ¡No te dejaré sola Lupilla! ¡Venía a decirte que no me voy!

LUPE: (Abrazándola) ¡Tere! ¿Y tu vocación? ¿Y tu llamado?

TERESA: Dios me quiere aquí contigo. Respetemos su voluntad.

MARGARITA: (Saliendo de la izquierda con la Nana detrás) ¿Y a mí, podrán aceptarme después de lo que hice? (A Concha) ¿Me perdonarán al fin?

LUPE: ¡Mago! ¡Mi pequeña y buena Mago!

CONCHA: ¡Qué bueno que regresaste! ¡Debemos estar todas juntas!

NANA: Siempre dije que era una chifladura de muchacha. ¡Ya se le pasó!

CONSTANCIA: Ahora debemos pensar en no separarnos nunca. Volveremos a levantar la tienda, que hemos tenido últimamente muy descuidada. Mañana arreglaré los aparadores.

MARGARITA: ¡Y yo acomodaré la mercancía! ¡Y les sacaré dinero a los rancheros ricos!

SE OYEN NUEVAMENTE LAS CAMPANAS LLAMANDO AL ROSARIO.

TERESA: Están llamando al rosario. Ya es la tercera.

SE OBSCURECE TODA LA ESCENA, QUEDA ILUMINADO UNICAMENTE EL ALTAR DE LA VIRGEN. LAS MUCHACHAS VAN TOMANDO UNA POR UNA SU VELO, SU ROSARIO Y UN CIRIO QUE ENCIENDEN)

LUPE: ¡Mercedes!

MERCEDES: Tía Lupilla ...

LUPE: (Con dulzura) ¡Tú ya no vendrás más!

MERCEDES: ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¡Yo nunca te he traicionado!

LUPE: Lo se tontita, lo se. ¿Pero no te has dado cuenta de que somos demasiadas mujeres en esta casa? ¡Vete con él!

¡MERCEDES: ¡Lo odio tía Lupilla, lo odio!

LUPE: El amor es tan absurdo que corroe el cariño y el odio; y después ya no sabemos cuales son las fronteras de lo uno ni de lo otro.

MERCEDES: (Resuelta) ¡No me casaré con él! ¡Nunca llegarías a perdonarme!

LUPE: Es más fácil perdonar que perdonarse. Y además, tú no eres culpable. Confundir el amor con el cariño, se paga caro.

MERCEDES: No me iré aunque me echés. ¡Aunque me corrieran todas!

CONCHA: ¡Lupe! ¡Es mi hija!

LUPE: ¿Y qué otra cosa ha sido de mí?

MERCEDES: ¡Tiíta! ¡tiíta! ¡No me quiero ir tiíta!

LUPE: Ten valor. El hará tu felicidad. No te quedes cómo el agua dormida: silenciosa, estancada, sucia. ¡No te quedes aquí, a la mitad de este pueblo sin alas, de este río muerto, lleno de sombras! ¡Se cómo el agua que corre, que canta, que ríe, agua que se vuelva hijo, amor y vida!

MERCEDES: (Llorosa, se queda a la mitad del escenario, una luz blanca, cae sobre de ella, permanece indecisa, Emilio vuelve, atraviesa el pasillo, sube las escaleras; y se queda en el costado izquierdo, sin atreverse a avanzar hacia ella, la mira intensamente y con angustia le tiende los brazos. Dentro, se supone que ha comenzado el rosario y la procesión de éste, el órgano y los fieles entonan un cántico, las hermanas formadas una tras otra con los cirios prendidos, desfilan lentamente hacia el fondo, mientras corean los estribillos, se escucha la voz del recitador, diciendo las últimas estrofas del poema.)

CANTOR DENTRO: (Con acompañamiento de órgano)

¡Cantemos al amor de los amores,
cantemos al Señor,

Dios está aquí, venid adoradores.

Adoremos a Cristo Redentor!

TODOS:

¡Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra,

Benedicid al Señor, honor y Gloria a Ti,

Rey de la gloria, amor por siempre a Ti, ¡Rey del amor!

RECITADOR: (Dentro)

Os amo pobres flores de juventud marchita:

Lupe, Concha, Constanza, Teresa y Margarita,

que os conformais con vuestro monótono vivir,

y que en las plácidas horas

de quietud vespertina,

alargais las miradas

a la próxima esquina,

soñando con el novio

que nunca ha de venir.

Lenta, muy lentamente, cae el telón.

EDWIN LUGO

EL ARCANGEL

Monólogo en dos actos sobre la vida y obra de
Ramón López Velarde

“Todo hombre se parece a su dolor.”
André Malraux.

PROLOGO (SUGERENCIAS PARA UN ACTOR)

Representar a Ramón López Velarde conlleva la enorme responsabilidad de concordar un tipo físico, una edad cronológica y un peso escénico; condiciones que aunadas a una preparación amplia, dominio del oficio teatral y un meticuloso análisis psicológico del personaje, así como al entorno y la época en que vivió, redundarían en un aceptable desempeño actoral.

Es preciso además tener una plena conciencia de que se es portador de la imagen de un hombre irrepetible cuya personalidad única es la suma de talento, sensibilidad, imaginación, cultura, dominio extraordinario del idioma; y una inteligencia y capacidad sentimental verdaderamente extraordinarias.

.El actor que represente a López Velarde, debe estar conciente que reencarna a uno de los máximos vates de México; y que México es un país de poetas.

Rafael López, rapsoda guanajuatense y contemporáneo de Ramón lo describe así: “Era un muchacho que ostentando una auténtica aristocracia espiritual, llevaba implícito el sello inequívoco de ser una buena persona, lo que le atraía la simpatía y la voluntad de cuantos le conocían. Caminaba lentamente, siempre erguido, poseía un tipo muy varonil, sus ademanes solían ser acompasados, casi majestuosos, la sonrisa fluía encantadora; el hablar cortés y recatado; y las palabras medidas y parsimoniosas. Era dueño de unas manos largas, renacentistas, que acostumbraba en ocasiones reclinar sobre el pecho, con un gesto que semejava la intención de un juramento que no osaba pronunciar, y con el que parecía reafirmar la verdad de cuanto hablaba. Agreguense a ello: elegancia, pulcritud, que sin llegar al dandismo le valía ser muy bien recibido en todos los círculos intelectuales y sociales de su época. Verle transitar por Plateros (Hoy Avenida Madero) o escucharle una clase de Literatura de las que impartía regularmente en la Escuela Nacional Preparatoria, implicaba una vivencia grata e inolvidable.”

Que el actor recoga este reto, que conlleva la meritoria tarea de revivirlo, y que tenga presente en todo momento, que se trata de un símbolo de la cultura nacional y como tal le impone el deber de cifrar en su quehacer escénico su pasión y su respeto en la privilegiada tarea de recordar al público al provinciano noble,

íntegro, en cuya persona residieron los más altos valores que adicionan lo que somos como nación, como pueblo, como raza, en una palabra como mexicanos.

EDWIN LUGO

ACTO PRIMERO

Se apagan las luces de la Sala y de la Escena. Inmediatamente se escuchan los primeros compases del vals vienés “Ondas del Danubio”, interpretado por la Banda Municipal de Jérez, Zacatecas; predominan los metales y las percusiones que acentúan el ritmo. Se desvanece la música.

Al levantarse el telón la escena aparece obscurecida, predominando sólo la luz de una vela a punto de consumirse, que irradia una penumbra amarillenta.

Sonido de lluvia copiosa

VOZ DE RAMON (Trémula, agonizante)

Ven madre mía; y llora en mis manos que

quiero llevarme tus lágrimas.

VOZ DE TRINIDAD BERUMEN

VDA. DE VELAR

DE : (Suave, muy amorosa)

¡Estoy contigo, hijo mío! ¿No me sientes?

Relanpaguea

Sonido de trueno ronco y profundo

VOZ DE TRINIDAD BERUMEN VDA.

DE VELAR

DE:

¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijito! (grito con desgarrado acento)

¡Hijo! ¡Hijo mío!

Cesa de un golpe la música

VOZ DE PEDRO DE ALBA :(Fuerte, pero con intenso dolor)

Ya no puede oírla.

Señora. Don Jesús. Aurora. Lupita.

¡Mucho valor!

¡Ha muerto Ramón López Velarde!

Voces, gritos, de dolor, llantos, sollozos.

VOZ DE PEDRO DE ALBA

(Dominando a las demás)

Don Pascual, Doña Trinidad, licenciado Alfonso Gravioto; tengan calma por favor. ¡Es la voluntad de Dios y debemos respetarla!

VOZ DE LUPE: ¡El fue siempre muy devoto!

VOZ DE AUROSA: (Trémula, sollozante)

Señor: Tú nos lo diste. Tú nos lo quitas. ¡Recíbelo en tus brazos amantísimos!

VOZ DE PEDRO DE ALBA: Por favor Leopoldo, el señor diputado Jesús González se halla en la habitación contigua con el profesor Rafael López, tenga la bondad de comunicarles esta infausta noticia, y usted Guillermo despierte al pintor Garduño quién se quedó dormido sobre el sofá

de la sala.

Redoblan los llantos y los sollozos.

VOZ DE PEDRO DE ALBA: ¡Animo!
¡Mucho ánimo! Señor Enrique
Fernández Ledesma (Conmovido) ¡Usted
era como su hermano!

Se escucha suavemente el vals “Ondas
del Danubio”

Ciclorama

Se enciende paulatinamente la escena.

RAMON: Avanza con pasos lentos,
vestido con impecable traje negro,
camisa blanca con cuello de paloma,
corbata negra con lunares blancos, lleva
el cabello ensortijado, el bigote
cuidadosamente recortado, y luce una
figura muy pulcra y elegante.

Sí, el aturdido mozalbete, era como mi hermano. (Se adelanta al proscenio) Y ustedes ... ¿Quiénes son? ¿Por qué no me hablan o más bien por que yo no puedo escucharlos? (Reflexionando) Entonces ... ¿Es verdad? ... ¡Ya no somos iguales! (Recuerda) Efectivamente ... perdí el cuerpo físico aquella madrugada del diecinueve de junio de mil novecientos veintiuno, víctima de la tenaz pneumopleuresía que me afixiaba como un garfio implacable. La intensidad de la vida es igual que la intensidad de la muerte. ¡Hoy sólo poseo el cuerpo astral! Así se cumplió la predicción que me hiciera aquella gitana en el Salón Bach, unos días antes. Apenas me divisó, vino directamente hacia mi y se adueñó de mi mano izquierda para leerla, sin mediar mi voluntad. -¡Amas mucho a las mujeres! -

Me dijo- pero les tienes miedo ... y también temes ser padre. Después ... ¡Qué larga y terrible agonía! Empecé a enfermarme desde aquella fría noche del siete de junio. Había salido del teatro y me dirigí a cenar, como solía hacerlo habitualmente en “La Mallarquina”, allá por la Avenida 16 de Septiembre, en compañía de mis camaradas. Cuando salimos, me rozó en el rostro un aire helado. ¡Me estremecí! Y para conjurarlo me puse a conversar sobre Montaigne.

Regresé a pie hasta mi casa, en el número setenta y cuatro de la Avenida Jalisco, debí pescar mucho frío pues esa misma noche, horas después, comencé a sentirme indispuerto.

Mi hermano Jesús, el médico, me atendió pronto, pero no me reveló la gravedad del mal, aunque fruncía el ceño con preocupación.

Luego vinieron aquellos días interminables sin poder dormir, retorciéndome sobre los almohadones, bebiendo té, inhalando tizanas caseras, soportando emplastos, tragando píldoras y cucharadas. ¡Aferrándome con desesperación a la vida, mientras escuchaba cada más cerca los inequívocos pasos de la muerte! ¡Hasta que llegó por fin!

El viaje siempre concluye donde ha sido señalado.

Es la ley del Karma.

Yo que oré tanto por la paz de los difuntos, ahora soy uno de ellos.

Imaginaba de pronto, que pisaba el umbral del temido día en que se habrían de ajustar las cuentas a mi alma; y empecé a sentir miedo, tal si aún me alcanzaran, con los consabidos arrepentimientos, las advertencias del confesor del seminario, el horror de la

condenación eterna, pagando así la esclavitud por la mujer cuando debí haber sido sólo un súbdito de Dios.

Deploraba mi libre albedrío, pero un sueño misericordioso me fue sumergiendo en algo gris y blando, cual una agua deliciosamente tibia que me cobijara.

Sentí que flotaba , que viajaba en un tren que había partido de mi pasado y cuyo destino era arribar a la estación de la nada. Qudé atrapado en una duermevela extraña. A lo lejos percibía: gritos, lamentos, sollozos. No se cuanto tiempo estuve así. Los minutos de la eternidad deben tener una medida diferente; de repente me percaté por algo que no eran mis ojos, de una luz potentísima, que sólo podía ser irradiada por una piedad infinita, por un inmenso amor, tan grande, que la suma de todos mis afectos no formarían la partícula de un rayo; lejos de aterrorizarme, permití que se instalara completamente en mí.

¡Y supe que era una criatura de Dios!

Que el día que morimos, sólo reiniciamos el largo sendero hacia lo eterno, que lo inconmensurable, tan lejos de nuestra comprensión está sin embargo demasiado próximo a nosotros; y que lo verdadero y lo real, no son siempre lo mismo.

Constaté que al hombre le es prestado un físico, un entendimiento, una vida y un corazón, como le son permitidos unos amigos, una mujer para que cuando llegue a amarla demasiado deba devolverla.

Cómo en un sueño de opio, donde la clarividencia se revela y vuelve todo sencillo y aligerado de pesares, me he cerciorado que los muertos tienen todavía muchas vidas por delante. ¡Somos escolares con muchos grados por cursar!

Se pone una mano sobre el pecho,
Para atestiguar como un juramento.

También hoy se que la muerte no existe, y que es sólo una pausa breve para cambiarnos de traje, y que lo verdaderamente espantoso sería dejar de vivir; descubrí que los desencarnados giramos en derredor de los que aún viven, aunque no consigamos a pesar de muchos esfuerzos hacernos reconocibles y darles una idea de nuestra presencia para poder ser percibidos.

Ya no poseemos tiempo ni espacio. Sólo tenemos amor. ¡El amor que hace soportables todos los mundos!

Por amor, me ha sido hoy permitido volver sobre mis pasos. Romper el dique férreo de mi discrección, la identidad de los afectos que tan celosamente guardé.

Y por amor a ustedes, que aman mi poesía y me recuerdan con afecto; y que son mi nación, mi raza, mi patria; he tornado para cotejar mi obra literaria con mi vida, a reconciliar lo que escribí, con mi realidad de hombre y de artista, a volver a amar a la que amé, y a las que creí querer, porque la historia del hombre, es la biografía de sus afectos. ¡Por qué el amor es el único éxtasis de todos los mundos! y sin el, la misma eternidad ¡Lloraría!

Vengo de esa paz de Nirvana que intuía Nervo, donde no hay deseos ni esperanzas, ni nada fatiga, y el pasado es un viejo albún amistoso, y aunque los recuerdos han turbado mi sosiego, yo he regresado para volver a vivir, a gozar, a sufrir, a esperar y amar ¡Tan sólo por ustedes! Como una respuesta a su devota preocupación por recordarme, a su interés por develar el secreto de un poeta.

Ustedes concluirán si fuí un místico, un rapsoda o mejor ¡Sólo un hombre!... con las ansias de Dios en el alma ¡Y una inacabable sed de besos femeninos en el

Aumenta la intensidad del vals corazón!
“Ondas del Danubio”.

El cilorama se descorre; y aparece
Plenamente iluminada la habitación
De RLV en la ciudad de México.

ESCENOGRAFIA

Habitación de Ramón López Velarde, en la casa que ocupaba con su familia, en el número setenta y cuatro de la Avenida Jalisco, hoy avenida Alvaro Obregón en la ciudad de México.

Cama de latón con cubrecama y almohadones, a un lado buró con lámpara de pantalla verde, y elretrato de Josefa de los Ríos.

En la derecha balcón practicable incluyendo cortinas.

A la izquierda un pequeño escritorio y silla de madera, sobre este: carpeta, plumas de manguillo, tintero, lámpara, periódicos, papeles, libros, etc. a un lado librero con muchos volúmenes, sofa y sillones de bejuco.

Se ambientará la escena con alguna estatuilla de bronce, un candil, un crucifijo sobre la pared en que se recarga la cabecera de la cama, retratos de familia, cuadros con paisajes de Zacatecas Aguascalientes Jérez y con fotografías de principio del siglo veinte.

Un tapete chino, alguna tetera y objetos a discrección del escenógrafo, para conceder a la escena la cronlogía inherente. En un extremo del escenario banca metálica de parque obscurecida, pero con luz para poder encenderse en un momento señalado.

Sobre una silla con respaldo y asiento de bejuco, muy de uso a finales del siglo pasado, aparece Ramón, con la pierna elegantemente cruzada, mientras su mano izquierda descansa sobre el muslo, con la derecha sostiene la cara reclinada sobre los dedos abiertos. Habla despacio hilvanando los recuerdos.

El vals “Ondas del Danubio”, suena como fondo, suavemente.

Diapositiva: Paisaje de Jérez Zacatecas, hoy
Ciudad García.

Vine al mundo un viernes a la una de la mañana, del quince de junio de mil ochocientos ochenta y ocho, en Jérez, Zacatecas.

Diapositiva: escena hogareña en la modesta sala provinciana. El marido lee en tanto que la esposa borda, mientras los chicos juegan a su alrededor.

Fui hijo del licenciado Guadalupe López y de Doña Trinidad Berumen. Me bautizó, mi tío, Inocencio López Velarde y me pusieron además los nombres de José y Modesto de los que nunca volví a acordarme. Tuve hermanos: Guadalupe, Aurora, Pascual, Trinidad, Leopoldo, Guillermo y Jesús, nacido dos años después que yo; también tuve abuela, madrina, y cuatro tías solteras: Dolores, Elena, Margarita y Josefa. Mis primeros días transcurrieron plácidos, y aún asoma a mi mente, cual una imagen muy borrosa, por cierto, la reminiscencia de mi madre, con el cabello que le caía hasta la cintura o lo compendia en un chongo; quién solía sentarse sobre una silla rinconera, en la puerta de nuestra casa; para tejer una inacabable servilleta de gancho, mientras yo jugaba a su alrededor, y mi tías Soledad, Susana Jiménez, Isabel Juárez y Pepa de los Ríos, celebraban jubilosas mis balbuceos infantiles.

Diapositiva: Escenas de la casa de RLV

Diapositiva: Campanario, atrio y fachada de la iglesia de Jérez.

Por la mañana solíamos despertarnos al repique de las campanas parroquiales que preludiaban el nuevo día.

Diapositiva: Nido de pájaros arrinconado en algún hueco de la torre o fachada del templo. Se escucha canto de gallo, mugido de vaca, relinchos y rebusnidos. Se levanta RAMON y va hacia los balcones cuyas puertas abre.

Una algaraza de gorriones que anidaban sobre el tejado de la iglesia próxima interrumpía el silencio mañanero con su crujir de alas y gorjeos.

El sol, como una enorme hostia encarnada brotaba de los montes, que parecían parirlo.

No tardaba en aparecer, con su inseparable asno, el lechero provisto de sus botes y cuartillos, el camotero con su batea de calabaza enmielada, mientras el

santo olor de la panadería impregnaba el ambiente todavía saturado con el aroma del huele-de-noche.

Mi madre era madrugadora, y aún no cumplía los cuatro años y ya me sacaba del lecho desde temprana hora, en aquellas mañanas frías y azules.

Silenciosos, atravesábamos las callejas solas y oscuras, bajo el cielo azul pizarra para ir a misa.

No recuerdo cuantas veces me habré quedado dormido durante la epístola, pero al final, cuando el sacerdote impartía la bendición con su mano blanca y regordeta, yo ya estaba bien despierto.

Diapositiva: Algunas escenas de Misa en la iglesia provinciana.

Voz gangosa del sacerdote cantando en la misa, responde el coro.

Sac: Per omina secula secolorum.

Coro: Amén.

Sac: Dominus vobiscum

Coro: Et cum spiritu tuo

Sac. Ite misa est.

Concluye el órgano majestuosamente.

Diapositiva: Cúpula de iglesia antigua.

.

Se escucha un coro femenino:

Oh María, madre mía,
oh consuelo del mortal,
amparadme y llevadme
a la patria celestial.

Diapositiva: Altar iluminado, incluyendo

Pronto me hice acólito en San Diego. Demasiado temprano comenzaron a atraerme el oro viejo de las iglesias, el misterio de los cálices y copones, los terciopelos púrpuras, los candelabros de bronce, las imágenes religiosas, eclesásticas, teológicas, litúrgicas o devocionales.

En aquellos días trepé muchas veces a lo alto de los campanarios, contemplé las cúpulas esmaltadas, luciendo la impecable simetría del azulejo; me extasié ante las imágenes de los santos lacerados, de los apóstoles barbudos, de los rubios ángeles sin sexo, bellos, sublimes; y me sonreí frente al fondo azul de una estampa de la Virgen, meciendo al Niño, en el apacible hogar de Nazareth, mientras cantaban las niñas del Orfeón Parroquial.

Pasé la infancia entre las albas blanquísimas, capas pluviales doradas, mitras, casullas y cíngulos de colores según el ritual de cada día; misas de tres ministros, sermones, confesiones, ejercicios espirituales, novenarios,

custodia, floreros, candelabros con velas, etc.

Altar iluminado incluyendo custodia, floreros, candelabros con velas, etc.

Se escuchan los esquilones que se usan en la bendición con el Santísimo. Se escucha música de órgano. Se esparce incienso por el escenario

Se escucha un coro de niños:

“Vamos niños al Sagrario,
que Jesús llorando está,
pero viendo tantos niños
muy contento se pondrá.”

triduos, visitas pastorales, horas santas, procesiones y rosarios.

Llegué a repetir de memoria las cincuenta y dos lecciones del catecismo del Padre Gaumen, los veinte misterios, los mandamientos, estaciones, viacrucis, virtudes cardinales y teologales, pecados veniales y mortales y Hechos de los Apóstoles. Gustaba aspirar el olor a incienso, mientras vestía mi sotana roja bajo el sobrepelliz blanco y almidonado y portaba el estandarte de la Virgen de la Soledad en las procesiones de desagravios cuando se entona el Miserere o el Alabado. Me habitué al olor de la sacristía, en cuyos guardarropas se guardaban los manteles bordados por las esclavas del Santísimo, listos para usarse en los jubileos o misas de función que venía a presidir el señor obispo, a quién con humilde reverencia le daba a leer el misal rojo con letras góticas doradas, mientras el órgano retumbaba en un crescendo en el coro.

Aprendí el calendario de las festividades religiosas, la severa cuaresma con los santos cubiertos de paños morados, la ceremonia del lavatorio de los pies el jueves santo, cuando Jesús es adorado en la custodia resplandeciente surcada de esmeraldas, mientras las beatas encorvadas, tan viejas como sus escapularios, rezaban entre el chisporroteo de los cirios, con los brazos en cruz; los sermones patéticos que arrancaban conversiones y lágrimas; y el ofrecimiento de flores por las candidas chiquillas

en el mes de mayo, en que el altar oloroso a nardo, esplendía como un astro soberano en un firmamento surcado de estrellas, y la Virgen halagada parecía sonreír desde su camarín. Sólo unos años

Se escucha un giterío de chiquillos,
deletreando las vocales.

Diapositiva: Con paisaje campirano.

Se escuchan sonidos de campo: canto
de grillos, balido de ovejas, etc

Se escucha el rumor de las aguas
por el río.

DIPOSITIVA: Río o arroyo.

después empecé a seguir a las mujeres
que salían de la iglesia,

A los seis años ingresé a la escuela
Morelos donde me enseñaron las
primeras letras y me acomodaron el
apodo de “El cabezón”, más tarde escribí
una prosa que titulé “La escuela de
Angelita” donde recreaba mis recuerdos.
De esos días aún persisten las imágenes
que nunca se babrían de desteñir de mi
memoria. (Recordando)

“Eramos aturdidos mozalbetes
blanco listón al codo,
ayes agónicos,
niños atolondrados y juguetes.

Enrique, inquieto como yo, fue el
compañero inseparable de las correrías
infantiles. Caminábamos en las tardes
soleadas, cuando el sol iluminaba el
valle, vistiendo las laderas de azul y
verde, mientras las nubes de mármol
parecían suspendidas en el cielo por una
fuerza invisible. El calor sofocante nos
inducía a reposar bajo un ahuehuate
frondoso; y en tanto el sol quemaba la
hierba, agrietando la tierra; y las liebres
corrían asustadizas nos sorprendía el
cinto violado de los crepúsculos. En
agosto llovía, las márgenes del arroyo se
cubrían de césped y flotaba en el aire un
vaho de huerta cosquilleando el apetito.
Las gotas cristalinas caían con regular
persistencia sobre los ocotes y
saucedales, algún campesino provisto de
yunta y arado, que nos saludaba
mostrando sus dientes blancos, otras
perseguíamos hasta caer rendidos alguna
mariposa, mientras la hojarasca se
retorcía consumida entre las llamas y una
columna de humo se elevaba al cielo. ¡Y
yo intuía que todo cuanto me rodeaba,
llegaría a ser material para mis poemas;
y que un día el arte hablaría por el

DIPOSITIVA: mostrando escenas campestres, valle, sembradíos, yunta, etc. paisaje! Porque la creación es una química excitante. (Recordando con deleite)

“Por las tapas, la verdura
del jazmín cuelga a la calle
y respira todo el valle
melancólica ternura.
Asomarán la frescura de tus carrillos
sedeños
Los jardines lugareños
y en las azules mañanas
llegarán a tus ventanas
en enjambres, los ensueños.”

DIPOSITIVA: Pozo y brocal.

Pero mi primera aventura ocurrió en mi propio hogar, cuando asomándome al viejo pozo que había en casa, sorprendí como se retrataba en sus aguas, un espléndido lucero, por las noches.

“El viejo pozo de mi vieja casa,
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces
se clavaba de codos, buscando el vaticinio de la tortuga, o bien el iris de los peces
en un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces.”

Vals “Ondas del Danubio”, muy quedo

Luego llegaron -demasiado pronto a mi vida- las dulces turbaciones que liquidaron aquella paz.

Mi prima Agueda, solía venir a pasar el día en casa. Era dueña de unos ojos verdes, mejillas rubicundas y nos regalaba con un cestillo de manzanas y algunos racimos de uvas, que mi madre colocaba solícita en el viejo armario del comedor. Siempre vestía de negro, con mantilla del mismo color, y el viernes santo no usaba ninguna alhaja. Yo la miraba embelesado y el timbre caricioso

de su voz se instalaba largo tiempo en mis oídos. Cuando se iba, me quedaba triste. El amor es un arrayán agrídulce.

Después conocí a Elisa Villamil, la hija del enjuto médico a quien después escribiría “Alma Viajera” y la “Crónica de mis días de cachorro”, luego sucesivamente fueron apareciendo como el bouquet de un licor prohibido: Isabel Suárez, Natalia Pezo, Lupe Azcona y Sofía Elizondo.

VOZ FEMENINA:

DIPOSITIVA: Presidencia Municipal de Jérez, o edificios antiguos.

“De aquella planta que regamos juntos, eran cófrades la senil vihuela, los pupitres manchados de la escuela, la bíblica muchacha que adoraste, los días uniformes, al contraste de un volumen de Bécquer y Fabiola.”

Las tardes de los sábados, después del catecismo iba con Enrique a jugar a la Plaza de Armas. ¡Y como nos divertíamos con nuestras inocentes travesuras!

VOZ MASCULINA:

“Plaza de armas, plaza de musicales nidos, frente a frente del rudo y enano soportal. He aquí que te interroga un discípulo fiel,

a tus fuentes cantantes y a tus prados umbríos,

¿Qué se hizo Plaza de Armas el coro de chiquillas que conmigo llegaban a las tardes de asueto del sábado, a tu kiosko y que eran actrices de muñeca excesiva y de exiguo alfabeto?

Diapositiva: Fuente de jardín provinciano.

Entonces yo olvidaba los pedazos de plomo disfrazados de soldados, aquellos que poblaron mi niñez de heroísmos, el trenecito que rodaba en las calzadas del jardín, los barquitos de papel que hacía flotar en la fuente musgosa; y jugaba a

Diapositiva: Retrato antiguo de muchacha.

ser hombre, y corría al encuentro de una Genoveva treinteañera, cuya proximidad agitaba mi corazón a tal grado, que suponía que se me iba a escapar por la camisa. Apenas conseguía separar los ojos de su figura, de su vestido, hechizado entre un asombro sin límites. ¡Solo era un escolar de pantalón corto, con los dedos manchados de tinta sujeto a la suave tutela familiar!

Mi padre era un hombre circunspecto, mi madre se contentaba con ser discreta. ¿Quién de los dos pudo haberme inoculado el virus divino de la voluptuosidad?

DIAPPOSITIVA: Reloj de Torre..

Los minutos se acortaban contemplándola y el reloj de la torre anunciaba las nueve de la noche.

VOZ FEMENINA:

“Antiguados relojes del curato, cuyas pesas de cobre, que retardaban con intensidad pura por aplazarse indefinidamente la primera amargura”.

Yo emprendía el regreso a casa, tan inquieto, que sin medir el enojo paterno, daba una vuelta por el Jardín Juárez para tranquilizar mi espíritu. ¡Oh!, ¿Cómo no amar esas horas con sabor antiguo? ¿Cómo olvidar el aroma del guayabate? ¿De la hiedra trepadora, del almidón y de los fresnos, de la compota, la yerbabuena y los vasos de chía? ...

DIAPPOSITIVA: Jardín de Jérez, Zacatecas.

Mi espíritu siempre deambulará plácido por la parroquia de la Virgen de la Soledad, por el Santuario, por el jardín Rafael Paez, por esas tardes, cuando la piedra y el tepetate guardan celosos la tibieza fiel del sol mañanero, por los potreros donde reposan los animales rumiando sus grandes bocados de hierba, por la tierra recién arada, por las laderas

Se desanece totalmente el vals
“Ondas del Danubio”

como terciopelo verde, por la capilla desierta, encaramada sobre una colina a la mitad del valle.

(Pausa)

Hacia mil ochocientos noventa y ocho, mi padre recibió el nombramiento de notario, actividad en la que no prosperó, pues fue boicoteado por los abogados locales. Acababa de cerrar un gobierno anti-clerical la escuela que dirigía en Zacatecas, y vivíamos consumiendo la herencia de mamá. Tuvimos que trasladarnos a Aguascalientes donde me inscribieron en la escuela de don Sóstenes Olivares. Con pesar infinito dejé Jérez, no sin antes escribir sobre una de las paredes de mi casa:

“Ya me voy de esta ciudad querida,
donde todas las dichas viví.”

La ciudad hidrocálida me acogió sonriente. Yo era un chiquillo dócil, asombrado del misterio de la vida.

Cuando cumplí doce años me compraron en el almacén oloroso a ropa nueva, mi primer pantalón largo, requisito para ser admitido en el I Seminario Conciliar de Zacatecas que dirigía el padre Domingo de la Trinidad Romero, un sacerdote feo, miope, con la cara medio paralítica y que usaba gruesas antiparras, allá, mientras acostumbraba mis ojos a la cantera domada de la calle de la Cala, conocí al doctor Pedro de Alba y estudié Humanidades dos años, hasta que en mil novecientos uno retorné a Aguascalientes para matricularme en el Seminario de Nuestra Señora de Guadalupe.

Tiempos tristes, cenicientos, continuación de mi vida de acólito. Viví en un interrumpido claro-oscuro; transitando por los corredores largos, patios soleados, jardines mustios que

DIAPPOSITIVA: Vista antigua de Aguascalientes.

DIAPPOSITIVA: Vista interior del Seminario.

cuidaba un jardinero cojo, aulas de techo envidado, refectorio de paredes desnudas presidido por una cruz simplísima. Extrañé la amistad del padre Revelles, el buen cura jerezano que puso en mis manos los primeros libros de poesía y me contactó con Armando de Alba, Francisco González León y Armando Correa.

DIAPPOSITIVA: Imágenes religiosas.

Los seminaristas con el pelo recortado, solíamos ser alegres; y los prefectos adustos nos reprimían hasta las bromas más pueriles, los domingos salíamos del encierro con la cabeza baja, comíamos empanadas en el Portal de Rosales, visitábamos La Guadalajarita e íbamos a ver muchachas a La Encantada. Yo empezaba a amar desesperadamente la vida en mitad de aquella atmósfera de muerte. Recordaba las caras frescas y sonrientes de las chicas hidrocálidas frente a los rostros demudados de los enloquecidos de Dios, de las vírgenes suplicadas, las Dolorosas de luto perpetuo, los Cristos sangrantes protagonizando eternamente la Redención. Por las noches, en mi lecho de célibe, me asaltaban las visiones del Anima Sola, la lucha de San Miguel con el demonio o el martirio con las flechas de San Sebastián.

(Arrodillado, a un costado del confesionario)

Ave María Purísima.

DIAPPOSITIVA: Confesionario.

(Pausa) Hace una semana que me confesé.

(Pausa) Acúseme padre de pensar con demasía en las mujeres.

(Pausa) Acúseme de soñar en la hora del Agnus Dei.

(Pausa) Acúseme de rezar rápidamente el rosario, para recrearme en esos pensamientos de pecado. (Pausa)

Acúseme de no poderlo evitar. (Con desesperación) ¡De vivir en falta y con el alma desgarrada por el arrepentimiento!
(Se levanta del confesionario)
“Hoy que la indiferencia del siglo me desola,
se que ayer tuve dones celestiales de continuo
y con los ejercicios de Ignacio de Loyola el corazón sangraba con el dardo divino. Feliz era mi alma sin que estuviera sola, había en torno de ella pan de hostias, el vino de consagrar, los actos con que Jesús se inmola y tesis de Boscio y de Tomás de Aquino.”

(Pausa)

No obstante decidí que no podía ser un místico; y el padre Revelles me aconsejó seguir los dictados de mi corazón. Empezé a escribir, evadiéndome por la puerta azul de la poesía. Lei a Virgilio, Ovidio, Sófocles y a escondidas a Baudelaire. Pronto me fueron familiares los metros, las fórmulas verbales, las metáforas, miágenes y adjetivaciones. ¡La vasta herramienta de la expresión! Me deleitaba en las clases de latín y dormía con un libro del poeta laguense González León, al que mi maestro de retórica llamaba “El capellán”. Empezé a brillar por mi aplicación y con los “Perfectamente bien” se pusieron esperanzas en mi persona, pero yo vivía con el corazón necesitado de adorar; y el destino me hizo vivir con demasía el néctar prohibido del amor y la zozobra.
(Recordando, con delectación)

Fue en las vacaciones a mediados de octubre de mil novecientos dos, cuando torné a mi terruño, estaba cambiando de voz ¡Y volver a verla me agobió de

Se escucha nuevamente el vals
“Ondas del Danubio”

DIAPPOSITIVA: Retrato de Josefa de los Ríos.

felicidad! Ella tenía veintitrés años, yo quince. ¿Su nombre? Josefa de los Ríos. Era cuñada de mi tío Salvador, hermano de mi madre; y cuando no pasaba en la casa campirana frente a la ex-hacienda de “La Ciénega”, rodeada de huertas y corrales, solía tocar el piano en las veladas. ¡Una inagotable ternura fluía de sus ojos, de sus palabras! Al recordarla se me despiertan siempre extrañamente asociados, placer y amargura, entusiasmo y miedo. En su persona bullía ese misterio femenino inquietante y fascinador. Desde entonces la alegría de mis labios fue decir su nombre, y empecé a escribir la palabra mujer con mayúscula. Cuando estaba próxima a mí, me parecía que había en el aire un perfume, tal si un halo aromado la circundara y un hado invisible pusiese a su derredor, como en sordina, una melodía de encantamiento. ¡Al fin amaba! ¡La dicha del amor no tiene orilla! Yo supe al fin, que todos los ideales de nuestra vida sólo tienen un nombre de mujer; entonces, cuando la custodia con el Divino Verbo se elevaba al cielo, yo pensaba en ella y lejos de reprocharme una irreverencia, sentía que por ella, sólo por ella, podía llegar a Dios. ¡Ella era la pasión que soñaba, el delirio para vestirlo de poesía!

VOZ MASCULINA:

“Esa novia del alma con quién soñé un día,
fundar el paraíso de una casa risueña,
y echar pescando amores en el mar de la vida
mis redes, a la usanza de la edad evangélica
¡Es blanca como la hostia de la primera misa!”

Se escucha el vals más fuerte.

Nos encontrábamos en las noches de serenata, que amenizaba la Orquesta

DIPOSITIVA: escenas con serenata pueblerina. Kiosko, alameda, bancos, parejas, puestos, etc.

Típica Zacatecana de Señoritas recién llegada de su gira triunfal con el Circo Orrin, los jueves y los domingos a la luz de los mecheros de gas. El kiosko del jardín Hidalgo se iluminaba; y el latón imperial de los trombones y platillos se reflejaba en la comba. Los bancos dormidos de la alameda, parecían despertar de su letargo y se tornaban frescos y acogedores, disponiéndose a recibir el engalando muchacherío. Ecos de marchas poblaban el ambiente, surtiendo la imaginación de desfiles militares, vales importados de Shonbrunn hablaban de nostalgias y amores imposibles, Danubios azules fluían entre penachos de húsares y abanicos de opereta, las polkas agitaban las enaguas y las mazurcas brotaban de las amarillentas partituras que la batuta diestra volvía música.

¡Horas con sabor a charamusca y jamoncillo de leche y pepitoria Con olor desmayado de violetas, en que la luna parecía caminar en el firmamento; y los árboles agitados por una leve brisa, esponjaban sus follajes! Yo le rezaba a Nuestra Señora de las ilusiones con toda mi fe de adolescente; entonces llegaba ella, la presentida, con su vestido, largo que le llegaba hasta el huesito, como emergiendo de un nido de sueños.

(La ve llegar y corre a su encuentro)

Señorita ...

Estaba temeroso de que no fuera a venir.

(Pausa)

Me parece que hoy su rostro luce tan fresco que hará ruborizar a las flores y palidecer a las estrellas. ¡He aguardado tanto este momento!

Mientras esperaba le he buscado un nombre: ¡Fuensanta! (Pausa) No se ría, por favor ... Cuando se ama, se ama más

cada día. ¡ Y yo la amo! Amo el ruido de sus pasos, el sonido de la tela de su vestido, de su respiración, de sus movimientos...(Pausa) Hoy le he escrito estos versos. ¿Quiere oírlos?
“¡Oh, que gratas las horas de los tiempos lejanos, en que quiso la infancia regalarnos un cuento,
dormida por centurias en un bosque opulento
despertaste a la blanda caricia de mis manos
y después, sin que fueran los barbudos enanos
las almas en pena a turbar el contento del señorial palacio, en dulce arrobamiento
unimos nuestras vidas como buenos hermanos!”

Se desvanece el vals poco a poco.

(Queda mirando una banca del parque) . El amor es un relicario de recuerdos. A Fuensanta le escribí las Jaculatorias que antes dedicaba a la Virgen de la Parroquia.

A mi regreso a Aguascalientes me esperaban otras inquietudes: Enrique, Pedro de Alba, Rafael Sánchez Valdepeña y Romo Alonso se empeñaban en publicar una revista literaria a la que llamamos “Bohemio”. Enrique optimista y animoso mandó imprimir y pegar tiras de papel que decían: ¡Pronto aparecerá Bohemio! Cuando la empresa apenas era un proyecto. Yo escribí un poema que titulé “A Suiza” y firmé con el pseudónimo de Ricardo Wencer Olivares, la publicación nació en mil novecientos seis, después de arrostrar muchas dificultades. Por primera vez vi un verso mío impreso, pero apenas le di importancia. El amor era todo para mí y yo ansiaba escribir

otro poema, el largo poema de mi cariño inmenso.

“Me arrancaré mujer el imposible
amor de melancólica plegaria
y aunque se quede el alma solitaria
huirá la fe de mi pasión risible.
Iré muy lejos de tu vista grata
y morirás sin mi cariño tierno,
como en las noches del helado invierno
se extingue la llorosa serenata.
Entonces, al caer desfallecido
con el fardo de todos mis pesares,
guardaré los marchitos azahares
entre los pliegues del nupcial vestido”

Obesionado en el amor decidí renunciar a ser sacerdote y en mil novecientos seis me convertí en un estudiante preparatoriano alumno del Instituto de Ciencias de Aguascalientes.

Liberado del encierro del Seminario empecé a recorrer la ciudad, descubriendo los más apartados rincones; caminaba sobre los durmientes del ferrocarril que atravesaban llanuras y horadaban montañas, en los costados se hacinaban humildes viviendas, construídas de adobe y tepetate y techadas con cartón y hojadelata, yo me aventuraba lejos de la población hasta que algún convoy me obligaba a apartarme del terraplén, entonces miraba pasar la masa negruzca de una locomotora arrastrando su prole de vagones grises. El tren, era ese parar sin detenerse, ese estar quieto sin quedarse, y yo en cambio permanecía allí clavado, devorado por inquietud. Una tarde apareció ella, novia humilde, que frecuentaba entre silbatos, campanas, trepidar de locomotoras y señales de luces rojas y amarillas (Se sienta y

Campanillazos, silbidos de locomotoras, trepidar de vagones sobre las vías férreas, explosiones de vapor, ambiente de tráfico de estación ferroviaria.

DIPOSITIVA: Estación del ferrocarril en Aguascalientes.

DIPOSITIVA: Jardín provinciano.

DIPOSITIVA: Rieles sobre el llano.

Luz sobre la banca de un parque.
VOZ MASCULINA:

escribe)

“Perdón María. novia triste. No me condenes:

cuando oscile el quinqué y se abatan las ocho,

cuando el sillón te mezca, cuando ululen los trenes, cuando traves los dedos por detrás de tu nuca, no me juzgues más pérfido que uno de los silbatos que turban tu faena y tu recato”.

Porque ni aquel amor, ni muchos, podrán borrar la cicatriz que llevaba tatuada. Mi alma era cual un convento abandonado, donde brotan las flores silvestres de la nostalgia. ¡Y yo sufría! Con mi sangre caliente que hacía hervir mi sensualidad de hombre, con la imaginación perturbada de tentaciones, crucificado entre la mujer que adoraba y no tenía y el amor de Dios, siempre ausente, que no se manifestaba a pesar de mis ruegos; y bajo un enorme ciprés que lucía negro en la mitad de la noche recién sarabandeado por la tormenta, mientras la lluvia refrescaba un poco mi cabeza afiebrada yo escribía:

Diapositiva: Imagen de un ciprés copudo.

“Tus ojos tristes de mirar incierto, recuérdanme dos lámparas prendidas en la penumbra de un altar desierto. Humilde te ha rezado mi tristeza, como en los pobres templos parroquiales el campesino ante la Virgen reza. Te aspiraré con gozo temerario, como se aspira en un devocionario un perfume de místicas violetas.”

La poesía es otro lenguaje. Yo acumulaba poemas que en aquellas noches de insomnio escribía bajo la luz del quinqué, pero la vida exigía cumplir otros deberes; y en mil novecientos ocho ingresé a la Facultad de Derecho del Instituto Científico y Literario de San

Luis Potosí, contentando así el deseo de mi padre, quién bien poco alcanzó a disfrutarlo, pues moría el doce de noviembre del mismo año.

Una carta de Fuensanta, casi siempre tardía en respuesta a las mías: vehementes, apasionadas, y la lectura de los libros de Eduardo Marquina, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig y Andrés González Blanco, me conformaban, pero en mil novecientos nueve Fuensanta decidió terminar nuestras relaciones. Para los dos equivalió a un suicidio, yo presentí que a partir de entonces, ella sería arrastrada por un largo tránsito de dolor, víctima de la penosa enfermedad que padecía. En cuanto a mí, sabía que nada me quedaba, solamente la soledad, la angustia, la resignación a la que nunca me sometí totalmente.

La muerte de mi padre me obligó a buscar el sustento. Empezé a colaborar en algunos periódicos y revistas provincianos: “El Regional” de Guadalajara, que dirigía mi amigo Eduardo Correa acogió mis primeros artículos, después fueron “La Gaceta”, “La Novela Literaria”, y “El Defensor del Pueblo” de Lagos de Moreno, quienes albergaron mi pluma.

Pero entre clases y colaboraciones conseguí tiempo para asistir a las conferencias que Jesús Urueta sustentaba en el Hotel Saíenz, allí conocí a Pedro Antonio de los Santos, y al que fue mi maestro el saltillense Manuel Aguirre Berlanga, así como al doctor Zepeda del Club Maderista.

México reclamaba un cambio. La gente exigía justicia. ¡Ya no más opresión ni explotación para los pobres! Era preciso abatir la dictadura y sólo un hombre

Voces, gritos de muchedumbre.
Voces de ¡Viva Madero! ¡Abajo la
Dictadura!

DIPOSITIVA: Multitud congregada para escuchar a un líder.

Gritos de ¡Viva Madero! ¡Mueran los traidores! ¡Viva México!

Surge nuevamente el vals "Ondas del Danubio".

VOZ MASCULINA:

podía lograrlo.

(Tiende la mano y con profunda convicción)

Señor Madero: usted es la esperanza de un México mejor. Usted vale por su hombría más que los políticos sin sexo de la ciudad de México, donde están domiciliados tantos misérrimos individuos. Estoy dispuesto a colaborar con usted en el Plan de San Luis.

El dieciocho de noviembre de mil novecientos diez dio comienzo la revolución con la muerte de la familia Serdán en Puebla; y el veinte, el señor Madero convocó al pueblo a levantarse en armas.

El veintiocho de mayo de mil novecientos once, Porfirio Díaz renunció a la presidencia y un día después partió a Veracruz y al exilio.

Meses después, con benaplácito de mi madre y hermanos me recibí de abogado. A los pocos días me ofrecieron el puesto de Juez de Primera Instancia en Venado. Me recibió un perro trasijado, meneando la cola y con el hocico húmedo; pero conseguí alojamiento en una casa de huéspedes de la calle Zaragoza y me puse a trabajar. Mi vida era monótona sin más aliciente que los libros del doctor Enrique González Martínez: "Silenter" y "Senderos Ocultos". En una tertulia conocí a Guadalupe Nájera.

"Gemía el vals por ella,
y ella era un boceto
lánguido, unos pendientes
de ámbar, y un jazmín en
el pelo....

Gemían los violines
en el torpe quinteto,
Niña que me dijiste
en aquel lugarejo
una noche de tedio

confidencias
dondequiera que exhales
tu último suspiro discreto
nuestras vidas son péndulos.”

Después me acerqué a una agraciada lugareña: Teresa Toranzo. Pero la vida me tenía reservada otra sorpresa. Un viaje a la ciudad de México, que me cautivó inmediatamente, allí una tarde de domingo, en la casa del que había sido senador del porfirismo, Francisco Albéztégui, mi colega Manuel López Morín me presentó a una joven dueña de unos inusitados ojos color sulfato de cobre. Se llamaba Madgalena Nevares y era de San Luis Potosí.

Al triunfo maderista, el Partido Católico me postuló a diputado por Jérez, pero perdí las elecciones. Para recuperarme decidí venirme con mi familia a vivir en la ciudad de México. Llegamos en febrero de mil novecientos trece, empezaba a escribir mis colaboraciones en “La Nación” y “Pluma y Lápiz”, conseguí un empleo como secretario del Juzgado quinto menor; y nos alojamos provisionalmente en la calle de Dolores antes de instalarnos definitivamente en la Avenida Jalisco, más una fatídica mañana me despertaron unos cañonazos, el insuperable monstruo, iba a sumir al país en un charco de lodo y sangre. ¡Era la Decena Trágica! El complot de un sátrapa yanqui: Wilson, y la traición de un sabandija: ¡Victoriano Huerta! ...

Se escuchan fuertes cañonazos, seguidos de tiros de fusil, tableteo de ametralladoras, gritos, etc.
Aumenta la intensidad del vals “Ondas del Danubio” hasta que baja el telón.

TELON

ACTO SEGUNDO

Altas horas de una noche de
finales de 1913.

Se escucha brevemente el vals
“Ondas del Danubio”

La escena aparece iluminada, incluyendo
la lámpara del escritorio de RML en su
habitación.

RAMON: (A su madre, que se supone duerme en la habitación contigua) Sí mamá. Ya voy. Apenas son las dos de la mañana. Duerme por favor. Debo escribir todavía dos artículos, uno para “La Nación” y otro para “El Eco de san Luis” si bien ese lo firmaré con un pseudónimo: Gonzalo De Alba y de Tristán. Hay que ajustarle las cuentas a ese granuja de Rafael Zepeda que desgobierna el estado. Un poeta no puede quedarse en la torre de cristal de su mundo de ensueños; tiene que denunciar atropellos, injusticias e ineptitudes y yo debo luchar con la fuerza de mi pluma, lo que por obediencia al precepto cristiano, no me atrevo a hacer, empuñando las armas. Me subleva que Díaz Mirón después de pronunciar su “Oda a Hidalgo” colabore con el traidor. ¿Y que pensar de gente tan ilustre como José López Portillo y Rojas, o el académico Federico Gamboa o de Jorge Vera Estañol? ¡La temida amenaza del desempleo les ha vuelto miopes! Los poetas son los labradores del ideal. (Se levanta y toma un libro del estante) como éste Luis Gonzaga Urbina autor de “Puestas de Sol” y de “Lámparas en agonía” ... o este otro del uruguayo Julio Herrera y Reissig. O Carlos Pellicer, cuya obra es una perenne fiesta para los sentidos, o Alfonso Gravioto a quién dedicaré mi poema “Ser una casta

pequeñez” ... ¿Y que decir del doctor Enrique González Martínez, quién pese a nuestras diferencias literarias, su acogida me preludia una larga amistad? Todos ellos me han invitado a compartir el pan, el vino y la poesía; y en sus grupos bohemios no faltan: Rodolfo, Schaubard y alguna Mimí no tan recatada como la de Murguer. Apenas han advertido que soy un provinciano desgarrado que llevo luto por mi padre.

Debo agradecer a Rafael López este bello libro ”Con los ojos abiertos” y su optimista predicción de que un día ocuparé un lugar entre un parnaso de celebridades. ¿Y José Juan Tablada? No ha medido su generosidad, publicando en los periódicos de México mis poemas. Su casa aladaña al convento de Churubusco me deslumbró. ¡Esos crisantemos enormes! ¡Y la decoración japonesa! Es un excéntrico, pero genial. Habla con su criado el japonés y la comida nipona rociada con sake propicia a escribir haikus.

Pero el mejor de todos es mi maestro, Francisco González León, sin él, yo no sería más que un insignificante abogado. Y aquí está la muestra. (Toma un libro y lee)

“Y en mi pecho
toda una pascua pascual
bajo la tarde eclesástica.” (Voltea la página)

“El insolvente bienestar del río,
donde se arruga
un calosfrío de acero.”

“Tarde en que se diría
fuera una profanación
y herética intromisión.”

“Vieja emoción
dormida en algún rincón
del oblicuo corazón.”

Algo digno de ser escuchado por los miembros del Ateneo de la Juventud: Núñez, Farías, Domínguez, Vasconcelos, o por el bueno de don Artemio del Valle Arizpe a quién he pensado dedicar el poema: “Las Ventanas”.

¡Pero basta de divagaciones! Hay también cartas que contestar. Eduardo Correa debe estar aguardando mi respuesta ... y sobre todo ella, esa suave muchacha potosina: María Nevares Cázares, de la que soy indigno, incapaz de merecer; y a quién he ilusionado escondiéndole la terrible verdad. Estoy enfermo del penoso mal de mi tiempo, la pecaminosa inquietud, y ella que es una mujer sana, es para esa pasión rastrera como una flor que se concediese al lodo. Pero me gusta, representa la promesa de un hogar y una paz; y aunque me haya amenazado con romper el noviazgo si no regreso a San Luis, trataré de conservar siempre su amistad, como una velita encendida.

Recién llegué a la capital experimenté una especie de deslumbramiento, tal si mi voluptuosidad tuviera salidas y mis fantasías eróticas porvenir. Suelo olvidar lo que escribo pero tengo presentes estas líneas:

“Sobre la capital cada hora vuela,
ojerosa y pintada en carretela”

Se escuchan los cuplés de María Conesa
Consuelo Mayendía cantando en el
teatro.

Y acudí como todos los provincianos a las famosas tandas del Teatro Principal ¡Qué diferencia de la zarzuela que veía en San Luis o Zacatecas! Las señoras Moriones seleccionan un femenino cortejo capaz de quitarle el sueño al mismo Morfeo.

DIPOSITIVA: Con calles o edificios de México a principios del siglo XX.

Luego deambulé por “La Concordia”, el “Café Colón” la “Maison Dorée”, y por todos esos rincones elegantes donde se esconde el vicio refinado, la cortesana a caza del comerciante fuereño, la carne tarifada que se alquila pero que no deja de ser atractiva; y eso que ha empezado a declinar la vida europea desde la partida de Porfirio Díaz. He encontrado a muchos provincianos que se han desbordado sobre México huyendo de la bola. Yo en cambio, decidí quedarme atraído por otro género de seducción: adquirir conocimientos de nuestra cultura, admirar nuestro pasado arquitectónico.

Saturnino Herrán me ha despertado interés por las artes plásticas, y hasta me he topado con una bailarina: Antonia Mercé, cuyo taconeo me sorbió el seso. Mi naturaleza luzbética triunfo y el ángel de la guarda habrá huído avergonzado de mi debilidad. Luego, han llegado los desencantos del placer.

Vals nuevamente, pero sólo algunos compases, luego gritos y voces.

Mientras tú Madgalena ajena a mis devaneos, esperanzas; sigues casta y sumisa. Quisiera tejer un canto a tu ilusión perdida y sólo acerté a escribir una cuarteta:

“Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo,
un demonio sarcástico maúlla
y me devuelve al lodo.”

La luz completa y las cortinas de las ventanas descorridas anuncian el día.

Al lodo ... al lodo (Se queda mirando la carta de Madgalena, mientras la luz de la escena se esfuma)

RAMON :(Aparece leyendo el periódico)
Carranza establece su gobierno en Veracruz, y a pesar de que fue desconocido por la Convención ha asumido la Primer Magistratura con carácter provisional ...

Hoy comenzaron a llegar a la Villa de

San Angel efectivos del Frente Zapatista. Hasta la fecha no han cometido desmanes, pero la población espera con verdadero pánico que irrumpen en cualquier momento en el Zócalo. (Deja el periódico) ¡En esta noche de la patria sólo Dios puede ampararnos! (Vuelve a la lectura) El conflicto de Austria y Servia ha desencadenado la guerra en Europa.

Suena el timbre del teléfono.

Aquí López Velarde. ¡Doctor Pedro de Alba, que agradable sorpresa escucharlo! (Pausa) ¡Claro que tendré un gran honor y placer en ser presentado a Margarita Quijano! ¡Esa entrevista colma mis aspiraciones! Usted me conoce, no acostumbro explayarme, pero debo confesarle, que me impresionó, cuando asistía con su amiga Eugenia Torres al curso de Estética impartido por el maestro Antonio Caso. De pronto estaba frente a la aristocrática joven que con talento ímpar suele decir la poesía de los modernistas; y a quién Nervo escribe en francés y llama su “hermanita menor”. (Pausa) Nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer. Por ella he creído en Dios doctor De Alba; y sólo por ella también he conocido el puñal del ateísmo. (Pausa) Seré puntual a la hora del almuerzo doctor, y aunque San Angel estará agitado por los zapatistas, su casa estará de fiesta. (Cuelga la bocina) (Como soñando) ¡Margarita! ¡Nombre de mujer y de flor! (Acercándose, dialogando con ella)

DIPOSITIVA: Retrato de Margarita Quijano.

Usted es como una Santa Teresa mexicana rediviva, aquella nació en Avila; usted en las costas de nuestra Baja California, pero ambas tiene la misma sed de infinito, evaden la tierra en busca de éxtasis, y suspendidas en el azul, sin desdeñar el rigor científico, fatigan las

tardes angustiadas por el sumo saber, atormentadas por una idéntica tortura cósmica. ¡Dos discípulas de la severidad aristocrática! Las dos extraídas por el mismo panteísmo prolijo. ¡Usted es la plenitud de la belleza, como Dios es la plenitud del cielo!

Margarita...sobre sus guantes negros, guardianes de esas blancuras de marfil que oculta la gasa, yo posaré mis labios de poeta íntimo, vigoroso y secreto; y usted recibirá en ese homenaje, mi vieja hambre de ternura, de amor y de ideal. Y cuando se marche y me despida con mis manos aún llenas de las suyas, iré a escribir los poemas, que usted, ¡Y sólo usted! Habrá dictado. ¡Y serán como las luces que chispean desde los prismas de los candiles! ¡Y nuestro amor será un tesoro de recuerdos! ¡Y su nombre, el puente que conduce al infinito, y el infinito será Dios, nuestro Dios cristiano! (Se vuelve al público, y con una transición cambia a narrador)

Aquella tarde memorable pude acercarme por fin a la mujer que adoraba; y había seguido innumerables ocasiones en su diario recorrido a la Escuela Normal donde impartía clases de Literatura Mexicana que concluía en Francesa y Universal. Era una mujer en la plenitud de la vida, mística, refinada, culta, que escribía con alteza de visionaria y pertenecía a una familia conservadora. Iniciamos un noviazgo que nunca quiso hacer oficial. Nos hablábamos por teléfono y conversábamos de poesía, de teatros y hasta de religión. Había sido novia del escultor Jesús Contreras, cuyas estatuas ornan La Alameda; y yo buscaba que renunciara al juramento que le hizo al morir, de no volver a querer a nadie; otras razones pesaban también en el

noviazgo, siempre vivió apartada de la religión bajo la influencia de un abuelo librepensador, al fin, convertida al catolicismo a los veintitrés años, hizo con la primera comunión la promesa de consagrarse a Dios a través de una vida de austeridad y misticismo. Solíamos encontrarnos en los tranvías, vagar cogidos de la mano por el Jardín Ajusco o el Jardín Orizaba, escuchar misa juntos en la Sagrada Familia y visitar después el Panteón Francés de La Piedad.

Yo la amaba sensual y sentimentalmente y su aplomo me turbaba, pero un hombre que no es un poco niño frente a la mujer que adora, no es sino un medio hombre, aunque... ¡Extraña dualidad! Nunca dejé de amar a Fuensanta. A veces, pasaban algunos días sin encontrarnos.

VOZ MASCULINA:

“Tú no sabes la dicha refinada,
que hay en huírte,

que hay en el futuro gozo
de adorarte furtivamente
de cortejarte más allá de la sombra.
Me impongo la cosotosa penitencia,
de no mirarte en días y días
porque mis ojos, cuando por fin te miren
se aneguen de tu esencia,
como si navegasen en un golfo
púrpura, de melodía y de vehemencia.”

La guerra alteró nuestro idilio ; y padecemos sus consecuencias de violencia y destrucción. Los mexicanos luchaban unos con otros. En mil novecientos catorce recibí la noticia de que mi tío Inocencio, el sacerdote; murió asesinado por un general villista en la toma de Zacatecas, porque se había negado a celebrar el matrimonio del enérgumeno con una pobre muchacha a la que se había robado e intentaba forzar.

Me sumí en un profundo desaliento, del que me sacó el encargo de escribir dos cuentos que titulé: “El obsequio de Ponce” y “Luna de Miel”. Meses después llegaron la influenza y la hambruna a la ciudad y la gente se comió hasta los jumiles que proilferaban en el río Mixcoac.

Un año después publicaba mi primer libro “La Sangre Devota” engalanado con el rostro de Angelita Díaz de León, dibujado por Saturnino Herrán. Era un manojo de versos destinados a la mujer que supo dar el primer sueño a mi vida y fue hermana, novia y amante; dediqué el poemario a Manuel José Othón y a Gutiérrez Nájera y la edición de mil ejemplares fue muy bien favorecida por la crítica. Un año más tarde Revista de Revistas publicó nuevamente los versos.

Se acercaba el año de la constitución, la lucha trajo un sentimiento nacionalista y provinciano. Julio Torri proclamó que mi primer libro representaba la poesía del mañana; y me nombraron profesor de Literatura de la Escuela Nacional Preparatoria, mientras “El Nacional” y Vida Moderna” publicaban mis trabajos y sustentaba una conferencia sobre Leopoldo Lugones.

Pero en la copa de la gloria, había caído la sal de las lágrimas. ¿De que me servía el reconocimiento de los demás, si Fuensanta estaba ausente?

Surge nuevamente el leit-motiv del Vals “Ondas del Danubio”

“Te imaginas acaso la amargura
que hay en no convivir
los episodios de tu vida pura?
Me está vedado conseguir que el viento
y la llovizna sean comedidos
con tu pelo castaño ...
Me estás vedada tú,
soy un fracaso de
confesor y médico que siente,

perder a la mejor de sus enfermas
y a su más efusiva penitente.”

(Toma amorosamente el retrato de
Fuensanta que está sobre el escritorio)

“Grave paisana mía, provinciana ausente,
lánguida flor de jazmín, que enamoraste
mis quince años e hiciste florida mi
niñez en el milagroso brote de un verso,
hueles a naranjas de nuestra tierra.
Quizás habrás pensado más de una vez,
que hubieras sido mía, ¡Si Dios hubiera
querido!”

(Besa apasionadamente el retrato con los
ojos cerrados)

OBSCURO

Solamente luz del escritorio,
Iluminado tenuemente por la
Pantalla verde.

RAMON visiblemente nervioso, se pasea
por la habitación, en espera de una
llamada telefónica, lleva el moño de la
corbata deshecho, el botón superior de la
camisa abierto, el pelo en desorden; y las
trazas de la desesperación y el
sufrimiento.)

¡Esterilidad de la ciencia frente a los
designios. Mientras bombardean la
catedral de Reims y yo escribo “La
sonrisa de la piedra” Fuensanta se muere
... La frágil, la etérea, se consume como
una flor lánguida e indolente que se
marchitase, o como un astro cuya luz
cansada de irradiar se apaga. ¡Oh Dios!
¿Por qué ha tenido que sufrir tanto? Al
principio me sentí dichoso de que
hubiese venido a México y hasta fui a
buscarla a la casa de sus parientes en la
calle de Capuchinas; después, las
noticias de mi hermano Jesús se
volvieron más alarmantes ... su garganta
la que tantas veces he besado con los
labios sin carne de mi devoción, ya sólo

es una sufrida blancura que se asfixia y que tose.

Al ver su dolor renuevo el voto de no traer hijos al mundo, de no alimentar la hoguera del pesar y de la muerte. (Va hacia el balcón) Las gotas perlan sobre los vidrios un interminable llanto; y yo anhelo compartir con ella al menos su dolor. ¡Cómo quisiera trasladarlo a mi carne! ¿Por qué ella la que me tomó en brazos de niño, la que desprende luz al andar, porque padece esa nariz querida, porque blanquean esos labios y palidecen esas mejillas, porque se extingue esa muchacha dulce, como la vara exangue de un gladiolo?

UNA VOZ:

“El madero pesado en que me crucifico por tu amor,
no pesa más Fuensanta
que el arbusto en que canta
tu amigo el ruiseñor,
y que con una mano
arranca fácilmente el leñador.”

OTRA VOZ:

“Iré muy lejos de tu vista grata
y morirás sin mi cariño tierno,
como en las noches del helado invierno
se extingue la llorosa serenata.
Entonces, al caer desvanecido
con el fardo de todos mis pesares,
guardaré los marchitos azahares
entre los pliegues del nupcial vestido.”

OTRA VOZ:

¡Fuensanta!

Dame todas las lágrimas del mar,
mis ojos están secos y yo sufro
unas ganas inmensas de llorar..

(Con desesperación inmensa) ¡Piedad para ella
Dios mío! ¡Detén su sufrimiento! Yo sólo tengo
mi nostalgia, sólo mi soledad, mi amor. ¡Sólo
puedo darte mis lágrimas y te las ofrezco.

SUENA EL TELEFONO

¿Si?... (Pausa)

RAMON: (Lo arrebató febrilmente)

Habla Jesús, habla. Entonces ... ¿Todo ha terminado? (Con un grito desesperado)
¡Todo ha terminado! A las cinco de la tarde, de hoy siete de mayo de mil novecientos diecisiete su corazón ha dejado de latir. (Exaltado, con intenso dramatismo) ¡Papá, cobíjame en la entraña de tu santidad y reza por mí!

Aumenta el volumen del vals, en un crescendo que sincroniza con el

OBSCURO

Luz sobre Ramón en un lugar del lunetario.

Se desvanece el vals.

RAMON: (Instalado en una butaca dialoga con el público) Las profundas enfermedades del alma, sólo tienen un sedativo infalible: ¡La Oración! Ella me otorgó fuerza, como un manantial de vida, en mi triste destino de deshauciado. El amor aniquila. Es cual un pabilo que alumbró mientras se consume. ¡Hay demasiado amor desperdiciado en el mundo, que nunca encontrará acomodo, aunque lo que más deseamos en la vida es ser queridos! El amor dichoso no tiene historia. El mio, por Fuensanta, no fue un amor saciado, ¿pero yo les pregunto ¿Acaso fue por ello menos amor?

Incapaz de encontrar resignación, el cielo envió para rescatarme a dos inseparables compañeros: el trabajo y el arte; con ambos juguetes consolé mi orfandad de niño desgraciado. El dolor nos hace aparentar más niños, aunque en realidad seamos más hombres.

Efrén Rebolledo cuyo elegante erotismo nunca roza la vulgaridad, me contagió su entusiasmo y ambos dirigimos la revista literaria "Pegaso". Había vivido como diplomático en el Japón y aún olía a

geisha, a yoshiwara y a casa de té. Publicamos algunos poemas de Francisco González León que el reunió posteriormente en un libro al que llamó: “Campanas de la tarde”, que yo prologué.

Entretanto Manuel Berlanga, requería el testimonio para casarse con la potosina Matilde Rangel y era nombrado Sub-Secretario de Gobernación. Con él me fui a trabajar en el antiguo palacio Cobián de Bucareli. (Sube lentamente al escenario)

Un pensador ha dicho que las pasiones grandes solo pueden ser alimentadas por egoísmos grandes.

Margarita decoraba mis sueños. Su madurez, su cultura, su intelecto; colmaba mis aspiraciones de poeta y mis sueños de hombre. Libre ya del terrenal compromiso con Fuensanta, la aspiración de un hogar y de una paz, me llevaron hasta ella.

(Dialogando con Margarita Quijano)

Margarita: quisiera reconstruir nuestra historia sentimental, traer a mi memoria su rostro, sus ojos; revivir sus palabras susurradas, los pretextos de sus telefonemas, las causas de su impuntualidad en nuestras citas; sus promesas incumplidas, sus promesas realizadas. He intentado aceptar sus razones personales por la que he mantenido anónimo nuestro noviazgo, los motivos ocultos de sus silencios repentinos, de sus juramentos pasados; de su vida entregada a Dios y a la ciencia, a la caridad y al amor. He tratado de intuir la razón de su palidez. ¡Y créalo! ¡Cómo nadie he respetado sus reticencias, su clausura de la que dimanan su sensatez, su orgullo, su inmensa pasión de absoluto!

Ataca nuevamente el tema del vals
“Ondas del Danubio”
OBSCURO

Margarita: ¡La de las manos astrales!
¿Quiere usted ser mi esposa y compartir
mi vida? ¿Mi Zacatecas? ¿Mi devoción?
Yo entibiaré sus noches con la música de
mi paisano Manuel María Ponce, yo le
entregaré mi amor, porque también el
gran amor es susceptible de ser
traicionado; y usted será la panacea
milagrosa que ponga fin a mis lágrimas,
la medicina que blanquee el luto de mi
nostalgia. ¿Quiere usted ser mía por y
para siempre? ¿No le han bastado acaso
tres años de entrega? ¿Por qué no me
responde? ¿Por qué ese silencio más frío
que el relente, por qué ese rostro
impávido y esa negativa sin palabras?
¿Por qué el filo de esa razón que no
consulta el sentimiento, de esa lógica que
no mide el dolor? ¿Le ha herido acaso mi
tristeza, mi ternura por la querida muerta,
la ha derrotado prematuramente mi
recuerdo, se ha estrellado en el
acantilado de su intelecto mi pasión?
(gritado) ¡Margarita!... su silencio, es
como campanillazo brutal que retumba
en mis oídos y en mi pecho; y la luna nos
mira apesadumbrada de su negativa, de
ese obstinado callar como puñal de
obsidiana de ese desdén de epitafio.
¡Margarita! Como todas las mujeres, no
eres más que un vaso de lágrimas y yo

...

“No soy más que una nave
De penumbra en parroquia,
Nave que celebran eternos funerales,
Porque una lluvia terca no permite
Sacar el ataúd a las calles rurales.
Mi espíritu es un paño de ánimas,
De ánimas de iglesia siempre
menesterosa,
Es un paño de lágrimas goteado de cera
hollado y roto por la grey astrosa.”
¡Margarita! ¡Tú no me diste amor, más

por ti, se que el amor existe!

No quise darme por vencido, e insistí con el padre de Margarita Don Fiacro Quijano, sólo para escuchar de los labios de ella, una segunda negativa y para comprender plenamente el sentido de la entropía de la pasión. Los pétalos de aquella flor me habían mostrado el lechoso confín de su fragancia. ¡Por ganas no quedó! Le escribí “Epitafio de un Romance” y me fui a refugiar con mayor vehemencia en el recuerdo de Fuensanta y de mi tierra natal.

“Honda es la paz, pero la angustia crece, al mirar que no vuelves, hace ruido el viento entre las hojas, y parece que en el patio se quejan los difuntos es el naranjo, que al temer tu olvido me está invitando a que lloremos juntos”.

Pero un nuevo golpe se cernía sobre mí. En mil novecientos dieciocho, moría mi amigo Saturnino Herrán, a los treinta y tres años en el sanatorio del doctor Rivero Borel; su muerte, me añadió otro pesar y yo le dediqué “Las Santas Mujeres”. Mientras agonizaba conocí a Paz Herмосillo, familiar del doctor Rivero, con quién tuve un efímero noviazgo, que ella liquidó para marcharse a Europa.

La esperanza volvía a huir de mi vida; y yo me quedaba con las manos vacías, anhelantes de acariciar un cuerpo femenino, como un incipiente sacristán fallido, pero los hados obstinados insistían en negármelo a mí, sólo a mí, el que proclamaba que el mundo tiene belleza únicamente por la mujer.

Entonces, desencantado de esperar, fatigado de la búsqueda estéril sin encuentro, desparramaba mis ocios por los teatruchos y las carpas donde me

VOZ FEMENINA:

dejaba conmover por los dramones de Echegaray, o por el contoneo de gracia de Tórtola Valencia, a la que conocí en un estudio bohemio de las calles de Mesones; y quién despertaba exigentes incertidumbres en mi carne insatisfecha.

“Como será esta sed constante de veneros femeninos, de agua que huye y que regresa, será este afán perenne, franciscano o polígamo.

Yo no se si está presa mi devoción en la alta locura del primer teólogo, que soñó con la primera infanta, o si atávicamente, soy árabe sin cuitas que siempre está de vuelta de la cruel abstinencia del desierto, y que en medio de un júbilo de huríes las halla a todas bellas y a todas favoritas...”

Y así, después de las tertulias, los convivios, las salas de redacción de los periódicos o la asiduas desilusiones de las hembras que suelen jugar con su belleza, como con un cuchillo con el que a veces hieren; la lujuria tocaba a rebato y tras un breve escarceo de lucha, entre los imperativos del exigente catolicismo del padre Ripalda, y el indomable demonio de la curiosidad, yo me dejaba sumergir en la nada de la vida frívola y tornaba a gozar hasta el hartazgo de las diaconisas de la eterna demencia, de esas consabidas náyades arteras:

“...que salen del baño del amor,
a volcar en el lecho fatuas cabelleras
y a balbucir, con alevosía y ventaja
húmedos y anhelantes monosílabos
según que la llovizna acosa las
vidrieras.”

DIPOSITIVA: Calle de barrio alegre,
con letreros de hotel, bares, etc....

¡Cuántos amores intrascendentes y frágiles hubo por esos días en mi vida!
entre las encubridoras sombras de la noche me perdía en algún hotelucho de

DIPOSITIVA: Calle con mujeres en accesorias y aceras, farolas, transeuntes, etc..

paso del callejón de la condesa, o en las accesorias del estanco de mujeres, en la sinuosa calle del órgano, o en las casas malas de muchachas buenas, que proliferaban en Cuauthemotzin, en la colonia Roma, en la Guerrero, o en el callejón de las francesas... (Con vehemencia) “Eva, yo te conjuro a que vengas a agasajar la inocencia de mis ojos, con el arquetipo de tu carne.”

¡Ah, si el amor y la fe, pudieran llenar todos los vacíos de nuestro corazón, seguro que yo no hubiera frecuentado tan asiduamente a las pupilas del burdel postrimero de la Après L’ Ondee, allá donde la mujer es para el hombre, una inconclusa recompensa; y nunca habría sido señalado como súbdito de la diosa Afrodita, ni habría nacido en los lechos alquilados más hambriento de amor, cuanto más ahíto de placer!

Y así, cien veces santo y otras tantas tentado, asido, arrepentido y confeso, regresaba a media noche a mi casa, como un confesor que carga sobre sus pobres espaldas las terribles revelaciones de una larga cuaresma. Yo sabía que ese temperamento me iba a acompañar hasta la muerte.

“Soy un harén y un hospital, colgando juntos de un ensueño.”

En ocasiones, me sentía subyugado por la ilusión de un hogar, de unos hijos, pero la idea de que el goce con la mujer es la trampa de la naturaleza que amenaza el peligro de crear nuevas víctimas por el dolor, la enfermedad, la vejez y la muerte, me producía como al Buda una enorme tristeza; y volvía a rezar desde mi soledad por un amor imposible.

El hombre es el infortunado auriga perpetuamente conducido por dos

corceles: uno, el dócil, es el ángel, otro, el rebelde, el demonio; uno quiere remontarse a lo eterno, subir la difícil cuesta de Dios, el otro pugna por recrearse en el fango y descender al abismo, y yo, el hombre, en medio de esa lucha, entre las exigencias de la carne y los anhelos del espíritu, enamorado del amor y de la mujer, proclamando desde el rincón de mi fe taimada pero no extinguida, que sólo Cristo es el único pensamiento erguido, a la mitad de una conciencia de sombras. Y con mi orgullo, ¡Ese estúpido orgullo de ser infeliz! Con los callos en las rodillas por adorar a Dios y a la mujer, volvía a renovar toda mi vida. El amor es la vía exclusiva que puede conducirnos al infinito.

(Va al librero y después de una breve búsqueda saca un tomo, que hojea familiarmente)

En febrero de mil novecientos diecinueve, empezó a editarse mi segundo libro de poemas que titulé “Zozobra” y que la imprenta entregó por el mes de abril. Rafael López lo prologó .
”Ramón López -me decía-
está franca la puerta.

Pasa y siéntate.

Un bello sitial de púrpura deseara.

En liza abierta has burlado al solemne Dios

el lugar común ...”

Ya era célebre, aquella mezcla de mi sentimentalismo provinciano enhebrado en la soledad de un amor platónico, con las experiencias turbias de mi vida en la metrópoli, entre las flores del pecado; desconcertó a muchos, la crítica me trató benignamente. “Era un poeta religioso, pero no escapado del erotismo”, sentenciaron.

Fui nombrado profesor de la Escuela Nacional de Altos Estudios y se me abrieron las puertas de muchos diarios y revistas, cuyas páginas aproveché para denunciar las arbitrariedades e injusticias que cometía Adalberto Fuentes en Hidalgo.

Era la ocasión también para desenmascarar a falsos intelectuales, poetastrós, verseros y para enjuiciar las deficiencias de la inepta cultura.

El corazón es el único poeta; y el arte, sólo puede hacer versos, no siempre buenos.

“Zozobra” contiene algunos poemas dedicados a Magdalena, por mas que unas veces desconfío, si acaso las mujeres saben realmente de delicadezas sentimentales, o si será verdad que la musa con la que sueña el poeta, bosteza de tedio al escuchar sus frases. Ante todo es un libro íntegramente personal, muy acorde con mi estado de ánimo de esos días.

VOZ FEMENINA:

“Mi alma se desborda como pobre chicuela, a quién prohíben en el mes de mayo que vaya a ofrecer flores en la iglesia.”

(Encontrándose con Antonio Castro Leal)
¿Le agradan verdaderamente mis poemas señor Castro Leal? (Pausa) Gracias por sus conceptos, que viniendo de un erudito de su altura, son muy estimulantes. (Pausa) Verá usted no siempre es tan fácil... siempre estoy a la caza del giro lingüístico que considero apropiado. A veces, encontrarlo se me transforma casi en una obsesión, que no me concede el más mínimo descanso. (Pausa) Dejo en blanco los lugares que

habrán de ocupar los adjetivos; y como acostumbro llevar un cuadernillo de notas en la bolsa del saco, pues los enlisto hasta dar con lo que me satisface plenamente, como si se tratara de un rompecabezas en que las figuras deben coincidir exactas. Es una ocupación interesante, que desarrollo de día y de noche, incluso aquí, en el entreacto de la función del teatro Ideal. (Pausa)

Usted es amable al decir que mi libro posee una valiente frescura y una habilidad poética para expresar los sentimientos y las emociones. (Pausa) ¡Es un galardón para “Zozobra”. (Pausa) Pues verá, ahora traduzco a Anatole France; y lo hago con el mejor empeño. No soy muy afecto a leer traducciones; y aunque no domino más que el francés, me esfuerzo por leer cuanto cae en mis manos en el idioma original. (Pausa)

Y a propósito, supongo que ya habrá leído “Con la sed en los labios”, de mi paisano Enrique Fernández Ledesma. (Pausa) Entonces... conocerá también el “Introito” que me ha hecho el favor de incluir en su libro. (Pausa)

Ya veo que es usted un hombre que sabe administrar hábilmente su vida, y que encuentra siempre tiempo para estar al tanto de todas las novedades, y engrosar su biblioteca. En otro tiempo yo también hice crítica literaria, analizando la obra de Juan Delgado, del peruano Santos Chocano, de María Enriqueta y hasta de Don Jacinto Benavente y el poeta yucateco Luis Rosado Vega. (Pausa) Pero están dando tercera llamada ... si no desdeña rebajarle unos minutos al sueño, concluyendo la función y mientras saboreamos una taza de café, le mostraré mi poema “El genio maléfico”.

(Va hacia el fondo de la escena al lado de

OBSCURO

DIPOSITIVA Calle de Santa Maria la Ribera, se escucha ruido de coches, transeuntes, etc.

Castro Leal)

RAMON: (En una esquina espía la llegada de Margarita González) El mes de diciembre de mil novecientos quince me sorprendió escribiendo sin descanso, pero sin prisa. Anhelaba inaugurar un tiempo distinto para la poesía, como a su turno lo habían realizado Nervo y Darío. Nunca disminuyó mi admiración por el bardo nayarita, al que dediqué mi poema “En voz baja” y cuando murió allá en el lejano Montevideo escribí una nota crítica.

Supongo que me he excedido en esto de las dedicatorias, pues otro tanto hice con el General Blanquet, para el portugués Eca de Queiroz y con Manuel José Othón. ¡Pero el horror que siento por los tontos, se trastueca recíprocamente en admiración por el genio!... Y a propósito ¿Qué hora es? ... nunca llevo reloj, pues el día dura únicamente veinticuatro horas, sólo que cuando estoy en espera de alguien, los minutos parecen alargarse, aunque debo reconocer que mi sobrinita siempre es muy puntual... ¡Pero si ya está aquí! (Pausa) ¡Margarita González, verte es mi más estupendo regalo de Navidad! ¡Pero abrázame! ¡Qué guapa luces! (Pausa) ¿Cómo has dejado Lagos? ¿Y tu buen tío Francisco Díaz de León, que tal se encuentra? (Pausa) ¡Oh, como quisiera abrazarlo! (Pausa) pues yo, persevero, sigo escribiendo, ahora proyecto un tercer libro de poemas, que posiblemente llamaré: “Al son del corazón” ¿Te gusta el título? (Pausa) En el hallarás una sorpresa (Pausa) ¡Adivina!... un poema que he escrito para ti, aunque sabes tú apenas cuentas con veinte primaveras y el tema podría referirse a una muchacha mayor. (Pausa)

VOZ MASCULINA:
Se escucha nuevamente el tema del vals
“Ondas del Danubio”

¿Qué si me lo se? Bueno, pues si te lo digo entonces ya no será sorpresa. (Pausa) Mira, creo que traigo algún apunte. (Saca un legajo de papeles de la cartera) sólo que suelo llevar tantas cosas: cartas, artículos comenzados y hasta notificaciones de algún asunto judicial. Pero mira: tienes suerte. Aquí está. Se llama: “Si soltera agonizas” (Pausa) Pero no pongas esa cara. “Amiga que te vas, quizá no te vea más. Si soltera agonizas irán a visitarte mis cenizas. Porque ha de llegar un ventarrón color de tinta, abriendo tu balcón. Déjalo que trastorne tus papeles, tus novenas, tus ropas, y que apague la santidad de tus lámparas fieles. Si soltera agonizas irán a visitarte mis cenizas.”

Pero ¿Por qué haces pucheros?... para consolarte voy a leer la frase que se me acaba de ocurrir esta mañana: “Amo en la mujer el misterio encarnado” (Pausa) ¿Te gusta... Entonces, ¡Sonríe por favor! ... Mira: tenía que pasar a saludar al doctor Pedro de Alba y a su esposa Laurita, pero lo dejaré para otra ocasión para dedicarte esta tarde entera de domingo. ¡Y todos los domingos que tú quieras! En el cine Rivoli exhiben buenas películas. ¿Te gustaría que fuéramos allá? (Pausa) Entonces. Andando. Me agrada este barrio de Santa María la Ribera. Es apacible; y el sol mañanero caliente hasta el anochecer, la piedra de las casas porfirianas.

OBSCURO
El tema del vals aumenta de intensidad y luego se pierde completamente.

RAMON aparece escribiendo sobre el escritorio.

“Magdalena: No me ha abandonado el recuerdo de sus atractivos espirituales, y de sus extraños ojos cuya belleza me ha dado una de las impresiones más gratas de mi juventud ... (Recordando)

“También yo Magdalena me deslumbro de tu sonrisa férvida, y mis horas van a la zaga hambrientas y canoras como va tras el ama, el cortesano séquito de palomas que codicia la gota de agua azul y el rubio grano”

¡Eso está mejor!... pero basta por hoy, es hora de dormir, porque mañana debo trabajar. Un poeta no es rico y debe ganar el techo y el pan para los suyos con sus artículos y sus clases.

Por cierto, que el texto que escribí por la muerte de Jesús Urueta ha causado muy buena impresión. Siempre lo admiré y su muerte en Buenos Aires desempeñando una misión diplomática me ha conmovido. ¡Hay tantos buenos patriotas, tantos mexicanos generosos, ardientes defensores de las libertades, de la ley, del respeto a la dignidad humana! ¡Ellos son lo mejor de este país!

Hace días cuando escribía “Sin novedad en la patria”, pensaba que en justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no sólo histórica ni política, sino íntima. La miramos hecha para la vida de cada uno: individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra, Vasconcelos acogió el artículo y lo hará

publicar en “El Maestro”, revista de la que me ha hecho colaborador. Le gustará también este poema “Suave patria” que es cual un esbozo de pincel que recrea nuestra vida nacional, con sus fiestas, tradiciones, hábitos, paisajes, manjares, alegrías... ¡Qué se yo! (Toma una hoja del escritorio y lee)

DIPOSITIVA:

Pabellón nacional ondeando en el asta.

“Suave patria: permite que te envuelva en la más honda música de selva, con que me modelaste por entero, entre cantos y risas de muchachas y pájaros de oficio carpintero. Suave patria: tu casa todavía es tan grande, que el tren va por la vía como aguinaldo de juguetería. El niño Dios te escrituró un establo y los veneros de petróleo el diablo. Se igual y fiel, pupilas de abandono, sedienta voz, la trigarante faja en tus pechugas al vapor, y un trono a la intemperie, cual una sonaja la carreta alegórica de paja...”

La patria es también la tierra que nos vio nacer, la que abandonamos atraídos por los falsos espejismos de la ciudad, como “Las Desterradas” de mi poema; pero a la que nunca renuncié porque sería como olvidar lo más noble y lo más puro de nuestra vida.

¡Jérez es mi patria! La que puedo alcanzar, recrear, el trozo de tierra mexicana que he cantado en mis versos:

VOZ MASCULINA:

“De los rústicos tiestos florecidos, desprendo rosas para ornar tu frente, y hay en los fresnos del jardín de en frente un escándalo de aves en los nidos”.

VOZ FEMENINA:

“Jerezanas: Os retrato la señora que dijo: cuando busque mi hijo a su media naranja, lo mandaré vendado hasta Jérez, porque jugando a la gallina ciega

VOZ MASCULINA

con vosotras, el jugador
atrape una alma linda y un púdica tez.”

“A la hora del angelus,
cuando vais por la calle,
enredados al busto
los chales blanquecinos,
decora vuestros rostros
¡Oh rostros peregrinos,
la luz de los mejores
crepúsculos del valle!”

Jérez: me otorgaste para mi ventura, el
sonreír de la más hermosa de tus hijas, la
que se ha encontrado siempre en el fondo
de mi corazón, por ella mi amor nunca ha
muerto, sólo ha sufrido una catalepsia,
para emerger con más ímpetu. Su imagen
querida, victoriosa de todas mis
rebeldías, heroína de todas mis
resignaciones, ha sido el anticipo de una
paz mansa, que ahora se, que ya nunca
huirá de mí.

He ido de soledad en soledad, buscando
amigos, mujeres, ocupaciones; más el
placer desilusiona siempre porque es
efímero; y el dolor con ser más fiel y
constante, es sólo mil cuartos de hora de
tristeza, con algunos instantes de
felicidad.

El tiempo es nuestra propia vida, y al
final, todo queda en el tiempo que se
vuelve éter.

Somos los protagonistas de nuestra
propio drama, pero apenas comparsas
anónimos del drama universal. El único
himno que todos cantamos, es el coro
impostergable a la suprema democracia
de la muerte.

El hombre empieza a morir el día que
nace.

¿Por qué afanarnos tanto? ¡Sólo vivimos,
triunfamos y amamos para morir! ¡Y ni
siquiera es posible morir cuando
queremos!

VOZ FEMENINA

“Y el templo aquel de claridad incierta,
y tú, como las vírgenes vestida,
brillarás en la noche de mi vida
como la luz de la esperanza muerta.”

(Queda oprimiendo el retrato de
Fuensanta entre las manos,
profundamente conmovido)

OSCURO

La escena aparece debilmente iluminada.

El vals emerge muy quedo

RAMON (Aparece sentado en su cama,
la luz del quinqué del buró lo alumbra
entre un claro-oscuro)

Meses más tarde regresé a San Luis Potosí para asistir al sepelio del padre de Magdalena Nevares. Una voz interior me advirtió que sería la última vez que la vería -¡Pronto seguirás el mismo camino! – Anunció- mientras miraba descender el cadáver en la tierra húmeda recién llovida.

Quise ahuyentar el infortunado presentimiento, pero me consolé pensando que mi fe de católico en el dogma de la resurrección, me ayudaría a sobrellevar el trance; y que para escapar del pesimismo de la muerte, debemos meditar en que todo termina exactamente donde comenzó; y que el alma pugna por encontrar su natural refugio.

Pero mientras tant...¿Por qué los hombres en algunos momentos de nuestra vida, la circunscribimos a la veleidad de una mujer que no nos ama? ¿Por qué tenemos que sufrir la crueldad, la estupidez o los desdenes de una mujer a quién no logramos despertar ni siquiera la compasión? La entropía es un karma milenario, absurdo, que empuja al hombre de error en error, de tragedia en tragedia, hasta que descende el misericordioso telón de la tragedia definitiva.

(Pausa)

Regresé a la ciudad de México, incorporándome a mi vida normal, pero ya no pude acallar aquellos pensamientos deprimentes. ¡Oh! ¡Qué infinita tristeza, y sin embargo que perspectiva de descanso! El hombre vuelve a la tierra porque está hecho y alimentado de ella, pero en el ínter, Dios le concedió a la mujer, para rescatarle de su soledad. ¡Por qué para que haya héroes, tiene que haber mujeres!

Nacido de la carne, el hombre se cumple como carne en el amor, aunque la carne está prometida de antemano a la tumba.

Un día nos habremos de confundir entre el polvo y los gusanos, pero he aquí que a cambio del esfuerzo de vivir, se nos concede la recompensa de amar. ¡Y el amor es también una embriaguez constante!

Ahora alcanzo a ver que sólo ella, pudo haber conciliado la carne y el alma, la espiritualización de lo mundano y la secularización de lo religioso.

¡Más ella no pudo ser! ¡Y cómo angustia lo que no se tiene!

En mí el sentimiento ha sido otra sensualidad. El recuerdo de su amor, ha sido más dulce que el amor mismo.

Un día, Fuensanta, mi esposa espiritual saciará mi incansable sed de cariño; y yo empezaré a andar en el verdadero sendero, y en la meta aguardará ella con el buen Jesús esperándome, para exprimir la gota preciosa de mi idilio, el néctar postrimero, agridulce y breve de esa flor maravillosa. ¡Y el amoroso amor, conocerá la dicha! ¡Y mi extenuante búsqueda de afecto conocerá el final! Ya no extenderé las manos al vacío, ya no este afán temerario de mezclar cielo y tierra, ya no más esfuerzos por conseguir

a quién amar y quién nos ame. Ya no más conflicto, de virtud contra pecado, de ángel contra demonio. No más lucha, porque a mi muerte voy a contraer nupcias con Fuensanta, con el placer de la carne renovada y vuelta a encontrar.

Si hasta hoy siempre hallé oídos sordos, al menos, presiento que moriré temprano; y que en la hora reseca e impotente, no faltará la tónica tibieza mujeril, aunque sólo sea espiritual. ¡Y libre ya de la argolla de la espera, concluirá este purgatorio, este deambular de hombre común, inconstante, desleal; porque ella, la santa, sabrá perdonar mis desviaciones, y su amor será como una redención más!

El resto, ya lo saben ustedes. ¡Aquellos días de agonía y expiación en que el coro plañidero de fantasmas se abatía sobre mi lecho de moribundo !

Faringe, bronquios y pulmones terriblemente afectados me hacían padecer violentamente.

A veces, entre la desesperación de la asfixia, pugnaban mis deseos de vivir; y el instinto de conservación me invadía con una fuerza avasalladora, otras, en cambio, cuando mi organismo dolorido por lo traqueotomía, sufría la enorme fatiga que me ocasionaba respirar, sentía una prisa por liberarme, por descansar ¡Y la idea de reunirme con Fuensanta de quién me separaban cuatro años, que ella se me había adelantado; me volvía a seducir, entre el desencadenamiento erótico de estrechar a la mujer que se me negó en la carne, en el infinito misterio del espíritu!

Una mañana, la de la víspera, le pedí a mi madre que abriera las ventanas para contemplar la luz perlada del alba, y escuchar el trepidar de los primeros

tranvías, el vocear de los papeleritos, y los ruidos de la calle al despertarse.

Sentí que mi mal se agravaba y las fuerzas me iban abandonando.

Solicité un sacerdote.

Era la hora de resumir mi vida; y le entregué mi cuenta.

Ahora me tocaba presentar la mía: Busqué a la virgen y obtuve sólo las prostitutas. Anhelé el amor intenso y sólo me fue concedido el amorío informal que se tarifa... y mientras el sacerdote ungía mi frente, yo meditaba en las palabras de Herbel: ¡Somos tan pequeños como nuestra dicha. Si... ¡Pero somos tan grandes como nuestro dolor!

VOZ MASCULINA

El vals en todo su apogeo

La luz se disuelve

“Y pensar que pudimos
enlazar nuestras manos
y apurar en un beso
la comunión de fértiles veranos!

Y pensar que pudimos,
en una onda secreta
de embriaguez, deslizarnos
valsando un vals sin fin
por el planeta.”

Entre el estrépito del vals,
cae lentamente el telón.